Alessandro D'Avenia

El arte de la fragilidad

Cómo la poesía te puede salvar la vida

Índice

Dedicatoria
Citas
La felicidad es un arte, no una ciencia

ADOLESCENCIA
o el arte de tener esperanza

Poner cimientos sobre las estrellas
Arrebatamientoo la llamada a ser alguien
La adolescencia no es una enfermedad
Vivir las preguntas
Ese pobre desgraciado de Leopardi
Encender y acelerar la esperanza
Conservar la infancia sin ser infantiles
Retrato del joven artista
No existe *El infinito* sin el seto,no existe el seto sin el infinito
La edad erótica y heroica
Dejarse herir por la vida
Crecer es crear
El infinito herido
Acercarse *A la luna* para escuchar su secreto
Habitar la noche con el *Canto nocturno de un pastor errante de Asia*
El arte de la huida o rebelarse contra lo que nos impide ser fieles a nosotros mismos

MADUREZ
o el arte de morir

Cae el silencio
La vida es una promesa no cumplida. Preguntádselo *A Silvia*
Precipitarse en la noche
La muerte siempre va a la moda
La infidelidad a sí mismos o la infelicidad
Solo el amor nos perdona por ser como somos y puede que esto no sea una buena noticia
A sí mismo: el corazón es nuestro mayor enemigo
Transformar en canto el desencanto

REPARACIÓN
o el arte de ser frágiles

Sin amigos nada puede ser reparado
Reparar el infinito
Reparar es sinónimo de amar
El ocaso de la luna: instrucciones para cuando nos sentimos perdidos
El entramado del destino
La poesía es la luz cuando se está a oscuras y la oscuridad cuando hay luz
La retama: florecer en el desierto y hacer florecer el desierto
La escuela según Leopardi

MORIR
o el arte de renacer

P. S.

Agradecimientos
Apostilla para lectores indómitos
Notas
Créditos

A todos los y las adolescentes
a quienes les han roto las alas
antes de levantar el vuelo.
A todos los hombres y mujeres
que defienden las cosas frágiles
porque saben que son
las más preciosas.
A mi familia,
en cuyo seno aprendo, día tras día,
el arte de ser frágil.

«De la lectura de un trozo de auténtica poesía, ya sea en verso o en prosa, se puede decir lo mismo que decía Sterne de una sonrisa: que añade un hilo al brevísimo tejido de nuestra vida».

GIACOMO LEOPARDI, *Zibaldone*, 1 de febrero de 1829

«¿Adónde tiende este vagar mío, tan breve?».

GIACOMO LEOPARDI, «Canto nocturno de un pastor errante de Asia», *Cantos*[1]

La felicidad es un arte, no una ciencia

«La felicidad no es sino la culminación».
Zibaldone, 31 de octubre de 1823

Querido lector:

Cuando cruzo una ciudad en transporte público, me gusta *recolectar* rostros y miradas de la gente porque es ahí donde me inspiro para crear a los personajes de mis historias y es ahí donde anida la felicidad de un tiempo y de un lugar. A veces sonrío a alguien, aunque no lo conozca, provocando el desconcierto inicial del infeliz o la infeliz; luego, sin embargo, noto que algo se relaja y que los rasgos de su rostro, hasta ese momento contraídos en una expresión adusta, revelan, luminosamente, que se emplean más músculos de la cara en expresar tristeza que en sonreír (lo dicen también los científicos). Me parece que se nos está olvidando el arte de ser felices y que, cuando lo somos, por miedo a que ese estado de gracia sea una mera ilusión, lo dejamos morir, como si un jardinero no se fiase de la semilla de la rosa porque es muy pequeña y muy débil y decidiese no cuidarla.

Cuando miro una rosa, me doy cuenta de que la finalidad de las cosas del universo no es ser bellas y, sin embargo, lo son. ¿Por qué no conseguimos alcanzar la belleza de una rosa u olvidamos cómo se hace? Estamos excesivamente concentrados en obtener resultados, en vez de ocuparnos de las personas, y no cuidamos de nosotros mismos como los seres vivos que somos, llamados a sentir la vida con más intensidad cada día que pasa, a ser capaces de cumplir un destino inédito, y nos conformamos con cruzar, cansinamente, una repetitiva sucesión de días sin alegría. Y esto ocurre, creo, porque, con frecuencia, preferimos el envoltorio de la vida a la vida misma, como si alguien, al recibir un regalo, se conformase con el paquete porque le da miedo que el contenido le desilusione.

La infelicidad generalizada de nuestra época, y de todas las épocas, pasadas y futuras, está causada por la carencia de pasiones «felices», que son la clave de una vida «vivaz». De la pasión —entendida como algo que nos transporta hacia quien o hacia lo que amamos y también como la capacidad para hacernos cargo de quien o de lo que amamos— depende el destino de una persona. La época de las pasiones tristes, como alguien ha definido la nuestra, ebria de emociones superficiales pero sedienta de amores profundos, es exangüe, está apagada por falta de destinos encaminados a

convertirse en destinaciones, es decir, en la condición por la que influimos en nuestra vida, la poseemos, así, tal y como es, y la hacemos florecer, transformando el azar en elección; lo que nos ha sido dado, en deseo; lo que tenemos, en pasión; el camino que estamos recorriendo, en inspiración para alcanzar una meta. En vez de eso, entre los rostros de mi colección una de las expresiones más frecuentes es la de estar totalmente perdido. ¿Qué hace que perdamos el rumbo, qué obstaculiza la vida?

Es sorprendente el alto porcentaje de chicos de quince años que, en Occidente, ha intentado alguna vez suicidarse: es la segunda causa de muerte entre los menores de veinticuatro años, después de los accidentes de carretera. El rechazo a la vida, unido a trastornos y conductas nocivas de varia índole (anorexia, bulimia, hiperactividad, déficit de atención, dependencias, fracaso escolar, juegos sádicos y violentos tipo *La naranja mecánica*) son el grito de angustia de una generación que oscila entre la ansiedad y la huida de la realidad ante la existencia que le ha tocado vivir. Una generación que tiene el rostro de *El grito* de Munch: un hombre colocado sobre un puente en el que ha olvidado de dónde viene, dónde va, que grita mientras permanece suspendido en la angustia de un torbellino, sin saber si retroceder o ir hacia delante.

¿Qué ha sido de las pasiones felices, profundas, duraderas? ¿Es aún posible despertarlas en nosotros o se han perdido definitivamente? ¿Existe un método para sentir una felicidad duradera, una forma de estar en el mundo que esté lo más consensuada posible con la vida sin que esta nos aplaste con su fuerza de gravedad, sin sucumbir a la derrota, los fracasos, el sufrimiento, es más, transformando estos últimos en ingredientes indispensables para nutrir la existencia? ¿Se puede aprender el fatigoso oficio de vivir día a día, hasta el punto de convertirlo en el arte de la alegría cotidiana?

Al llegar al umbral de mis cuarenta años, una época fecunda en balances, creo haber encontrado el secreto de este arte de existir sin miedo a vivir, o mejor, sabiendo aceptar también el miedo, y es lo más precioso que poseo. En estas páginas, querido lector, me gustaría contarte cuál es, como si estuviéramos manteniendo una charla distendida, entre amigos, mientras cae la noche. Mejor dicho, me gustaría que te lo contara un amigo mío, el que me desveló ese secreto, la persona que, cuando yo tenía diecisiete años, cruzó el umbral de mi cuarto para no salir ya jamás de allí.

En nuestro cuarto solo dejamos entrar a quien tiene derecho a vernos al descubierto, sin defensas, incluso desnudos. Todavía más

a los diecisiete años, cuando la puerta de nuestro cuarto es el umbral infranqueable entre el mundo de los adultos, que quiere imponernos su orden y sus formas, y el caos informe de ropa tirada por todas partes y mezclada con los libros del colegio, partituras de música y recuerdos procedentes de quién sabe qué otros universos. Pero también es la frontera entre el interior y el exterior, entre lo que se ve de nosotros más allá de esa puerta y lo que somos verdaderamente, cuando estamos cara a cara con nosotros mismos. Entre «mundo», es decir, lo que parece puro, ordenado, regulado, e «inmundo», el caos al que no se consigue dar un orden, un sentido, es decir, un significado y una dirección. Nadie puede cruzar esa barrera, salvo los titulares de un pasaporte para nuestro corazón o quienes se introducen en él furtivamente, empleando el arte de la seducción o el del contrabando.

Piensa, lector, en lo que te está ocurriendo ahora mismo, en el acto de imprudente confianza que se consuma cuando se lee un libro, a la luz antiquísima y moderna de una bombilla, tumbado en posición horizontal, en línea con tu propia cama: estás permitiendo a un extraño que acceda a tu noche, al momento en que has bajado todas tus defensas. Con este gesto, afrontas el miedo a la oscuridad y te vuelves disponible al misterio.

Eso fue lo que me ocurrió a mí con quien me desveló el secreto de la felicidad, la última persona a la que se me hubiera ocurrido, cuando era adolescente, darle la llave de mi cuarto:

Giacomo Leopardi

Di la verdad, te has sentido desilusionado y en tu cabeza se han perfilado dos cosas muy molestas: la joroba y el pesimismo.

¿Qué adolescente dejaría entrar en su cuarto a un tipo cuyos principales rasgos distintivos, en parte por culpa del colegio, son el pesimismo y el haber tenido joroba, en un *crescendo* de tres estados (subjetivo, histórico, cósmico)?

Si contásemos otros aspectos de la vida de Leopardi, puede que la percepción que tenemos de él fuera muy distinta y más en consonancia con el efecto real que este poeta tiene sobre el interior de los adolescentes.

¿Qué habría ocurrido, por ejemplo, si hubiésemos contado que cuando era pequeño le encantaba escaparse a la buhardilla y jugar con las luces y las sombras que producía una cortina; que le gustaba interpretar a personajes heroicos en las alegres representaciones teatrales que organizaba con sus hermanos?

¿Qué habría ocurrido, por ejemplo, si hubiésemos contado que en su diario escribió que su pasatiempo preferido era pasear

contando las estrellas?

¿Qué habría ocurrido, por ejemplo, si hubiésemos contado que intentó ganarse el amor imposible de una madre poco propensa a las caricias y de un padre excesivamente rígido?

¿Qué habría ocurrido, por ejemplo, si hubiésemos contado que en sus años napolitanos disfrutaba como un crío con el pan de Madama Girolama, las *pizzas* dulces y los helados de Vito Pinto, hasta el punto de que le dedicó un verso —¡sí, en una poesía!— al arte del helado («*el arte en el que el barón es Vito*»); que, en cuanto podía, se sentaba en su café, en el Largo alla Carità, para tomarse un helado, y que le echaba tanta azúcar al café que casi lo convertía en un sirope? ¿Y que escondía debajo de la almohada las golosinas que el médico le había prohibido para zampárselas por la noche?

¿Qué habría ocurrido, por ejemplo, si hubiésemos contado que compraba con frecuencia billetes de lotería, o que le sugería a quien probaba suerte cuál podía ser el número ganador porque estaba al tanto de la creencia popular de que los jorobados traen buena suerte y que no le importaba que, por la calle, la gente le hiciese inocentes bromas al respecto?

¿Qué habría ocurrido, por ejemplo, si hubiésemos leído en voz alta el soneto dedicado a la vieja cocinera de casa Leopardi, Angelina, cuyas sonrisas adoraba tanto como las lasañas que le preparaba?

¿Qué habría ocurrido, por ejemplo, si hubiésemos hablado de su necesidad de tener amigos, que lo empujaba a ver en la amistad algo capaz de vencer incluso a la muerte?

Leopardi fue dueño de su realidad como pocos porque tenía unos sentidos finísimos, de «depredador de felicidad». Su guía fue una pasión absoluta. La custodiaba en su interior y la alimentó con su fragilísima existencia durante los casi treinta y nueve años en los que estuvo alojado en la tierra; por esto tuvo un destino elegido y no padecido, a pesar de contar con todas las coartadas imaginables para haberse limitado a padecer la vida o mantenerse apartado de cualquier pasión. En cambio, fue un cazador de belleza, entendida esta como la plenitud que se manifiesta en las cosas de todos los días a ojos de quienes saben captar su presencia, e intentó subrayarla con sus palabras para convertir una vida tachonada de imperfecciones en fecunda y feliz.

En estas páginas planteo interrogantes (la literatura sirve para plantear interrogantes, no preguntas que puedan contestarse sin mayor problema en un examen) y le respondo a Leopardi, que, por su parte, me acogió amorosamente en sus «estancias» (así se llaman

las estrofas de sus poemas), escribiéndome cartas dolientes y vigorosas: este es un epistolario mantenido con él en un espacio-tiempo creado por el acto de la literatura, el espacio-tiempo de la belleza que se impone, vencedora, sobre el tiempo medido por los relojes y expande la vida como solo el amor y el dolor, la escritura y la lectura pueden hacerlo.

Pero este libro también es un acto de fidelidad a dos de los proyectos nunca llevados a cabo por Giacomo. Él hubiera querido escribir una *Carta a un joven del siglo xx*, como insinúa en el *Zibaldone*, en abril de 1827, y me gusta imaginar que quien ha recibido esa carta he sido precisamente yo, nacido ciento cincuenta años después de escribirse esa nota, en el siglo hacia el que él se sentía proyectado. Leer lo que otro hombre ha escrito es como iniciar una relación epistolar con él: él nos escribe y nosotros, miles y miles de horas después, le respondemos. La poesía es un mensaje metido dentro de una botella, que vive de la esperanza de poder entablar un diálogo diferido en el tiempo. Eso fue lo que supuso para mí, cuando era un adolescente-náufrago llegado a su estancia, la poesía de Leopardi.

El otro proyecto que dejó inconcluso era un poema, en verso y prosa, sobre las edades del hombre. Obligado a vivir más deprisa que todos nosotros, a causa de su mala salud, Leopardi me ha enseñado a acercarme a las edades de la vida con palabras precisas, volviéndolas así reales y habitables, y me ha ayudado a encontrar los instrumentos del arte de vivir cotidianamente en cada etapa de la existencia, identificando el fin para el que existe y la pasión feliz que debe cruzarla y conducirla.

El libro está, pues, dividido en secciones que indican los pasos de la existencia humana y lo que puede iluminarlos desde el interior. Leopardi ha destilado, como se hace con los ingredientes de los perfumes, las etapas que nos unen y hacen de todos nosotros una misma comunidad, con independencia de la longitud y la latitud en que se encuentre el lugar al que pertenezcamos y de la *dote* que la vida nos haya ofrecido. He llamado a estos componentes fundamentales de la esencia de la vida: adolescencia, o arte de tener esperanza; madurez, o arte de morir; reparación, o arte de ser frágiles; morir, o arte de renacer. Arte es aquello que quienes tengan talento para la vida (todos) pueden aprender y mejorar día a día para que cada etapa esté iluminada, guiada y caldeada por un fuego que no se apaga, el de la pasión feliz por estar en el mundo como poetas de lo cotidiano y no como extenuados supervivientes o pálidas comparsas. ¿No decimos, acaso, que un momento de alegría

«es pura poesía»?

Estas páginas no contienen soluciones sencillas porque la vida nunca lo es y para Leopardi, en particular, no lo fue jamás, pero sugieren cómo podemos ser un poco más sencillos, cómo dirigir una mirada más pura hacia la vida.

Únete a nosotros, lector, y si, ya una vez en marcha, sientes que te atenaza la fatiga, ten paciencia (palabra que deriva de la misma raíz que «pasión»); la vista, al final, será inolvidable. Recuerdo ahora el embelesamiento que sentí una vez, paseando por la rosaleda de Regent's Park, en Londres, cuando me vi frente a treinta mil ejemplares de más de cuatrocientos tipos de rosas, cada tipo con un nombre distinto, cada rosa con un tono diverso de color. Allí me pareció ver y sentir el secreto de la polifonía del mundo.

La rosaleda será nuestra. La rosaleda de los destinos humanos y de su frágil y posible felicidad, que, como escribe Leopardi, no es sino el cumplimiento de una vida, de cualquier vida, para alcanzar el cual «las cosas existentes precisan amar y buscar la mayor vida posible para cada una de ellas» (*Zibaldone*, 31 de octubre de 1823).

Si te fías de mí, lector, prometo ayudarte a buscar esa vida y a despertar ese amor.

ADOLESCENCIA
o el arte de tener esperanza

«La esperanza es como el amor propio, del que es su consecuencia inmediata. Por la esencia misma y la naturaleza del animal, ni la una ni el otro pueden abandonarlo jamás mientras esté vivo, es decir, mientras sienta que existe».
Zibaldone, 31 de diciembre de 1821

Poner cimientos sobre las estrellas

«Una casa colgando en el aire,
suspendida con cables desde una estrella».
Zibaldone, 31 de octubre de 1823

Querido Giacomo:

Nadie se pierde el rito de observar las estrellas fugaces porque, al menos durante una noche de cada trescientas sesenta y cinco, todos queremos sentirnos parte de una historia infinita, en la que, cada vez que cae una estrella, se eleva un deseo, como si nuestros sueños estuvieran conectados con los movimientos del universo según una lógica perfecta. Los antiguos, de hecho, decían que si las estrellas no determinan los hechos de la vida, sí, al menos, influyen en ella. En ese instante, inmersos en la oscuridad que cubre la desagradable costumbre de no considerarnos a la altura de la vida, nos sentimos, por fin, autorizados a expresar, en el silencio de nuestro corazón, lo que para nosotros cuenta realmente, aquello por lo que deseamos vivir. Ese silencioso rastro de fuego penetra a través de nuestros ojos y, con su último borbotón de fuego, reaviva las cenizas inertes de nuestro corazón, provocando una explosión y una expansión inéditas.

En ese momento sentimos que nos merecemos la belleza, precisamente por su gratuidad, y en nosotros se abre paso la confianza: creemos que la vida cotidiana puede convertirse en un terreno fértil donde cultivar nuestros deseos para que florezcan. Son instantes que me gusta definir como «de arrebatamiento», inesperadas manifestaciones de la parte más auténtica de nosotros mismos, lo que sabemos que somos al margen de todo: currículos académicos, éxitos laborales, la opinión de los demás, el amenazante ejército de todo lo que quiere obligarnos a vivir sin salir de las fronteras de la triste región de los que no tienen sueños. En una noche de estrellas, la parte más auténtica de nosotros mismos intenta hacerse un hueco, aunque con frecuencia nos apresuremos en autoconvencernos de que ha sido solo un juego o un sueño «sin fundamento alguno». Pero tú, Giacomo, visitante incansable de los espacios celestes, comprendiste que la parte más auténtica de nosotros mismos es una casa que se puede habitar en cualquier lugar, con los cimientos puestos a la inversa, suspendidos de una estrella, un punto de referencia a algo que no es fugaz, sino luminoso, para guiar nuestro navegar por el mar de la vida. Tú me has enseñado que el arrebatamiento no es un lujo que nos podemos conceder una vez al año, sino la estrella polar de toda una vida.

No se trata de experiencias místicas o sentimentales, sino

vertiginosas y originales, algo que todos experimentan cuando se enamoran, como atestiguan los versos de Pedro Salinas a su amada, extraídos del poemario de amor del XX que más me gusta: «*Cuando tú me elegiste / —el amor eligió— / salí del gran anónimo / de todos, de la nada. /* […] *Pero al decirme: "tú" / —a mí, sí, a mí, entre todos —, / más alto ya que estrellas / o corales estuve. /* […] *Posesión tú me dabas / de mí, al dárteme tú*» (*La voz a ti debida*). Cuando somos elegidos, descubrimos nuestra propia originalidad: el espacio interior se amplía desmesuradamente y desde allí podemos lanzarnos al mundo sin miedo. Nos sentimos arrebatados cuando un fragmento de realidad nos llama a salir de nosotros mismos pero permaneciendo dentro de nuestro yo, mejor dicho, apropiándonos con mayor profundidad de nuestro yo auténtico. Tenemos la impresión de que podemos, por fin, aferrar la vida y hacerla nuestra: queremos la luna y no nos sentimos unos estúpidos por desearla, casi como si hacerlo fuera un derecho y un deber.

También tú, Giacomo, percibiste que eras alguien y no algo en un momento de arrebatamiento. Ser poeta era tu deber; la poesía, tu casa anclada en las estrellas: para hacer tuyo el secreto de esa gravedad invertida no podías sino ser poeta. Tú eres el hombre gracias al cual puedo llevar, todas las veces que quiera, una noche estrellada hasta mi habitación, una luna llena al aula en la que doy clase y por unos instantes reencontrar, intactos, los deseos más profundos del corazón, sin que el cinismo los llame locuras.

Hace ya algún tiempo tuve que hacer una suplencia de una hora en una clase del último curso del bachillerato. Era un lunes cualquiera, uno de tantos que se asoman melancólicamente, cargados con el peso de la añoranza por el día festivo que ha quedado atrás. Pasé esa hora de la única forma que no me resulta deprimente: preguntándome qué podía aprender de unos chavales a los que no conocía de nada y a los que, quizá, no iba a volver a ver jamás. Les pedí que me contaran qué momentos de arrebatamiento habían vivido durante los últimos años. Los instantes en los que la llamada del mundo real los había arrebatado y conducido al interior de sí mismos, haciéndoles exclamar: «Este es mi hogar, así es como me gustaría habitar el mundo».

Uno de ellos me habló del esquí de fondo y del contacto con el silencio de la montaña; otro, de su pasión por los componentes electrónicos y los circuitos que estaba construyendo para la gestión inteligente de las viviendas; una chica me contó del desierto de Mauritania, en el que había pasado algunas noches y donde había percibido la inmensidad del vacío que existe bajo las estrellas; otra

me dijo que se sentía en casa cuando cuidaba niños; una tercera era voluntaria desde hacía poco en las ambulancias del servicio de urgencias y por fin se sentía útil. Un chico me habló de los Lençois Maranhenses, las «sábanas» del área desértica de Maranhâo en Brasil, de la característica arena blanca que se llena de pozas de agua pluvial purísima y se asoma al mar, como de un lugar recién salido de las manos de Dios, mientras que otro me contó que cuando veía películas de grandes directores se sentía llamado a crear imágenes e historias igual de hermosas. Los adolescentes buscan casas ancladas en las estrellas en contacto con una naturaleza que les narre el infinito y que, con su belleza demoledora, remita a una pureza que sea, simultáneamente, virginal, indomable y peligrosa. O bien, en el contacto intenso y real con las vidas de los demás, vidas con frecuencia frágiles, por las que hacer algo positivo.

Salí de aquella clase renovado en mis deseos y en mis proyectos vitales porque yo me siento dando clase igual que ellos se habían sentido en esos lugares. Con los adolescentes y con sus corazones melancólicamente sedientos de infinitud, de pureza, de amistad, de ímpetu hacia todo aquello que es bueno, verdadero, bello, yo me siento en casa porque ellos son una parte esencial de ese arrebatamiento que intuí cuando tenía diecisiete años y decidí que quería ser profesor. Mis estrellas fugaces fueron tres.

Un día, a esa edad, descubrí, por casualidad, en un canal de la televisión, una película en la que un arrebatado Robin Williams, interpretando el papel de un profesor, despertaba las almas adormecidas de sus alumnos empujándoles a buscar, entre las páginas de la literatura y de la vida, el verso que añadirían al gran poema del universo. En ese escenario vi mi futuro y el sentido de las pasiones maduradas, casi inconscientemente, en mi pasado.

Todo ello me fue confirmado, poco tiempo después, por un instante similar, aquel en el que mi profesor de Literatura me prestó su libro preferido, las poesías de Hölderlin, y me dijo que tenía que leerlo en dos semanas. Entre aquellos versos y las anotaciones a lápiz de mi profesor, me sentí arrebatado por ese poeta capaz de lograr la infinitud como muy pocos, mediocre en el arte de la vida, pero versado en el de la música de las palabras: «¿Sabes por qué llevas luto? No es por nada ni nadie que muriera hace años, no se puede decir cuándo existió realmente [eso que añoras], cuándo ocurrió, pero existió, es, está en ti. Lo que tú buscas es una época mejor, un mundo más hermoso» (Diotima a Hiperión en *Hiperión*). Me sentí en casa mientras leía sobre aquella búsqueda de la belleza,

aquella melancolía producida por un luto que no era tal, sino que era la manifestación de una sed que yo compartía. Me arrebató también el hecho de ser depositario de un secreto, el de mi profesor, que había visto en mí el fuego de un futuro docente, como él, y que esa mañana, en vez de quejarse por tener que ir un día más al colegio, había escogido entre los libros de su biblioteca el más adecuado para un alumno concreto, el mismo alumno que ahora te está escribiendo.

Y, por último, ese mismo año, el profesor de Religión de mi colegio, el padre Pino Puglisi, apodado *3P,* fue asesinado por la mafia. También esa vez me sentí arrebatado, pero por el dolor (muchos arrebatamientos son el fruto de crisis profundas) y por el deseo de ser un profesor capaz de dar la vida, de alguna forma, por los adolescentes, también por aquellos que no parecen merecerse nuestro esfuerzo.

Como tú me has escrito, Giacomo, deseos, pasiones, dolores y, sobre todo, el amor son los catalizadores del destino en el caos de átomos de nuestra frágil existencia.

> *Nadie llega a ser hombre hasta haber logrado una gran experiencia de sí mismo, mediante la que, poniéndose en evidencia y determinando la opinión en torno a su persona, logra, en cierto modo, fortuna y situación en la vida […]. El conocimiento y el dominio de sí mismo les suele venir o de las necesidades o infortunios o de alguna gran pasión, es decir, de una pasión fuerte como suele ser, en la mayoría de los casos, el amor.* (*Pensamientos*, LXXXII).

Todavía hoy, a mis treinta y nueve años, vivo del fuego de aquellos arrebatamientos de mis diecisiete años: son mi centro, mi originalidad, mi hogar, mi alegría cotidiana, mi entusiasmo, aquello en donde todo ha tenido su origen. El fuego que enciende la pasión por la vida no puede ser menos potente que el de una estrella, por eso tú imaginabas una casa anclada en las estrellas y las estrellas te acompañaron desde el primero hasta el último de tus versos. Parecen metáforas y palabras, imágenes de soñadores, pero, después de todos estos años dando clase, sé que ahí está la verdad.

Querido Giacomo, tú me has revelado el secreto para que un destino humano intuido en la adolescencia consiga florecer. Solo la fidelidad al propio arrebatamiento convierte la vida en una apasionante exploración de las posibilidades y las transforma en alimento, también cuando la realidad parece obstaculizar nuestro camino.

Cuéntame dónde has encontrado la fuerza, Giacomo. Sugiéreme qué puedo responderle a una chica que me dijo, confidencialmente, que los dos arrebatamientos de su vida, un amor y la danza, habían fracasado miserablemente: el primero, porque no fue un amor

correspondido; el segundo, por un grave accidente. Cuéntame cómo conseguiste permanecer fiel durante toda tu vida a tu primer arrebatamiento, incluso cuando, con el paso de los años, te pareció que iba a ser imposible hacerlo realidad.

Cuéntanos cómo se lucha para ser felices cuando todo el mundo opone resistencia y la corriente fluye en tu contra para que nosotros podamos encontrar también tu claridad y tu fuerza. Enséñanos el secreto de un cielo estrellado trescientos sesenta y cinco días al año, de una vida que aferra al futuro. Si una semilla no *tiene esperanza* en la luz, no echa raíces, pero tener esperanza es difícil porque requiere ser conscientes de nosotros mismos, abrir la mente y muchos fracasos. Tener esperanza no es un mero hábito de los optimistas, sino el vigoroso realismo de la frágil semilla que acepta la oscuridad del subsuelo para convertirse en un bosque. Enséñanos, Giacomo, este arte de tener esperanza.

Arrebatamiento
o la llamada a ser alguien

«Humildemente me pregunto si la felicidad de los pueblos puede darse sin la felicidad de los individuos».
Carta a Pietro Giordani, 24 de julio de 1818

Querido Giacomo:

Un antiguo proverbio dice que «una semilla escondida en el corazón de una manzana es un frutal invisible». Para saber ver las cosas contenidas dentro de la semilla, sin embargo, necesitamos contar con un sentido especial, el sentido de la originalidad: no es nada excéntrico ni extraordinario, consiste, pura y simplemente, en tener consciencia del origen, lo que nos permite intuir para qué estamos en el mundo. Se manifiesta, no obstante, de una forma tan tímida que es preciso prestarle una atención absoluta para que dicho origen nos alcance. Todos tenemos, al menos una vez en la vida, un minuto de luz, de nítida claridad y de alegría por estar en el mundo como portadores de una novedad irrepetible. Este es el inicio de la felicidad, me has dicho: la posibilidad de habitarlo y de florecer.

Son pocos y esenciales los momentos de arrebatamiento en la vida de un hombre y, en esos instantes, pasado, presente y futuro se vuelven, de repente, un mismo tiempo, como una semilla en la que se pueden ver, simultáneamente, el árbol del que procede, el árbol que va a generar y todas las estaciones intermedias. Este sentimiento de ampliación y contracción del tiempo, de cristalización y apertura, es arrebatamiento, contacto con tu propio origen y, por lo tanto, originalidad.

Es como cuando pensamos de la persona de la que nos hemos enamorado: «Me parece que la conozco de toda la vida» y «Quiero estar siempre a su lado». Cuando esto ocurre, nos sentimos llamados hacia una felicidad duradera, no efímera: ya no somos anónimos, por fin poseemos un nombre propio que ningún otro puede tener.

Por eso, Giacomo, no empiezo a contar tu vida desde el día en que naciste, o desde tu infancia, como hacen, con buen criterio, por otra parte, los historiadores, porque los novelistas tienen otra percepción del tiempo. El que narra sabe que el tiempo gira alrededor de un núcleo, una fuente, que no es el inicio; es, simplemente, el centro, en relación con el cual el antes es preparación y el después, afirmación. Una biografía se asemeja a una línea, pero una vida se asemeja a una espiral, el centro permanece en la misma posición y los minutos se enrollan

alrededor, unas veces más cerca, otras más lejos, según sea el grado de fidelidad a la propia originalidad. Ese centro es el arrebatamiento y la adolescencia es su cofre.

Cuando tenías dieciocho años, me describiste tu arrebatamiento usando precisamente estos términos. Cuatro años antes, tu padre te había descubierto las maravillas de su biblioteca, que le había costado diez años de trabajo y que había puesto, generosamente, a disposición de las gentes de Recanati y alrededores. Te imagino sentado en el escritorio desde el que querías conquistar el afecto de tus padres, sobre todo el de tu progenitor. Inclinado a la luz de una vela, con una manta echada sobre los hombros en los meses más fríos, mirabas a través de aquellas páginas capaces de hablarte de unos mundos que, de otra forma, te hubieran sido inaccesibles desde las calles de tu pueblo natal, como hacen ahora los adolescentes con la red.

Como todos los chicos de esa edad, intentabas huir del aburrimiento, de la monotonía con la que se sucedían los días, idénticos unos tras otros, y los libros eran el único recurso con que contabas, metido entre aquellas cuatro paredes. En los libros buscabas la fórmula para ser feliz, como si la felicidad fuese una ciencia, excavabas en las páginas como un crío que intenta desenterrar un tesoro siguiendo las indicaciones de un mapa. Y el tesoro apareció, pero de forma inesperada, quizá para salvarte de aquellos años que te proporcionaron un cuerpo incapaz de permitirte respirar con normalidad.

A los dieciocho años ocurrió algo totalmente imprevisible: el destino penetró por las gráciles paredes de tu cuerpo. Habías querido conocer el mundo a través de una biblioteca y la vida te reclamó fuera de aquellas habitaciones, con un libro distinto, formado por la naturaleza.

Me gusta releer las palabras que me has escrito para describir la luz de aquella llamada que te reclamó fuera de la biblioteca:

> *Cuando veo la naturaleza en estos lugares que son realmente amenos (lo único bueno que tiene mi patria), y más en esta época, me siento tan transportado fuera de mí mismo que me parecería un pecado mortal no ocuparme de ello, dejar pasar este ardor juvenil y querer convertirme en un buen prosista, aguardando a que pasen veinte años antes de dedicarme a la poesía.* (Carta a Pietro Giordani, 30 de abril de 1817).

Estas líneas, dirigidas a uno de los intelectuales más célebres de tu época, al que habías escrito, precisamente, para pedirle consejo acerca de tu futuro, son el testimonio de tu minuto de arrebatamiento, de ese contacto vital con la realidad que nos hace entrar en resonancia, como un diapasón, hasta entender que ese es

nuestro tono, que ese espacio es nuestro hogar, que es ahí donde queremos vivir porque es ahí donde nos sentimos en casa. Tus palabras, Giacomo, me han hecho entender dónde empieza todo.

Ese arrebatamiento te llevó a responderle a Giordani —que te aconsejaba que te dedicaras antes a la técnica de la prosa— que no estabas dispuesto a esperar porque la maravilla, el asombro, viene antes que la técnica y es su causa, no al revés. El asombro obliga a la boca a abrirse y a los brazos a relajarse y solo después pone en movimiento palabras y acciones.

> *No quiero decir que, según mi opinión, si la naturaleza te inclina hacia la poesía, uno deba seguir esa llamada sin preocuparse de otra cosa; es más, tengo por segurísimo y evidentísimo que la poesía requiere infinito estudio y esfuerzo, y que el arte poética es tan profunda que cuanto más se avanza, más se da uno cuenta de que la perfección está en un lugar en el que, al principio, ni siquiera se pensaba. Solo que me parece que el arte no debe sofocar a la naturaleza, y ese caminar paso a paso, por grados, y querer ser primero un buen prosista y luego un buen poeta me parece que está en contra de la naturaleza, la cual primero te hace poeta y luego, con el enfriarse de los años, te concede la madurez y la ponderación necesarias para la prosa.* (Carta a Pietro Giordani, 30 de abril de 1817).

Un adolescente sin asombro es un adolescente sin arrebatamiento, igual que el arte sin asombro es fría técnica o provocación efímera. Cuando nos asombramos, surge ante nosotros un esplendor, aún impreciso, que empuja a nuestra atención a ir más allá de los límites. Asombrarse es, de hecho, como presentir o entrever toda una historia en una primera mirada cuando nos enamoramos.

La adolescencia, independientemente de sus variables fronteras cronológicas, tiene como objetivo, Giacomo, ese germen de futuro, ese fuego que nos convierte en luchadores templados, aunque frágiles. Una vez alcanzada la profundidad originaria, empieza a brotar agua de la fuente del actuar inspirado; todo lo demás es una mascarada, pura imitación, contagio efímero. Si no se excava y no se descubre, la búsqueda se prolonga indefinidamente. Lo que buscamos ya está en nosotros, pero no está activado, por falta de contacto con la realidad, y, hasta que no lo encontramos, permanecemos prisioneros de los dos principios que dictan el guion de la infancia y la adolescencia: el principio del placer y el principio de la obligación, motores que nos empujan a actuar por un dictado exterior y no por un florecimiento interior, capaz de integrarlo todo. La palabra «arrebatamiento», «rapto», se empleaba en latín para describir la corriente de un río que todo lo recibe y sobrepasa, para llegar hasta el mar. Sin ser arrebatados no solo no se llega al mar, sino que nos quedamos dormidos o huimos mediante los

sueños.

Con frecuencia, no te sentías a la altura de esa llamada, experimentando esa inseguridad en nosotros mismos que sentimos todos ante la grandeza de un arrebatamiento, cuando la comparamos con nuestras capacidades reales, esa «insatisfacción que sentía cuando no podía profundizar más, disfrutar más, ante las sensaciones que me despertaba la visión de la campiña, pareciéndome que nunca llegaba hasta el fondo, además de no saberlo expresar» (*Recuerdos de infancia y adolescencia*). Pero alejaste de ti la tentación de pensar que había sido solo una ilusión, como hacen aquellos a quienes les da demasiado miedo construir una casa cimentada en las estrellas. No solo no podías abandonar ese fragmento de mundo que se te había entregado: no podías, tampoco, abandonar a quienes íbamos a poder recibirlo como un regalo mediante tus palabras. El cuidado, hacerse cargo, es la finalidad del arrebatamiento, igual que cuando nos enamoramos sentimos que se nos ha confiado una persona. Los latinos para decir «cuidar» empleaban la palabra *colere*, de la que procede *cultum*, de donde a su vez deriva el término «cultura» (la agricultura no era otra cosa sino cuidar del campo). La cultura no tiene nada que ver con el consumo de objetos culturales: pensar que se adquiere más cultura consumiendo más libros, más música, más pintura es un espejismo. Conozco a gente que consume una infinidad de productos culturales y eso no la vuelve más humana, al revés, con frecuencia esas personas acaban sintiéndose superiores a los demás. Cultura quiere decir estar en el campo, hacerlo florecer, a costa de tu sudor. Significa conocer la consistencia de las semillas, los surcos de la tierra, el tiempo y las estaciones de lo humano, y ocuparse de ello para que todo dé su fruto en el momento indicado. En la cultura están el realismo del pasado y del futuro y la lentitud del presente, algo que el consumo no conoce: este exige rapidez e inmediatez, no contempla la pasión y la paciencia.

El mundo tenía que conocer el precioso y frágil secreto que habías descubierto en una simple primavera, en un simple cielo nocturno dominado por la luna y las estrellas. Eso es lo que hace cualquier enamorado: no habla de otra cosa que no sea de su amor. Para renovar tu arrebatamiento, de hecho, te asomabas regularmente por la ventana para mirar la noche desde tu estudio, tras apagar la vela, y, apenas tu vista se acostumbraba a aquella luminosa oscuridad, sentías el espacio y el tiempo entrar dentro de ti: empezabas a contar las estrellas del cielo, que en tu época no estaba aún enturbiado por la contaminación lumínica, mientras una

suave brisa marina soplaba en la campiña de Recanati, te acariciaba la cara y tú percibías que esa infinitud era tu hogar. De ti he aprendido, Giacomo, cómo se miran las estrellas desde una ventana mientras el mar, espejo del purísimo azul del cielo, respira infatigable y sereno. De ti he aprendido cómo nos asombramos y maravillamos, sobrepasados por las cosas que no ha hecho el hombre, pero que inspiran aquellas que el hombre puede hacer. Intuiste enseguida que la vida va de menos a más, bastaba con mirar cómo florecían las semillas en primavera: el poeta sabe que el futuro de las cosas está ya custodiado en su origen.

La adolescencia no es una enfermedad

«La mayor felicidad posible para un hombre, en este mundo, se produce cuando él vive serenamente su condición, con la esperanza calma y segura de que el futuro será mejor. Yo he experimentado este divino estado a los dieciséis y diecisiete años, y con la segura y calma esperanza de que el futuro sería felicísimo».

Zibaldone, 1819-1820

Querido Giacomo:

Tú me has enseñado cuál es la esencia de la adolescencia al contarme cómo fue la tuya. Me has hecho comprender el valor que se requiere para aceptar el hecho de haber nacido, para dar tu aprobación al involuntario absoluto que supone existir, estar aquí, sobre todo cuando se vive dentro de la fragilidad. El valor de tener un destino y de hacerse cargo de él, cuidarlo, es decir, de decidir si merece la pena vivir y para qué. Me has explicado que a este consenso no se llega en un instante, como ocurre con el arrebatamiento, sino que requiere de la paciencia de las estaciones: es un arte que necesita de una vida entera para aprenderlo.

Es necesario dejarse prender por el exceso de esperanza que caracteriza esta etapa y que los adultos, con frecuencia, minimizan o critican.

Los adolescentes, de hecho, pierden a menudo esa esperanza a causa de nosotros, los adultos. Tienen miedo porque no consiguen vivir sus dieciséis o diecisiete años de la forma que dices tú, Giacomo, con una «segura y calma esperanza». Viven inmersos en narraciones desesperantes que se imponen sobre la realidad, sobre la exploración de lo posible, porque, con frecuencia, quien tendría que ser testigo del futuro carece de destino: genera vocaciones solo el que ha encontrado la suya y la vive. En estos años de enseñanza y encuentros he visto a adolescentes que ya estaban aburridos, cansados, corroídos por la monotonía, oxidados, con la mirada apagada, casi como si ya fueran ancianos. No constituían la mayoría, pero los había. Pero tú me has enseñado que se precisa muy poco para reavivar ese fuego escondido entre las cenizas: basta, por ejemplo, con citar las palabras de un poeta, de un escritor, puede que justo las tuyas, para descubrir lo que da consistencia a las esperanzas, lo que vuelve real lo invisible: lo invisible de la estatua en el esbozo, del árbol en la semilla, de la catedral en el plano, del amor en una primera mirada.

Me han impresionado las palabras de una estudiante de quince años que atravesaba un periodo de especial fragilidad y a la que yo

le presté un libro adecuado a su situación, el *Diario* de Etty Hillesum, una muchacha judía que cuenta cómo maduró en contacto con el horror nazi, que le destrozó el cuerpo pero no el espíritu. Etty transforma todas las cosas en vida porque todas las cosas en el interior, especialmente en el interior femenino, pueden convertirse en vida fecunda. Transforma en vida incluso su muerte, cerrando el diario con una frase que llevo grabada en el corazón y en la cabeza: «Habría que ser un bálsamo para las numerosas heridas». Después de haber leído el libro, la adolescente me escribió: «Quisiera darle las gracias por haberme prestado un libro tan maravilloso. Antes me limitaba a ver la vida en blanco y negro, ahora los matices forman parte de mí misma. Cierto, me resulta imposible no ver, de vez en cuando, cosas que me entristecen, pero ya no me atrevo a echarle a la vida la culpa de esto, ya no la considero injusta o mala. Simplemente, vivo las situaciones desagradables y le confío a Dios mi dolor. Etty se parece tanto a mí que al leer por primera vez sus palabras me he sentido al fin Bien (con B mayúscula), era como si esas palabras fueran el espejo de mis pensamientos. He copiado en un cuaderno casi todas las frases que sentía que me describían, a mí y a lo que estoy sintiendo en estos momentos, y ha sido liberador, ha sido como admitir que ese dolor existe y que otra persona lo ha vivido. Etty y yo somos tan parecidas que me hubiese encantado hablar con ella, decirle justo las cosas que a mí me gustaría que me dijera alguien. Me ha enseñado mucho, con su inquietud juvenil, su fuerza, su fe, pero, sobre todo, con su irrefrenable amor por la vida».

Una vez más, la lectura ha creado un espacio y un tiempo en los que los hombres se encuentran, construyen lazos y hallan las palabras con las que definirse a sí mismos, sobre todo en los momentos de paso. El hombre, además de existir, es devenir, y la adolescencia es devenir más que cualquier otra etapa. Y se vive plenamente atravesando, hasta llegar al fondo, la crisis que la llena de interrogantes.

Hace años que me bombardean a preguntas, tanto en mi calidad de profesor como en la de escritor, preguntas que he ido recogiendo y agrupando por géneros y argumentos. ¿Qué me preguntan los adolescentes?

Cómo se puede vivir, cómo se puede soñar, cómo se puede amar, cómo se puede encontrar a Dios, cómo se puede encontrar tu propio camino, cómo se puede no sucumbir ante el dolor… He llegado a la conclusión de que los adolescentes no tienen preguntas: *son* preguntas. Vuelven a formular con sus silencios los mismos porqués

reiterativos, típicos de los niños, pero en un plano distinto: el niño pregunta por qué hay estrellas, el adolescente pregunta cómo se llega a ellas porque la esperanza es deseo (*de-sidera*, distancia de las estrellas), su falta es un desastre (*dis-astro*, ausencia de estrellas).

Recuerdo ahora también, con gran tristeza, la conversación que mantuve con una chica de diecisiete años. Me encontraba en una ciudad, presentando mi segunda novela. Al final del acto se me acercó una mujer y me dijo que aquella adolescente no había podido acudir, aunque le apetecía mucho, porque estaba ingresada en el hospital. Sufría anorexia y pasaba por un momento muy delicado. La mujer me pidió que fuera a verla. Fuimos al instante.

Menuda, fragilísima, su mirada aún no estaba totalmente apagada, todavía se encontraba repleta de unas posibilidades, en las cuales, sin embargo, ya no creía. No me dejaba hablarle de esperanza, de futuro, de belleza. No creía en todas esas cosas, las cosas para las que está hecha su edad, y por eso estaba allí, ingresada, en peligro de muerte, un espíritu abatido en un cuerpo de mariposa. Noté que se alzaba ante mí un muro infranqueable, el corazón de aquella adolescente se había escondido en alguna parte, en una oscuridad a la que no podía llegar luz alguna. Permanecí un rato con ella, en silencio, y luego le hablé de mis proyectos, de mis sueños, pero también de las veces en las que había hecho un ridículo espantoso, para que se riera. Nos despedimos dándonos un abrazo y le dije, simplemente, que nadie podía ocupar su lugar, que lo que tenía que hacer en el mundo solo podía hacerlo ella, y que ella había sido un regalo para mí en esos pocos minutos. Una lágrima le resbaló por la mejilla, casi como si se estuviese concediendo un lujo. No he vuelto a saber de ella, pero espero que esa tímida lágrima fuese la señal de una esperanza, de que un nudo empezaba a deshacerse.

He recibido muchas cartas de adolescentes destrozados por profesores capaces de decirles, solo porque habían suspendido: «Nunca llegarás a nada»; o que el primer día de curso, al ver que la clase era muy numerosa, aseguraban: «Sois demasiados, habrá que reducir el número». Adolescentes a los que, luego, salvaron otros profesores, haciendo que salieran a la superficie cualidades insospechadas. Recuerdo a una chica, desencantada ante las explicaciones de su profesora, a la que, durante el recreo, la profesora de otro grupo le daba clase de Literatura en el pasillo, donde se quedaba a disposición de los alumnos para aclarar dudas y responder a su curiosidad. A aquella adolescente le gustaba la Literatura más que cualquier otra asignatura gracias a esas clases en

el pasillo. O a un chico, que había caído en una espiral de hastío y sensación de inutilidad y al que un profesor animó a que se dedicara a los demás: el día en el que entró en un centro para niños con parálisis cerebral sintió que en su interior renacía la vida, cuya fragilidad y belleza comprendía por primera vez.

También tú, Giacomo, pedías la ayuda de alguien que supiese acoger tu forma de ser y la guiase. Alguien que te amase tal y como eras y que te ayudara a aceptarte, algo que no podías hacer por ti mismo. No te bastaba con una biblioteca para ser feliz (igual que hoy no basta con la red, aunque parezca contener el mundo entero), por eso buscabas el amor y la amistad, como todos los adolescentes. Pero tus primeros amores fueron solo sueños imposibles, apenas una muda señal, lanzada a las adolescentes de las familias que gravitaban en torno a la vuestra —como Maria y Teresa, que luego se convertirían en tu Nerina y tu Silvia— o a mujeres maduras dotadas de una belleza espectacular, como la condesa Lazzari. Amores en los que el deseo y la imaginación lo hacían todo. Las amistades, en cambio, te parecían la única forma de darle una respuesta a tus deseos porque te habían abierto la puerta de la república de las letras y, por lo tanto, de la fama. Por eso empezaste a escribirles a los intelectuales de relieve de tu época y, cuál no sería tu sorpresa, Pietro Giordani se tomó en serio tu talento y tu soledad. Después de una adolescencia transcurrida en compañía de los nombres que se leían en las portadas de los libros, la llamada de la realidad cobró fuerza. Tus padres, Monaldo y Adelaide, no habían sido capaces de comprender tu fragilidad y se sentían felices cuando te veían inmerso en tus estudios porque eso era lo que debía hacer el primogénito de la casa Leopardi, sin comprender que lo que buscabas era otra cosa. Te faltaba el afecto, el calor, te faltaba aquello que más necesita cualquier adolescente: sentirse amado.

«Tu corazón agitado acusa siempre una gran carencia, un no sé qué de menos de lo que te esperabas, un deseo de algo más, mejor dicho, de mucho más» (*Zibaldone*, 27 de junio de 1820). Siempre hay una gran carencia en el corazón del hombre, y más aún en el de un adolescente que se ha sentido poco amado.

Los maestros, los únicos expertos en el corazón humano, pueden hacerse cargo de un corazón ardiente y guiarlo sin que se repliegue sobre y contra sí mismo porque no podemos desear menos amor del que nos esperamos.

Una vez, al final de un encuentro con estudiantes de los cursos superiores en el que había tratado estos temas, una profesora, quizá preocupada por el entusiasmo de los chicos, dijo: «La adolescencia

es importante, pero no conviene sobrevalorarla». Esas palabras traicionaban, quizá, el miedo de salir al escenario educativo respetando esa etapa por todo lo que tiene de excesivo y, por lo tanto, de esfuerzo. A los adultos nos gustaría controlar la adolescencia, creyendo que eso es un atajo para educar, pero esa fase de la vida, con su sed de libertad, no quiere control sino apertura, aceptación, afirmación, vocación, objetivos que formen una barrera natural contra el exceso de forma que pueda encontrar los límites dentro de los que definirse y, sobre todo, su forma más auténtica. Cuando el padre Puglisi organizaba los que él llamaba campos vocacionales, los titulaba: «Sí, pero ¿hacia dónde?». Una frase que contiene la afirmación total de lo que es cualquier adolescente, pero también su inclinación *hacia* algo (la palabra *adolescente* indica inclinación hacia la plenitud).

Con todo, faltando el arrebatamiento, la llamada, la destinación, la educación se refugia en el control, en la obligación, en prohibiciones que los adolescentes no entienden.

Tú has sido quien me ha enseñado, Giacomo, precisamente con tu sufrimiento, a mirar a mis alumnos sin pretender controlarlos, sin infravalorar sus dieciséis o diecisiete años, al revés, tomándome en serio ese exceso, a veces desestabilizante, y orientándolo: fue un exceso mal cuidado lo que arruinó tu salud, fue un exceso bien orientado lo que te salvó la vida. Es en el exceso del adolescente donde se muestra y se esconde el fuego de la esperanza o de la desesperación.

El primero crea; el segundo destruye. El primero sirve para ablandar, forjar y templar el acero; el segundo, para incendiar bosques y bibliotecas.

Pero es el mismo fuego.

Vivir las preguntas

«… ¿Y yo qué soy?».

Canto nocturno de un pastor errante de Asia

Querido Giacomo:

En estos tiempos se habla mucho *de* los adolescentes, pero se habla demasiado poco *con* los adolescentes. Hablar con un adolescente no consiste en articular una lista de «debes» o «deberías». No se gana su confianza remedándolos ridículamente, sino participando en su vida, estableciendo gradualmente la distancia adecuada. Solo el que vive su arrebatamiento genera arrebatamientos y provoca destinos: solo sabiendo para qué estoy en el mundo puedo inducir una crisis positiva en un adolescente que no quiere que se le explique cómo es la vida, sino que la vida se explique en él, y que quiere tener a su lado a personas en las que confiar para navegar. Si un adulto se hace el adolescente, engaña a los chicos: pensarán que convertirse en adultos significa desear volver atrás o sentir añoranza por algo que ya no se tiene. Ellos quieren sentirse seguros de sí mismos, pero nosotros debemos ayudarlos a estar seguros *de ser* ellos mismos, empezando por aceptar lo que son y no cargándolos de «yoes» imaginarios e inalcanzables. Por eso deben encontrar en nosotros a alguien que está seguro de ser él mismo, fragilidades incluidas, deficiencias incluidas, fracasos incluidos, en definitiva, limitaciones incluidas. También tú, Giacomo, luchabas por no renunciar a la seguridad de ser tú mismo, a tu vocación.

Esta generación de adolescentes es más precoz que las anteriores, entra en contacto con mucho más mundo en menos tiempo, conoce más cosas que la mía, pero tiene también un punto débil: cuenta con menos criterios para decodificar los mensajes, no sabe desde dónde apresar el mundo, viste la realidad del revés, como si fuera una camiseta en la que no se distingue la parte de atrás de la de delante, la de dentro de la de fuera. Encuentra la solución a fuerza de probar y volver a probar, si no se desanima antes. Les hemos dado todo aquello que se precisa para disfrutar de la vida, pero no les hemos dado una razón por la que vivirla. Hemos confundido la felicidad con el bienestar; los sueños, con el consumo.

El resultado es una generación que, con frecuencia, está perdida en un desierto de aburrimiento, en busca de un oasis de sentido, enjaulada dentro de una trampa de espejismos emocionales que necesita para resarcir una profunda soledad, no la soledad fecunda del poeta, que se aleja del mundo para reencontrarlo luego más enamorado y enriquecido, sino la de quien se siente abandonado

por todo. La soledad de la que soy testigo cuando recibo las confidencias de adolescentes que solo me conocen a través de mis escritos. Entonces me pregunto: pero ¿no tienen a su lado a nadie que los observe? Noto una tendencia a rendirse en la edad hecha para el heroísmo; de hecho, los que no han renunciado a luchar experimentan intensamente el dolor de sentir que han perdido, sin saber muy bien cómo, algo que se les debía: una especie de extravío. Y, sin embargo, este dolor, si deciden no ignorarlo o dejarlo prosperar, es su salvación porque agudiza la sed, las preguntas. Una vez un colega me criticó, diciéndome: «En la escuela hay que sembrar dudas, no certezas». No creo que en la escuela la disyuntiva esté entre la duda o la certeza, sino entre la libertad y la esclavitud. No se trata de sembrar certezas, sino de potenciar el uso de la libertad hacia aquello que es verdadero, bueno y hermoso para ampliar el radio de acción de la verdad, la bondad y la belleza, las tres cosas que hacen que una vida sea apasionada y apasionante. Si no tuviésemos un mínimo de certezas, ¿por qué explicar a Shakespeare, a Homero y a Dante? ¿Por qué las leyes de la física? ¿Por qué la vida de las estrellas y de las células? Si lo hacemos es porque creemos que eso sirve para orientarse en el mundo, para habitarlo, también cuando se vuelve inhóspito.

Recibo cientos de preguntas «imposibles» por parte de los chicos porque esas preguntas también son mías y también yo estoy en el camino hacia las respuestas, que llegarán solo a condición de mantener vivas las preguntas: la vida nunca es avara en respuestas cuando nos mantenemos abiertos a ella con preguntas precisas.

«¿Por qué tienen que pasar estas cosas?», me ha preguntado una adolescente cuya madre estaba enferma de cáncer.

«¿Cómo se puede encontrar un sueño en la vida?», un chico roído por el aburrimiento.

«¿Cómo puedo no desperdiciar mi adolescencia?», un chico echado a perder por el consumismo.

«¿Cómo puedo volver a enamorarme? Ya no lo consigo», me ha preguntado, cara a cara, una chica que había sido víctima de un abuso sexual del que no le había hablado a nadie, ni siquiera a sus padres.

«¿Cómo emplear tus mejores recursos en un mundo en el que los ganadores siempre son los listillos y los que tienen menos prejuicios morales?», un chico decepcionado.

«¿Cómo soportar el hecho de no ser guapa?», una chica con escasa autoestima.

«¿El amor eterno es solo una ilusión o es posible?», una chica

cuyos padres se odian.

«¿Por qué debería dejar de hacerme cortes si es la única forma de evitar un dolor aún más profundo?», me ha preguntado una chica que se autolesionaba.

«¿Cómo puede uno sentir interés por las asignaturas si los profesores son los primeros que no creen en ellas?». Creo que esta es una de las preguntas más frecuentes: buscan testigos de la belleza, no profesores sin fe en la belleza.

«¿Cómo puedo creer en Dios?». Me lo preguntan muchísimos, sin vergüenza, incluso delante de centenares de chicos de su misma edad.

Los padres, con frecuencia, se sienten en inferioridad de condiciones porque, como me ocurre a mí, tampoco ellos tienen la respuesta a muchas de estas preguntas y, por lo tanto, eluden establecer normas, deberes, compromisos, objetivos. Pero la pregunta ya es el resultado. El secreto radica en que los adolescentes sepan que no deben cargar ellos solos con todo el peso y en empezar juntos el viaje que conducirá a las respuestas.

La adolescencia es la etapa de lo informe que busca la forma, del caos que busca el orden, de la esperanza que busca la experiencia y del imposible que busca lo posible. Precisamente tú, Giacomo, consciente de cómo es esa etapa más que nadie, a través de los personajes de tus *Cantos*, has dado forma de preguntas al informe hecho de esperar y temer, no ofreciendo respuestas sino viviendo las preguntas, sin sofocarlas. Son las preguntas de Safo y del pastor errante, de Nerina y de Silvia, del gorrión solitario y del transeúnte confuso… Las palabras de tu poesía son instrumentos que ayudan a afrontar la vida de todos los días, a habitar sus luces y sus sombras, precisamente porque consiguen ponerle voz al grito del corazón silencioso. Has desenrollado una especie de ovillo de Ariadna en el laberinto de la vida. Y lo importante no es cuán intrincado sea el laberinto, sino lo fuerte que sea el hilo con que lo afrontamos, y el maravilloso deber de un escritor es hacer el relato tanto del laberinto como del hilo.

Cuéntame cómo has conseguido adentrarte en la vida, pese a las numerosas encrucijadas dolorosas que te ha obligado a vivir. ¿Cómo has permanecido fiel a tu arrebatamiento, cómo has seguido manteniendo la esperanza sin perderte, aplastado por los límites que te impuso la vida? ¿Cómo has logrado mantener vivos todos los puntos interrogativos de tus poesías?

Ese pobre desgraciado de Leopardi

«Esta y otras tristes circunstancias son las que ha dispuesto la fortuna alrededor de mi vida, dándome tal apertura de intelecto y de corazón».
Carta a Pietro Giordani, 2 de marzo de 1818

Querido Giacomo:

Cuando tengo que empezar a explicar la parte del programa correspondiente a tu obra, no revelo tu identidad sino que digo que ha llegado el momento de leer al más grande de los poetas modernos, a un poeta que ha transformado todos los límites en belleza, y que tuvo muy claro que esa era su vocación cuando tenía la misma edad que los adolescentes que ahora tengo ante mi vista.

Los alumnos me miran con los ojos agrandados por la sorpresa, durante los pocos segundos en los que esta generación presta atención a las novedades, aguardando a que les diga el nombre del poeta. Como sigo sin revelárselo, empiezan a hacer hipótesis. Cuando alguno lo adivina, alguien añade, casi en el acto: «No… ¡Ese pobre desgraciado de Leopardi, no!». Ten paciencia, son jóvenes e ignorantes: toman prestados los lugares comunes con tal de tener algo que decir. Pero sabes, Giacomo, yo *espero* que usen esos adjetivos porque desenmascaran todo el miedo que esconden, el miedo de una cultura para la que quien se pregunta por el sentido de las cosas es un «pobre desgraciado», igual que quien no tiene un cuerpo perfecto. ¿Fuiste realmente un pobre desgraciado del que había que mantenerse alejado? Los jorobados traen buena suerte, se dice, ¿pero tú la tenías? Piensa que hay quien, para entender tu poesía, parte precisamente del hecho de que tuvieras joroba, en vez de hacerlo de tu arrebatamiento. Has muerto por una crisis respiratoria provocada por la presión que tu cuerpo retorcido ejercía sobre el corazón. No te correspondió ninguna de las mujeres de las que te enamoraste. En resumen, eres la quintaesencia del joven que ningún joven querría ser. ¿Es eso verdad, Giacomo? ¿Te defiendes tú solo o lo hago yo?

Puedes hacerlo tú solo, pero yo tengo que reducir la distancia existente entre la coraza de mis alumnos y tu piel. Tengo que romper esa coraza de miedos que les impide entender que el arte que hay que aprender en esta vida no es el arte de ser invencibles y perfectos, sino el de saber cómo somos: invenciblemente frágiles e imperfectos. Para quebrar su coraza necesito una punta afilada y templada, es entonces cuando te empuño como una espada y leo, como si tú mismo estuvieras hablando en voz alta:

> *Esta y otras tristes circunstancias son las que ha dispuesto la fortuna alrededor de mi vida, dándome tal apertura de intelecto, para que yo las viese claramente y*

me diese cuenta de lo que soy, y de corazón, para que él supiese que a él no le conviene la alegría y, casi vistiéndose de luto, tomase a la melancolía como compañera eterna e inseparable. (Carta a Pietro Giordani, 2 de marzo de 1818).

¿Quién se atreve a llamar pobre desgraciado a un adolescente así, capaz de aceptar y de transformar sus desgracias en un trampolín para abrir su mente y su corazón? ¿Quién es capaz de afrontar la vida como él, con ese valor, de tomar la melancolía como compañera de viaje, y, no obstante, crear tanta belleza? Me detengo y pregunto: ¿vosotros seriáis capaces de transformar en canto el dolor de la vida, vuestros fracasos, vuestras ineptitudes? ¿De alimentaros de vuestro destino, por infortunado o afortunado que sea, para crear una obra maestra inmortal?

Ante tus palabras se hace el silencio. Han entendido que contigo no se bromea, no se banaliza. Así, justo por la puerta del infortunio, accedemos a tu grandeza, Giacomo, y yo observo cómo se desperezan porque cada uno de nosotros esconde en su interior la habitación del infortunio y de la desgracia, esa en la que las fragilidades y las ineptitudes son evidentes. Bajan las defensas, que es la finalidad de la literatura: volver al hombre más verdadero y más auténtico, despojándolo de las falsedades que lo alejan de sí mismo, de la vida, de los demás. Así se despierta la pasión adormecida, la propia originalidad, y queda relegado el miedo a no ser «lo bastante».

Aunque en el mundo se hayan extinguido lo grande, lo bello y lo vivo, no se ha extinguido en nosotros la inclinación [hacia ellos]. Se ha arrebatado el obtener; no se ha arrebatado, y no es posible hacerlo, el desear. No se ha extinguido en los jóvenes el ardor que los lleva a buscar la vida y a desdeñar la nada y la monotonía. (*Zibaldone*, 1 de agosto de 1820).

Pero este deseo de vida, de felicidad, de amor, fundamental en el corazón de los jóvenes (y de todos), es una materia natural e inextinguible y, cuando no está dirigida a la construcción del mundo y de la esperanza, «circula y serpentea y devora sordamente como un fuego eléctrico», escribes en otro pasaje de tu diario, en agosto de 1820. Ya no se trata de un fuego que calienta y proporciona luz, sino de un fuego que, antes o después, explotará dando lugar a «tempestades y terremotos». En la actualidad, yo veo nítidamente cómo esa energía se pierde en la nada. Trato con centenares de adolescentes y me escriben centenares de ellos, hartos de no saber por qué jugarse esa infinitud que sienten en el corazón. Quieren proyectos, no objetos. Mientras nosotros intentamos satisfacer el deseo obteniendo cosas, ellos piden lo que contiene el deseo: la esperanza de lo imposible convertido en posible.

Quizá, en el fondo, las cosas no han cambiado mucho desde que

tú eras joven. La adolescencia, según los propios adolescentes a los que les he preguntado, es «energía» que quiere encaminarse hacia la vida para construirla. Eso es lo primero que veo en ellos y que tú has definido tan bien: una fuerza creadora, que se libera encontrando forma en palabras empuñadas como armas para hacer explotar el dolor o la alegría, para huir de la «nada y la monotonía». Un chico me dijo una vez: «Cuando acabé de leer su libro, sentí que un fuego se había encendido en mi interior y me dije a mí mismo: yo quiero vivir así. Ahora tiene usted que explicarme cómo ha ocurrido esto».

La adolescencia es ese fuego que no quiere sino arder de pasión y de pasiones, a veces hasta el extremo de quemarse a sí misma por falta de combustible. Este fuego existe, yo lo he visto. Es el fuego de la vida. Puede transformarse en destrucción y, llegados al límite, en autodestrucción, pero no puede ser apagado y, aunque a veces parezca extinguirse, languidecer, devorado por el cinismo, por la falta de esperanza, luego vuelve a aflorar bajo formas explosivas o implosivas, «tempestades y terremotos» los llamas tú, yo los llamo: dependencias, violencias, fugas, autolesiones, suicidios, trastornos alimenticios…

Esta generación quiere testigos, antes que maestros; por eso, Giacomo, tienes que ayudarme. Las pasiones se despiertan cuando entran en contacto con el fuego, no con las instrucciones para encenderlo, sobre todo con estos adolescentes que ya no leen las instrucciones, sino que quieren ponerse enseguida a jugar, *on fire*, como se dice en la lengua de Shakespeare.

Encender y acelerar la esperanza

«Al encontrar un camino abierto,
he corrido por él más velozmente».
Zibaldone, 1819-1820

Querido Giacomo:

Hay otros dos ritos que pongo en práctica cuando sales a escena en mis clases. El primero es de orden teatral. Me gusta imaginarme cómo se portaría un autor si entrase en clase: Dante nos miraría a todos uno por uno, en perfecto silencio, inquietándonos con esa mirada suya, tan abisal como el más allá; Petrarca empezaría a hablar de sí mismo y de lo que más le interesa en esos momentos, casi en voz baja; Tasso se retorcería las manos y aguardaría nuestras preguntas, a las que, quizá, ni siquiera contestaría; ¿y tú, Giacomo?

Tú abrirías la ventana, mirarías hacia fuera unos instantes, respirando a pleno pulmón, luego te darías la vuelta y nos animarías a que hiciéramos lo mismo para recordarnos que hay un «afuera» y que está compuesto de cosas como el cielo, los árboles, los tejados, las montañas, los sonidos… el infinito que hierve en los límites. Nos contarías cómo te han arrebatado esas cosas, cómo has intentado durante toda tu vida alcanzarlas en su profundidad, teniendo primero que crear esa profundidad dentro de ti mismo, con las palabras adecuadas. Nos preguntarías en qué punto estamos con el contacto con esta realidad tan rica y tan llena de posibilidades. Dejarías traslucir tu inmensa pasión por la vida, aunque tu cuerpo pareciera habértela negado. Y todos sentiríamos envidia o estupor: ¿cómo consigue descubrir todo eso en las mismas cosas que veo yo también?

Asomado a esa ventana, nos obligas, con tus versos, a experimentar ese renacimiento de los sentidos, para desencadenar el cual bastaría con deshojar una rosa u hojear un libro con atención:

> *¿Qué es lo que excita estos sentimientos en los hombres? La naturaleza, purísima, tal cual es, tal cual la veían los antiguos: las circunstancias, naturales, no creadas deliberadamente, sino surgidas espontáneamente: ese árbol, ese pájaro, ese canto, ese edificio, ese bosque, ese monte, todo por sí mismo, sin artificios, y sin que este monte sepa, de modo alguno, que debe excitar esos sentimientos, ni que deba añadir otros para los que pueda excitar, ningún arte, etc., etc. En suma, esos objetos, en suma, la naturaleza, en sí misma y por su propia fuerza, inherente a ella y no tomada en préstamo por cosa alguna, despierta estos sentimientos.* (*Zibaldone*, 1818).

No solo el perfume de las rosas es capaz de esto, también lo es el perfume de las páginas de los libros. Eso fue lo que te ocurrió a ti en las habitaciones de tu morada, en Recanati, donde tu mirada

pasaba de detenerse sobre el campo a hacerlo sobre las páginas de los libros. La gran biblioteca paterna era el continente que había que explorar, el mar que había que cruzar. Me impresiona, por su número y variedad, la lista de los libros cuyos títulos apuntabas, año tras año, en tu diario, que revela tu pasión por todos los aspectos de la realidad, tu capacidad para amar por igual las ciencias y las letras, para interesarte por las estrellas como objetos y como mito, por la luna como planeta y como melancolía. Excavabas en las páginas y en la noche para encontrar el secreto de la felicidad y del futuro.

Entre los trece y los dieciocho año aprendiste, tú solo o con escasa ayuda: griego, latín, hebreo, inglés, francés, español… Y no porque te vieras obligado a hacerlo porque tenías un examen o te iban a preguntar en clase, no, lo hacías, simplemente, porque querías conocer el mundo y conocerte a ti mismo; tu curiosidad era insaciable, tu pasión, absoluta, tanto que, con tal de encontrar la salvación, arruinaste tu salud, igual que las polillas que, llevadas de un exceso de prisa, se queman las alas en busca de luz. Escribías los primeros ensayos, que regalabas a tus padres y, mientras la tinta se secaba en el folio, aprovechabas para memorizar listados de palabras de los idiomas que querías aprender. De esas horas de estudio surgieron las páginas, extraordinarias, teniendo en cuenta tu edad, del *Ensayo sobre los errores populares de los antiguos*, que ya deja intuir que la búsqueda de la verdad y la curiosidad acerca del ser humano eran el norte que guiaba todas tus lecturas. En esos años habías empezado a escribir también un ensayo, que se quedó inacabado, titulado *Del amor a la soledad*, y el soneto *Sobre la muerte de Héctor*, tu primera composición poética, inspirada por la lectura precoz de Homero y dedicada a un héroe tan fuerte como frágil, que vive a la sombra de un destino inevitable: la caricia que le hace a su hijo, asustado por el brillante yelmo, es, probablemente, la obra maestra de la fragilidad heroica en la literatura. También habías iniciado una *Historia de la astronomía*, convencido de que, en el cielo, las estrellas y la luna eran el signo de un misterio que no hay que ignorar y que tenían algo que revelarte.

Pasabas días enteros entre los libros de la biblioteca paterna, concediéndole solo una hora de descanso a tus ojos cansados y, con frecuencia, tu hermano Carlo te sorprendía inclinado sobre un libro, en el corazón de la noche, a la débil luz de una vela. Fingías haber encontrado poesías perdidas de autores griegos y traducías un original inexistente. En la carta en la que describes tu arrebatamiento ante la naturaleza hablas también del que te

suscitan los libros, sobre todo los de poesía:

> *Desde que comencé a conocer un poco la belleza, ese calor y ese deseo ardentísimo de traducir y hacer mío lo que leo no me los ha dado nada que no sean los poetas, y ese anhelo violentísimo de componer no me los han dado otras cosas que no sean la naturaleza y las pasiones, pero de una forma intensa y elevada, haciendo, casi, que se me agigantara el alma en todas sus partes, y diciéndome para mis adentros: esta es poesía; y para expresar lo que yo siento se necesitan versos y no prosa, y dedicarme a hacer versos. ¿No me concede usted que lea ahora a Homero, a Virgilio, a Dante y a otros autores cumbre? No sé si podré abstenerme de hacerlo porque al leerlos experimento un deleite que no puede expresarse con palabras y, muchas veces, me ha ocurrido estar tan tranquilo, pensando en cosas que no tienen nada que ver [con la poesía], escuchar de pronto un verso de un autor clásico, que alguien de mi familia ha recitado por casualidad, y empezar al instante a palpitarme el corazón y verme forzado a ir a buscar esa poesía.* (Carta a Pietro Giordani, 20 de abril de 1817).

La belleza de las páginas y de la naturaleza te obligaba a acelerar los tiempos de tu vida interior, cuya vocación más profunda se había despertado. El adolescente que ha descubierto qué le arrebata no conoce el cansancio y está incluso dispuesto a aprender él solo cuanto le haga falta para llegar al puerto de su deseo, entrevisto en los mapas de lo posible. Habías, además, entendido perfectamente que no son los libros ni la naturaleza los que determinan por sí mismos nuestras pasiones, solo son capaces de despertarlas cuando entramos en contacto con ellos:

> *En cualquier caso, me he dado cuenta de que la lectura de libros no ha producido en mí afectos o sentimientos que yo no tuviera ya […] que, sin esas lecturas, hubiesen nacido por sí mismos: sin embargo, la lectura los ha acelerado y hecho desarrollarse antes […]. Al encontrar un camino abierto, he corrido por él más rápidamente.* (*Zibaldone*, 1819-1820).

Habías entendido que el crecimiento del hombre no es solo biológico, como el de una rosa, sino interior: conoce saltos, despertares, aceleraciones. Tú sabías hasta qué punto un dolor, un amor, un sueño, una lectura pueden «acelerar» a un ser humano, despertarlo y devolverlo a sí mismo con mayor plenitud.

Cuando mis alumnos entienden que, gracias a ti, sus sentidos, atrofiados por las pantallas, serán restituidos a sí mismos, y que leer acelera la realización de uno mismo, bajan las defensas y se muestran, por fin, dispuestos a escucharte.

Casi un siglo después de tu muerte se publicó un libro que me gusta mucho: *Un mundo feliz* de Aldous Huxley. El autor imagina un mundo futuro en el que los niños ya no nacen en el seno de una familia, sino en probetas, y son educados siguiendo un rígido sistema de control que garantiza el equilibrio del nuevo mundo, basado en el consumo. Para obligarlos a odiar las dos cosas que socavan el consumo incesante de bienes materiales, son

introducidos en habitaciones repletas de rosas y de libros ilustrados; apenas empiezan a hojear libros y deshojar pétalos, comienzan a recibir dolorosas descargas eléctricas, procedentes del suelo, mientras en el techo suenan alarmas ensordecedoras. Los niños gritan enloquecidos, alejándose de las rosas y los libros, la aparente causa del dolor. Todo esto se repite a intervalos regulares. Cuando son adultos, se mantienen instintivamente alejados de la naturaleza y de los libros, es decir, de la realidad. Porque —explica el director del Centro de Incubación y Acondicionamiento— contemplar la naturaleza y leer libros son costumbres que no generan consumismo.

La escena me ha hecho pensar, por contraste, en el colegio como en el lugar idóneo para devolverles las rosas y los libros a los millones de adolescentes que están en él, para romper el mecanismo pavloviano inducido por la sociedad de consumo que empuja a no tener en cuenta la naturaleza y los libros, la realidad y su sentido, precisamente porque los adolescentes asocian a esto alarmas y sacudidas eléctricas: aburrimiento, desilusión, miedo, obligaciones absurdas y falta de respuestas.

Sin rosas y sin libros, Giacomo, estamos perdidos porque habremos perdido la ocasión de experimentar ese asombro que puede activar la felicidad. En aquella biblioteca asomada al campo, en aquellos paseos bajo las estrellas, que tú contabas agrupándolas en constelaciones personales, encontraste tus rosas y tus libros y te abandonaste a ellos hasta el extremo, casi, de perder la salud porque no podías renunciar a ser fiel a ti mismo. La esperanza es un arte que tiene su precio.

Conservar la infancia sin ser infantiles

«Solo se mantienen vivos hasta la hora de su muerte aquellos que han seguido siendo niños toda su vida».

Carta a Pietro Giordani, 17 de diciembre de 1819

Querido Giacomo:

Para que la adolescencia conduzca al arrebatamiento es preciso que se haya cumplido plenamente la etapa precedente: la infancia. Si se infravalora o, incluso, se descuida una etapa de la vida, se corre el riesgo de emplear el tiempo intentando recuperarla a otra edad, con los desequilibrios que ello comporta. Para vivir plenamente la adolescencia es preciso dar un paso hacia atrás y descubrir qué es lo que no nos podemos perder de la infancia, sin que esto implique ser infantiles.

Me has escrito que la infancia de un hombre es como la de un pueblo y que, si se mutila esa edad, queda mutilada toda la capacidad creativa y de crecimiento de un niño, de un pueblo, porque crear y crecer son la misma cosa. Me has escrito que en la infancia nada nos resulta indiferente y que ese es el secreto de esa edad, cada fragmento del mundo es un territorio de la casa que hay que explorar, nos parezca amigable o no la habitación que hay que abrir:

> *Porque lo que fueron los antiguos lo hemos sido todos nosotros; y lo que ha sido el mundo durante algunos siglos lo hemos sido nosotros durante algunos años, es decir, hemos sido partícipes de aquella ignorancia y de aquellos temores y de aquellos deleites y de aquellas creencias y de aquella infinita operación de la fantasía cuando el trueno y el viento y el sol y los astros y los animales y las plantas y las paredes de nuestras moradas, todo, se nos aparecía como amigo o enemigo nuestro, nada nos era indiferente, nada nos parecía absurdo […] cuando los colores de las cosas, cuando la luz, cuando las estrellas, cuando el fuego, cuando el vuelo de los insectos, cuando el canto de los pájaros, cuando la claridad de las fuentes, todo nos parecía nuevo o no usado, y no dejábamos de prestarle atención a accidente alguno, por considerarlo algo habitual, cuando no sabíamos el porqué de nada, y nos lo imaginábamos por nuestra cuenta, y por nuestra cuenta lo embellecíamos; cuando las lágrimas eran diarias y las pasiones indómitas y despiertísimas, no se reprimían forzadamente y prorrumpían arriesgadamente.* (*Discurso de un italiano sobre la poesía romántica*).

Cuando eras niño, te gustaba refugiarte en la buhardilla del noble palacio de la *gens leoparda* donde jugabas con las luces y las sombras, ponías una manta a modo de pantalla para ver reflejada en ella el fulgor de la mañana que entraba por la ventana, dejando que rayos y tramas de luz, semejantes a telas de araña, formaran un telón de fondo sobre el que los personajes de un teatro interior podían, por fin, actuar también en el exterior. Ya estaba clara tu

vocación de buscar luz en la sombra y sombra en la luz, ya sabías trenzar la una con la otra e intuías que la verdad emergería de ese juego crepuscular. Tu infancia duró hasta los once años, la edad en la que te refugiaste en la biblioteca para devorar el saber humano con la curiosidad que hasta ese momento habías dirigido a la naturaleza, a jugar, a tus hermanos. Eras un niño de sonrisa dulce, a veces melancólica, ojos celestes y asombrados, abiertos hacia el mundo y, por lo tanto, también hacia sus heridas, que solo se ocultan a las miradas superficiales. Una de las cosas que no soportabas, de hecho, era que tus padres te interrumpiesen cuando estabas jugando con tus amigos y te obligaran a volver a casa: que ese jubiloso encantamiento se acabase te entristecía hasta el abatimiento y las lágrimas. La imaginación, llena de encanto, de esa edad, en la que se puede descubrir en todas las cosas un motivo de juego, la compararías luego a la de los pájaros, no a esa «profunda, férvida y tempestuosa que tuvieron Dante, Tasso, que es una funestísima dote […], sino esa otra rica, variada, ligera, inestable e infantil» («Elogio de los pájaros», *Opúsculos morales*).

Muchos de los crecimientos mutilados de nuestra época, Giacomo, creo que se derivan, precisamente, del no cultivar esa imaginación en los niños, cansados de usarla porque ven demasiado, cansados de desear porque poseen demasiado, porque en sus jornadas, en su cuerpo, en su corazón y en su cabeza ya no queda un solo hueco libre. La imaginación depende de la carencia porque es precisamente el carecer de algo lo que impulsa al niño a explorar; negarle un segundo helado le impulsa a descubrir el llavero que su padre está agitando delante de sus ojos, a aferrarlo y llevárselo a la boca, conociendo así un nuevo trozo de realidad, un trampolín desde el que lanzarse hacia otras historias y búsquedas. El deseo se desplaza, la privación (ya sea por una pérdida, ya por una carencia) genera una pregunta, la realidad responde de forma inesperada y eso es fuente de nuevas creaciones, de nuevo crecimiento.

En el futuro desde el que te escribo, para explicarles a los niños de primaria cómo se hace el pan, se les lleva a un Museo de Ciencias Naturales, donde hay una gran sala en la que está reproducido un trigal: simulado, con aroma a trigo simulado, mecido por una brisa simulada. Un trigal reducido a un efecto especial. Conozco a una niña que está convencida de que los huevos crecen en las estanterías de los supermercados. Hemos perdido algo en el contacto con el paisaje, con las cosas de la naturaleza, que jamás engañan, como le contestó Aristóteles a uno que le preguntó

dónde había aprendido todas las verdades que sabía: «De las cosas, porque no mienten». Son los hombres los que mienten y fingen.

Tú, en cambio, durante toda tu infancia te nutriste de la belleza y de la verdad de la naturaleza; tus versos están por ello habitados de objetos conservados en la memoria con los colores y la pureza de la imaginación del niño que fuiste, la respuesta a las carencias que te impondría la vida. Un poeta no se improvisa a los dieciocho años, pero es a los dieciocho años cuando descubre que quiere mantener intacta la mirada infantil que corre el riesgo de perder. Por eso en tu poesía, a diferencia de la de tus contemporáneos y tus coterráneos, tienen también cabida cosas conocidas, cotidianas y frágiles: gorriones, pastores, rebaños, artesanos, lunas, campesinas, flores, chavales, cantos…

Fueron muy pocos los que reconocieron tu grandeza, precisamente porque solo sabían razonar como adultos, no toleraban que la poesía se hiciese con estas pequeñeces. Tú, en cambio, coherente con tu infancia, convertías tus versos en un acto de fe en las cosas: tenías confianza en lo cotidiano, en el instante, como todos los niños. Renovaste así la poesía, causando asombro en tu época y en la futura, encontrando palabras nuevas para las cosas de siempre, las que habías visto de niño y que ahora querías cuidar, nombrándolas, renovándolas como merecían, volviéndolas capaces de evocar un paraíso perdido o quizá prometido. Tu poesía es capaz de devolver la esperanza también en la melancolía porque encuentra y relata la belleza de la que están penetradas las cosas, y nadie tiene esperanza si no convive con la belleza a cada instante, incluso en los más oscuros.

Solo la belleza crea esperanza en el corazón y en la mente del hombre. La modalidad en la que lo hace es doble: majestad y sencillez. Parecen cosas contradictorias, pero, en realidad, son solo dos manifestaciones de la plenitud, de la realización, del florecimiento del ser. Yo tengo esperanza cada vez que el perfil de una montaña se recorta nítidamente contra el cielo y todas las veces en las que una sonrisa ilumina un rostro, transformando sus rasgos. Tengo esperanza todas las veces en las que el horizonte del mar une el cielo y la tierra como en una cremallera y todas las veces en las que una caricia une a dos personas mostrando al individuo, en ese contacto, que su fragilidad es una maravilla. Tengo esperanza todas las veces en las que un denso bosque parece confiarle al que pasea por él el secreto de décadas de paciente cumplimiento y todas las veces en las que a causa del estupor, o del amor, unos ojos pestañean con fuerza.

¿Qué hay más majestuoso que una estrella y qué más sencillo que su luz? La vida nunca es pobre, lo que es pobre es nuestra mirada, incapaz de leer la realidad a más de un nivel, porque no se han activado nuestros espacios interiores más profundos. La realidad responde solo a quien le corresponde, y el que mejor corresponde a esta majestuosa sencillez es el niño.

¿Cómo podemos cultivar la imaginación para conservar intacto el encanto del paraíso perdido o prometido? ¿Cómo has conseguido tú mantenerla viva durante toda una vida, haciendo brotar de ahí todos los versos que has escrito?

Es frecuente que, en mi faceta de escritor, la gente me pregunte cómo soy capaz de inventarme tantas cosas, tantos personajes, episodios, tramas. ¿Dónde los encuentro? ¿Qué alimenta mi imaginación, que muchos consideran una especie de magia con la que se puede derrotar el pánico a la página en blanco?

La pregunta confunde fantasía e imaginación; la primera está reservada a unos pocos, la segunda es de todos aquellos que la cultivan y es un instrumento indispensable de crecimiento y de vida, como el agua para una semilla. Mientras que los niños mezclan imaginación y fantasía, los artistas saben distinguir una de otra y recurren más a la imaginación, que es, simplemente, una forma de mirar con atención, usando plenamente los sentidos: el campesino que ve la rosa en la semilla tiene imaginación, no fantasía. La imaginación no es sino seguir el perfil escondido de las cosas hacia su cumplimiento, a fuerza de contemplarlas con calma, empleando los cinco sentidos. No es una huida de la realidad, sino plena inmersión y penetración en la realidad.

La luna, un gorrión, un rebaño, una muchacha, un seto, un arbusto de retama te bastaban, Giacomo, para que en ellos resonara el canto del universo entero, como solo los niños saben hacer cuando sus escobas son caballos, sus gorras, yelmos, sus lapiceros, espadas.

Me han contado una anécdota de una niña de primaria que tenía un comportamiento hiperactivo durante toda la jornada escolar; solo había una hora en la que se encontraba a sí misma y se calmaba: la hora de dibujo. En ese único momento de armonía entre ella y el mundo que la rodeaba se zambullía en el papel con total naturalidad y su cuerpo se acomodaba y se hacía uno con la creación artística. Un día, la maestra les instó a que entregaran ya los dibujos porque la clase estaba a punto de finalizar; la niña, sin embargo, siguió dibujando, inclinada sobre el papel, como quien está inmerso en un tiempo y un espacio distintos a los del resto de

los humanos. La maestra, molesta por aquella insubordinación, se acercó para ver qué estaba maquinando su pequeña alumna.

—Estoy haciendo un retrato de Dios —explicó la niña, sin levantar la mirada del folio.

La maestra sonrió y le contestó con ironía:

—Nadie sabe cómo es Dios, nadie lo ha visto.

La niña permaneció en silencio durante unos segundos; luego, sin dejar de dibujar, dijo:

—Si se espera unos minutos, lo verá.

Es estos tiempos, en los que los objetos son producidos por las máquinas, tendemos a dar por descontado el proceso de creación, nos olvidamos de que es no solo en su presencia, sino también, y sobre todo, en su paciencia, en la resistencia al paso del tiempo, en la historia de las cosas donde están custodiados su valor y nuestra posibilidad de comprenderlas (amarlas y conocerlas al mismo tiempo): un pintor no pinta lo que ha visto, sino lo que verá al final, así como un hombre amará a la mujer que habrá aprendido a amar. Se crea para descubrir por qué se ha hecho, y cada dificultad que se interpone entre nosotros y la finalidad concebida al inicio es necesaria para dar consistencia a lo invisible, para crecer.

El producto del trabajo no es más importante que el trabajo en sí mismo: esto lo saben una madre encinta, un campesino cuando siembra y un artista que busca el camino para materializar su intuición. Los artistas conocen, encuentran y descubren haciendo. También los niños, para los que juego y conocimiento del mundo son lo mismo. Desgraciadamente, la escuela, luego, los induce a disociar, casi del todo, hacer y conocer, adiestrándolos en un conocimiento exclusivamente intelectual del mundo y del hombre que los obligará a recuperar, solo cuando sean adultos y solo si tienen el valor, el tiempo y la suerte necesarias, una relación «natural» con el mundo y con el hombre. Basta recordar a Einstein, que en el colegio sacaba malas notas en matemáticas, o a Picasso, que decía que había tenido que volver a aprender a pintar como un niño siendo ya adulto.

El arte no imita a la naturaleza en el sentido de que intente copiarla, imita más bien el proceso por el que la naturaleza crece, intentando condensar, hacer visible y habitable aquello que en la naturaleza se queda disperso o escondido por el flujo continuo de la vida, «tanto más que el poeta ha elegido los objetos, los ha colocado bajo su verdadera luz y, con su arte, nos ha preparado para recibir esa impresión, ya que en la naturaleza los objetos, de cualquier tipo, están colocados todos juntos, de forma confusa, y, muchas veces, al

verlos así, no se fija uno en ellos […] y es preciso, para que produzcan esos sentimientos, tratarlos de forma adecuada» (*Zibaldone*, 1818). La arquitectura limita el espacio abierto y lo hace visible a nuestros ojos siguiendo una finalidad concreta: es lo que nos ocurre cuando entramos en un templo griego, en una iglesia románica, en una catedral gótica, en un moderno rascacielos. Los lienzos de Van Gogh nos permiten abarcar, en una sola mirada, el misterio de una noche de estrellas. Mozart le ha arrancado al silencio su secreto y un sentido al incontenible fluir del tiempo. Los poetas han inventado metáforas necesarias al darle nombre a situaciones inefables: un corazón que arde, se dilata, se encoge, se rompe, tiembla.

Esta es una de las mayores lecciones que me has dado, Giacomo. Nunca has dejado de imaginar, es decir, de ser fiel a las cosas para llevarlas a su plenitud y, por lo tanto, de crear, porque sabías que crear era la forma de comprender el mundo y al hombre y hacerlos crecer hasta el cumplimiento, es decir, la felicidad.

> *Si la imaginación no recupera su vigor, y las ilusiones no retoman cuerpo y sustancia en una vida enérgica e mudable, y la vida no vuelve a ser algo vivo y no muerto, y la grandeza y la belleza de las cosas no vuelven a parecer una sustancia y la religión no vuelve a adquirir su crédito, este mundo se convertirá en una jaula de desesperados y, quizá, también en un desierto.* («Fragmento sobre el suicidio», Apéndice a los *Opúsculos morales*).

Y si todos, Giacomo, aprendiéramos a hacer esto, ¿no sería más feliz nuestra vida?

Gracias por haberme recordado que la imaginación no es algo exclusivo de los poetas, sino que es propiedad de cualquier ser humano que convierta sus actos en poesía, es decir, en cumplimiento: es poesía un amor fiel, es poesía un plato delicioso, es poesía una explicación apasionante. Esta lección me sirve todos los días en la escuela, cuando tengo que poner mi imaginación al servicio de los rostros noveles de mis alumnos, para ver el invisible que se cela tras su manera, aún informe, de estar en el mundo. Esa es la poesía de mi oficio: imaginar su cumplimiento, sabiendo que solo al final descubriré qué era lo que había intuido en esas obras maestras de carne y espíritu. Ellos son mi biblioteca de inéditos.

Retrato del joven artista

«Al haber empezado a pensar y a sufrir ya desde niño,
he cumplido el curso completo de las desgracias
de una larga vida».
Carta a Pietro Brighenti, 21 de abril de 1820

Querido Giacomo:

Cuando empiezo una clase sobre un autor nuevo, les enseño su retrato a los alumnos —una foto o un cuadro— y les hablo de su imagen, asociando ojos, orejas, boca, nariz, cabellos, frente, mirada, a los acontecimientos de su vida, para ayudarlos a plasmar esos hechos sobre la carne del artista, en una geografía de la cara y el cuerpo, un mapa del alma en el que esta se manifiesta y se desvela. Así fijan mejor el recuerdo y se aproximan a los autores como hacemos todos con las personas: a través de los sentidos. La representación se convierte en una potentísima alegoría, el mapa de un mundo interior.

Tu rostro a los veinte años, reproducido en el cuadro que he querido poner como inicio de este epistolario, siempre me ha producido un efecto ambiguo, y solo después de muchos años he entendido por qué. Hay algo de dual en la figura que el pintor ha plasmado sobre la tela. El rostro de un niño asombrado, cuyo tono de piel recuerda a la luna en las noches de primavera o a esas mariposas cuyos colores ligerísimos se quedan adheridos a la piel de los dedos que osan tocarlas. Orejas amplias, para recoger el canto del mundo, y situadas muy abajo en la cara, a causa de la altura de la frente. La nariz larga y una boca grande y sensual, casi femenina. Los ojos azules, verdes, grises, tan abiertos a la luz que más tarde tuvieron que rehuirla. Parecidos a una ventana abierta de par en par sobre un alma lista para dar un brinco hacia fuera de un momento a otro, como un gato que permanece al acecho detrás del antepecho de una ventana. Tu frente amplia, demasiado amplia, tanto que ocupa casi la mitad de la cara, cofre de una mente incansable, al servicio de una curiosidad infinita: un cerebro frío, muy frío. Un corazón igualmente grande, aunque invisible, que se manifiesta, sin embargo, en la claridad de tus ojos, engarzados en medio del rostro, una claridad como la del agua de manantial. Sí, porque las raíces de la mirada están en el corazón: un corazón cálido, calidísimo. Demasiado pensamiento y demasiado corazón para un rostro solo. Los cabellos como llamas de un espíritu encendido. Todo esto es lo que se ve. Se ven el niño soñador y melancólico que fuiste y el adolescente inclinado sobre los libros en que te habías convertido: una mariposa nocturna que busca la luz

en la noche, a toda costa. Tú mismo definiste tu aspecto en estos términos:

> *Cuando era pequeño, y también más tarde, mi cara tenía un no sé qué de tristeza y seriedad que, sin afectación alguna de melancolía, le daba cierta gracia (y que aún dura, mudada en seriedad melancólica), como observo en un fiel retrato que me hicieron entonces. (Recuerdos de infancia y adolescencia).*

Tu constitución física, entonces en transformación, como la de todos los adolescentes, sufrió un golpe mortal por esos años de estudio «loco y desesperadísimo». Pero en ese cuerpo, echado a perder por la postura, y en aquellos ojos debilitados por las excesivas horas pasadas sobre los libros, zigzaguea, continuamente, un buscador de maravilla.

Además, lo que me atraía y me desasosegaba al mismo tiempo, sin que entendiese el motivo, era la asimetría de los dos lados de tu cara. Una asimetría visible de forma más pronunciada en otras imágenes que, sin embargo, no atrapan como esta lo que subyace bajo la simple superficie corporal y que todos los seres humanos llevamos dentro. Nadie tiene la cara perfectamente simétrica, hasta el secreto de la belleza de Venus radicaba en la asimetría de sus ojos.

Entonces he hecho un experimento. He tapado la parte derecha de tu rostro, usando como línea de separación la nariz, y he visto una cara; luego, al tapar la parte izquierda, he visto otra. La parte izquierda de tu cara, la que tiene un ojo más pequeño que el otro, está seria («*seriosa*», escribiste en tu diario); la otra mitad, en cambio, sonríe mientras tanto: una sonrisa contenida, captada unos instantes antes de que los labios se abran. Tenías dos caras, no una, Giacomo. Por un lado, eras el joven serio que estudia, fija la mirada, presta atención a todo y arde con la precisa exactitud de la mente, con toda la melancolía que ello conlleva: la soledad del gorrión solitario, del pastor errante y del islandés que viaja hacia el misterio último de la tierra. Por el otro, el niño lleno de alegría, lanzado hacia el infinito, sediento de gozo y lleno del mismo y jubiloso deseo de vida que tienen la zagalilla,[2] el zagal, la adolescente Silvia.

Mi oficio de profesor me ha entrenado para «escuchar las caras» porque revelan la vida interior de las personas. Las dos mitades de tu cara muestran dos edades distintas: la infancia y la adolescencia. Dos zonas, frente y ojos, muestran dos vidas: la del corazón y la de la mente; el primero, en busca de belleza con su telescopio; la segunda, en busca de verdad con su microscopio. Dos tareas extremadamente serias, que dan para toda una vida. Todo esto me hace sentirme cercano a ti, ya que la asimetría de tu alma,

plasmada en tu cara, también es la mía. Y quizá la de todos los hombres.

Por eso te haces enseguida amigo de quienes te leen, por esa belleza frágil y vacilante, esa mezcla de asombro y de melancolía, de encanto y de desencanto que habita en nuestros corazones y nuestras mentes. Tu asimetría es la oposición polar de quien no quiere que la razón sea la única luz que ilumine su vida, sino sentirla en su totalidad, también con el corazón. Tu retrato dice claramente que oscilamos continuamente entre dos polos, el cerebro y el corazón, y que en este movimiento están contenidos el peligro, el misterio y la grandeza de nuestra vida.

Tú intentabas mantener juntos estos dos polos que han dislocado desde siempre el alma y el cuerpo del hombre. Seguías al corazón, te adentrabas en su territorio y descubrías que este precisaba de la razón porque, de no hacerlo, se dispersaba en una vida que solo era imaginaria; seguías, entonces, a la razón y te encontrabas con desiertos que es preciso regar con algo que a la razón se le escapa siempre. Descubrías que la vida vive de la tensión entre los dos polos, de la continua y necesaria corriente entre ellos. Y en medio están nuestro cuerpo y nuestro espíritu, que se estiran y se comprimen, que se desvanecen en la fantasía o se hacen trizas contra la realidad. Cuéntame cómo has conseguido pertenecer a ambos mundos y crear uno nuevo. ¿Cómo se consigue no morir de realidad? ¿Cómo se consigue no desvanecerse en la imaginación? ¿Cómo se consigue mantener juntos el corazón y la razón, evitando los escollos del cinismo y las arenas movedizas del sentimentalismo?

Tú sabías bien que la época en la que vivías corría el riesgo de producir una fractura total entre razón y corazón, con prevalencia ya de la primera, ya del segundo. No despreciabas el Siglo de las Luces, es más, eras uno de sus más convencidos valedores. Pero no reducías la razón al pensamiento calculador, orientado hacia la utilidad y el pragmatismo ciego, un pensamiento que se había separado de la capacidad de maravillarse y contemplar. Escribías, de hecho, que era preciso liberar de nuevo al corazón, con sus esperanzas (que tú llamas «ilusiones» en una acepción distinta a la nuestra, más cercana a sueño, deseo, impulso), de otra forma solo nos aguardaban ferocidad y barbarie:

> *Las ilusiones forman parte de la naturaleza, son inherentes al sistema del mundo, si se las quita del todo, o casi del todo, el hombre se queda desnaturalizado. Todo pueblo desnaturalizado es un pueblo bárbaro al no poder ya ocurrir las cosas como quiere el sistema del mundo. La razón es una luz; la naturaleza quiere ser iluminada por la razón, no ser incendiada […]. Y la razón, haciéndonos, de*

forma natural, amigos de nuestro propio interés, y quitando las ilusiones que nos unen los unos a los otros, disgrega totalmente la sociedad y vuelve feroces a las personas. (*Zibaldone*, 1818).

Como reacción a la Ilustración, en Europa crecía la rebelión romántica; la balanza se inclinaba demasiado del lado de lo fantástico, lindando con lo irracional. Tú, en cambio, querías esa armonía de la que ya había hablado Dante cuando acuñó la expresión «*intelecto de amor*», una inteligencia emocional o un corazón inteligente, diríamos hoy. Combatías contra el exangüe dualismo que, unos siglos antes, gracias a su general, Descartes, había exiliado los sentimientos, relegándolos a una zona residual del cuerpo humano, como si fuesen la molesta secreción de una glándula, y había impuesto la dictadura de la razón. Esto, para ti, era una forma de barbarie porque había eliminado las ilusiones que son, precisamente, la búsqueda de infinitud a la que nos obliga la observación apasionada de la realidad.

La poesía era la cura tanto para la frialdad como para el sentimentalismo, las dos consecuencias inmediatas de la guerra entre razón y corazón. La frialdad de muchos que, escondidos tras una retórica vacua y pomposa, habían relegado la realidad a una esquina y se habían olvidado de ella. Y el sentimentalismo de muchos otros, seducidos y atrapados por un subjetivismo emotivo que terminaba adormeciendo precisamente lo que quería despertar. Tanto los primeros como los segundos eran prisioneros de la tiranía del ego, no eran capaces de recibir la realidad.

Tú sabías que hacía falta restituirle la dignidad al corazón, despertarlo del letargo en el que lo habían sumido, construyendo una nueva relación con las cosas de la naturaleza. Sabías que para salvar la razón era preciso recuperar antes el corazón: si los polos no son dos, no puede haber tensión, no puede generarse energía. Lo que tu rostro había desvelado tenía ahora que ser confirmado por las palabras.

Para acercar los autores a mis alumnos y conseguir que sus obras les resulten «transparentes» a unos chicos acostumbrados a conservar su música y sus recuerdos entre «nubes», a veces me gusta coger sus palabras y meterlas dentro de una aplicación que traduce las frecuencias en una imagen con forma de nube. Lo he hecho también contigo, espero que sepas perdonármelo, y esto es lo que salió de todos los versos de tus *Cantos*:

Vida, tierra, día, corazón, / pecho (que para ti eran lo mismo, así que deberían sumarse), *naturaleza, muerte, luna, mundo, ojos, cielo, siempre, tú, hado*. Están todas las palabras de tu alma y del alma de los hombres, todas las palabras que tu época estaba perdiendo. La poesía es la primera en interceptar lo que el hombre se está arriesgando a perder porque es la primera que siente su nostalgia. Repara siempre las palabras desarmadas, en ruinas, olvidadas, y lo hace antes de tiempo, por eso está siempre al margen del tiempo. Toda época concentra su atención sobre ciertas palabras, está como obsesionada con ellas. Y ello es así porque esa época está perdiendo la cosa nombrada y empieza a notar su ausencia.

La desarmonía entre corazón y razón tenía que volver a equilibrarse y repararse, en caso contrario el precio a pagar sería la locura: tan loco es un pensamiento sin corazón como un corazón sin pensamiento. Las luces que aceptabas no eran solo las de la razón ilustrada, sino también las de las estrellas, cuya luz podía interceptar el corazón en tus paseos nocturnos.

Llegados a este punto, Giacomo, sería hermoso que cada uno de nosotros formase su propia «nube». Si yo tuviese que dibujar la mía, se encontrarían en ella palabras muy similares a las tuyas, por eso nos escribimos desde hace tanto tiempo, porque con tus palabras he encontrado el rostro de muchas cosas invisibles que vivían dentro de mi alma: belleza, corazón, melancolía, heroísmo, dolor, amor, vida, ojos, destino, estrellas, viento, noche… Gracias, Giacomo, por haberme proporcionado las palabras para mirar en los lugares adecuados, en las esquinas escondidas, las palabras para hablar conmigo mismo, para conocerme, para ser. Las palabras para aceptar que soy, como tú, un infinito herido.

No existe *El infinito* sin el seto, no existe el seto sin el infinito

«Para el hombre sensible e imaginativo que viva, como he vivido yo durante mucho tiempo, sintiendo e imaginando sin cesar, el mundo y los objetos son, en cierta medida, duales. Triste es la vida de quien no ve, no escucha, no siente más que objetos simples, los únicos que perciben los ojos, los oídos y los otros sentidos».

Zibaldone, 30 de noviembre de 1828

Querido Giacomo:

El exceso de esperanza de la adolescencia permite coger el impulso necesario para saltar los obstáculos que nos separan del infinito. Es lo que veo cuando observo tu letra, sobre todo en el manuscrito de tu poema más famoso. Tu letra cursiva, amplia y espaciada, indica búsqueda de un sentido y apertura hacia la realidad, mientras que la tendencia a apuntar hacia arriba de los trazos inclinados muestra la nostalgia del infinito. El dibujo esmerado de la caligrafía intenta «engarzar» esos excesos, como se hace con una piedra preciosa en un anillo:

El infinito (1819)
Siempre caro me fue este yermo otero
y este seto, que priva a la mirada
de tanto espacio del último horizonte.
Mas, sentado y contemplando, interminables
espacios más allá de aquellos, y sobrehumanos
silencios, y una quietud hondísima
en mi mente imagino. Tanta que casi
el corazón se estremece. Y como oigo
el viento susurrar en la espesura,
voy comparando ese infinito silencio
con esta voz. Y me acuerdo de lo eterno,
y de las estaciones muertas, y de la presente
y viva, y de su música. Así que, entre esta
inmensidad, mi pensamiento anego,
y naufragar me es dulce en este mar.

Solo tú, Giacomo, has logrado el milagro de encerrar el infinito en catorce versos endecasílabos más uno. Has usado las medidas del soneto, el recinto perfecto de la poesía italiana —nacido seis siglos antes para encerrar en catorce versos el secreto del cosmos—, como seto, como umbral que impulsa más allá de los límites. El adolescente vislumbra los límites y se arroja contra ellos para destruirlos o saltarlos por encima. Él no sabe aún que es justo esa exclusión, esa privación de una infinitud solo intuida, lo que genera el deseo de más allá: para poder ser alcanzado, el infinito tiene que ser primero herido, obstaculizado, limitado. Habitar el límite, pasar por encima de él con la fuerza de la imaginación, luchar por un

nuevo cumplimiento: eso es lo que me has enseñado. A la medida codificada del soneto tú añades, de hecho, ese verso que todos se saben de memoria, el verso del naufragio feliz, del cruce ilegal de fronteras, de la infracción adolescente o del deseo que emplea el límite como trampolín, el destino como vocación. Está todo contenido en el verso 15, naufragio en el más allá, gracias a la imaginación.

Pero tu juego rítmico (ritmo quiere decir número) no acaba aquí. Te complaces en poner en el centro del soneto razón y corazón, la «mente» en el verso 7 y el «corazón» en el verso 8. La mente o el pensamiento en la mitad exacta del antiguo soneto, el corazón en el verso 8, excedente con respecto a la mitad, así como es excedente el verso del naufragio. El «más» del corazón no se puede contener en la forma del soneto, se sale fuera, porque en el hombre hay un más allá que hace «temer» al corazón y obliga al pensamiento a «fingir», es decir, a imaginar el más allá de las cosas.

Temer, Giacomo, es el verbo del hombre cuando entra en contacto con algo que lo supera, la experiencia de lo sagrado genera al mismo tiempo maravilla y terror, es un misterio que fascina y hace temblar, dicen los expertos. El corazón teme, es decir, experimenta el misterio; siente, al entrar en contacto con el infinito, que tiene la infinitud dentro de sí, se reconoce pariente de ella, precisamente porque él mismo es el seto que tiene que superar de un salto, pero no es totalmente seto ni totalmente infinito, sino tensión entre dos polos: carne y espíritu.

Y el infinito, antes distante e indicado en la poesía por deícticos de lejanía («aquellos»), se aproxima ahora con deícticos de cercanía («esta»); así, «aquel infinito» se convierte en «este infinito», está al alcance de la mano. Buscando el infinito fuera se descubre que está dentro. El pensamiento anega y el dulce naufragio del último verso es el de un corazón y una mente unificados por la imaginación, indicados con el «*me* es dulce…». El sueño romántico se casa con el juvenil, el corazón se abre y está dispuesto a reconquistar el espacio que la razón le ha arrebatado, una razón que ya no es solo calculadora, sino emocional, ampliada por aquello que es misterio, que no consigue dominar.

Pero, Giacomo, ¿por qué veo hoy a tantos chicos en la edad hecha para «imaginar» el infinito con dificultades para concebir un «más allá»? Su deseo parece atrofiado y, sin embargo, pueden entrar en contacto con muchas más cosas que en otros tiempos: la biblioteca en la que tú te perdías, la naturaleza por la que paseabas, ellos las llevan en el bolsillo, guardadas en el móvil. Quizá ese

contacto, no conociendo obstáculos, setos, límites, es solo contagio por proximidad. Los sentidos están reducidos a uno solo, la vista, exaltada hasta la hipnosis, atrapada (una red también sirve para eso) por una pantalla que nos lleva a habitar, como alguien ha dicho, dentro de una jaula de cristal, en vez de en el mundo. Y sin sentidos no hay sentido porque no hay inteligencia. Lo había intuido ya Borges cuando escribió un relato sobre un emperador megalómano que exigió a sus cartógrafos que hicieran un mapa de su inmenso imperio cada vez más preciso, so pena de acabar con su vida. La manía de «controlar» su reino virtual le llevó a pedir un mapa aparentemente perfecto, en una escala uno a uno. Los cartógrafos, con tal de no ser condenados a muerte, se aplicaron a ello hasta que se volvieron inservibles tanto el mapa como el reino reproducido en el mapa. Y el imperio se perdió.

Nuestra bulimia de información ha disminuido la sabiduría, es decir, la capacidad para profundizar, de donde se deriva que la conexión continua sea un seductor sucedáneo que nos constriñe dentro de un eterno presente. Tenemos nuestro mapa en escala uno a uno en versión *smartphone* (que descubro también en los bolsillos de los niños de primaria) y miramos alrededor, extraviados, esperando que alguna forma humana nos indique la dirección para volver a casa o, simplemente, para sentirnos en casa sea el que sea el lugar en el que estamos. No quiero demonizar nada, amo este mundo y estos instrumentos, pero si no sabemos cómo servirnos de ellos para navegar en el mar de la existencia, acaban por poseernos, en vez de sernos útiles para ser nosotros quienes dominemos la realidad. El mundo es un lugar habitable solo para quien cultiva su propia vida interior, tanto si en los bolsillos tiene un *smartphone* o solo sus dos manos. La conexión inmediata con el mundo entero, sin notar el peso, la consistencia, el olor, el sabor, el ruido y el cansancio, debilita las posibilidades de asombro y, por lo tanto, de arrebatamiento y, sobre todo, pone en riesgo la capacidad de sentirse parte de una historia, con su profundidad de pasado y apertura hacia el futuro. El sentimiento, potentísimo, de novedad y de inédito que empieza a abrirse camino en la adolescencia, se traduce ya en renuncia, ya en jactancia, los dos resultados de apartar la fragilidad, prescindir de ella, en vez de aceptarla como un trampolín.

Tus palabras, Giacomo, están en la escala exacta para volver a leer la realidad y su complejidad, hoy más que nunca: situarnos ante el mundo con mayor intensidad, sin que por ello nos engulla. Tu palabra es el mapa que he usado varias veces para orientarme,

interpelar e interpretar la realidad.

Otro poeta, este del siglo XX, se preguntaba: *«¿Dónde está la vida que hemos perdido viviendo? /¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido aprendiendo? /¿Dónde el conocimiento que hemos perdido informándonos?»* (T. S. Eliot, Primer Coro de *La roca*). Él sabía que la poesía alcanza esa región interior del hombre en la que se sitúan sus orientaciones existenciales esenciales, de las que depende la vida.

La hipervisibilidad del mundo contenido en nuestras pantallas de bolsillo elimina todo umbral y todo límite; no crea, como el seto, una carencia momentánea del más allá que genera deseo, sino superficies emocionales que sacian sin alimentar […]. Eliminada la negatividad del obstáculo, la imaginación se apaga, se retira porque la esperanza habita precisamente en el espacio indefinido. Las noches iluminadas como si fueran de día por la contaminación lumínica no dejan sitio a las constelaciones ni a sus historias; las ciudades en continua producción y movimiento, dominadas por el ruido, olvidan el silencio que obliga al corazón a volverse inteligente. Es el deseo lo que activa la imaginación, lo que une al pensamiento y al corazón, pero en el contexto actual el deseo, satisfecho en el acto, queda reducido a una necesidad siempre consumible. La costumbre de tenerlo todo al alcance de la mano deshabitúa de la búsqueda larga y paciente de la infinitud, da igual qué cosa o qué persona sea su cofre.

Giacomo, tú puedes hoy volver a encender la imaginación apagada, el corazón cansado, la gélida razón.

¿Cómo consigues hacerlo? Desplazando las cosas, todas las cosas que ves, unos pocos centímetros, de forma que ya no sean tan ciertas como antes, netas y alcanzables, en dos dimensiones, sino temblorosas, iridiscentes, distantes y nuevas. Has añadido la dimensión del corazón, la tercera dimensión, la que da la profundidad, la de la vida interior: «*entre esta inmensidad, mi pensamiento anego*». Las cosas asumen contornos indefinidos (habría mucho que decir sobre tu poética de lo indefinido, reducida con frecuencia a un mero recurso estilístico) y, por lo tanto, vibran, como ocurre con las estrellas, para ti siempre *vaghe*, «vagas», es decir, hermosas, porque están distantes. Basta un instante para que las perdamos, pero, en ese mismo momento, empezamos a desearlas, a imaginarlas, a planear cómo alcanzarlas, a tener esperanza. Cada cosa, para ti, es, contemporáneamente, también su posible pérdida.

La palabra poética, morada del deseo, protege el misterio e intenta salvar las cosas de su continua caída, evitar que se

estropeen, se precipiten, como le ocurre a todas, incluso a aquellas que querríamos que durasen más, aquellas que el corazón sabe —pero ¿quién se lo ha enseñado?— que no deben acabarse.

¿Qué es la poesía sino un canto a todo aquello que no debería acabarse nunca? Casi un rito de resurrección, casi la esperanza misma de que todo pueda siempre renovarse, poniéndose al servicio de la frágil belleza del mundo.

Este es tu no efímero secreto, Giacomo: el límite es la morada del infinito. Por eso vas en busca de la palabra capaz de relanzar el deseo y la esperanza. Debe existir un paraíso perdido desde el momento en que la palabra poética intenta recuperarlo, repararlo. Es precisamente la palabra imposible, la que buscabas durante meses (¡cuántas correcciones hay en tus manuscritos!), la que deja traslucir el misterio, y el solo hecho de que tú anheles nombrarlo certifica que existe. Yo también escribo porque me gustaría que el mundo estuviese a la altura de los deseos de mi corazón que, a veces para mi pesar, anhela un paraíso. A golpe de palabras, intento que ese paraíso baje hasta aquí, darle la posibilidad de existir. E insisto, no dejo de insistir en ello, mientras la vida se resiste más y más. A veces me gustaría no amar tanto la belleza, ser capaz de conformarme con mucho menos, pero sé que en ese caso ya no sería yo mismo. No soportaría una vida sin pasión por la vida.

Solo recuperando el misterio infinito le devolveremos a la esperanza su audacia, volveremos a amar y a sentir la vida como lo hacen todos los adolescentes. He tenido la ocasión de notar esto, de forma muy clara, durante algunos de los viajes que he hecho estos años a Inglaterra con adolescentes procedentes de todas partes de Italia. Todos los días, después de comer, los reúno en círculo en un verdísimo prado del *college* en el que nos alojamos y, bajo un árbol centenario (hemos bautizado el momento «*under the tree*»), por turnos, cada uno de ellos cuenta, durante quince minutos, cuál es su pasión principal, en el silencio del campo y bajo la mirada curiosa de todos los demás: cómo nació ese arrebatamiento, qué comporta, de qué parte del mundo se hace cargo. Es un hermoso desafío a uno mismo: ¿cuál es mi pasión?, ¿cómo relatarla? Los otros escuchan, con frecuencia embelesados, y hacen preguntas porque cuando alguien habla de algo que conoce y ama, todo se vuelve interesante en el acto. Me he interesado, o al menos he aprendido mucho, sobre rap, drones, grupos musicales, pesca submarina, personajes literarios, películas… En esos momentos de paz, en la campiña de Oxford, he comprobado cuánta curiosidad y cuánta esperanza pueden habitar en un corazón y una mente todavía en formación.

He notado que el que habla siempre recibe al final un aplauso espontáneo: ha salido al campo de juego y ha desvelado el secreto de estar en el mundo con pasión. El objeto de esa gratitud aprende que una pasión también es un servicio a los demás, no una estéril forma de autoafirmarse.

Giacomo, quiero que sepas que este es el periodo de tu vida que los textos escolares, para atajar, definen como de «pesimismo histórico» porque afirmas que es la Historia la que impone condiciones de infelicidad al hombre, destinado en cambio, por la naturaleza, a la felicidad. Según tú, superados los vínculos contingentes de tu época, recuperada la condición idílica de relación con la naturaleza, todas las cosas serán de nuevo felices y grandes. A mí esto me parece todo, menos pesimismo (categoría psicológica completamente insuficiente para explicar la nostalgia del más allá); es pesimismo solo si se atiende al análisis del síntoma que quieres curar, pero quien quiere curarse no es, ciertamente, un pesimista. Yo lo definiría mejor como realismo, tensión positiva del hombre en su totalidad, buen sentido, búsqueda de cumplimiento. ¿Cómo va a ser pesimista alguien que dice que para alcanzar la cima debes liberarte de las cosas inútiles que llevas en la mochila? De buenas a primeras, hace tambalear nuestro deseo de seguridad, pero una vez que hayamos vaciado la mochila y reemprendido el camino con entusiasmo, nos diremos en nuestro interior: «Es un genio, yo no lo había pensado». Me gusta la palabra «genio» usada de esta forma, no en la acepción arrogante y romántica, una especie de elegido depositario de verdades reservadas a unos pocos. No, tú, Giacomo, eres un genio en el sentido de que «generas», fecundas la vida de los demás y amplías sus perspectivas. Pero vamos con calma: ¿cómo has conquistado esta perspectiva tan clara? ¿De dónde ha brotado tu genio? ¿Cómo se consigue que no solo no nos aplasten los límites, sino que veamos en ellos el infinito al que nos remiten?

La edad erótica y heroica

«Tengo un inmenso, quizá desmedido e insolente,
deseo de gloria».
Carta a Pietro Giordani, 21 de marzo de 1817

Querido Giacomo:

Solo desea algo el que nota que carece de ese algo. Eso es ser semilla. Eso es ser adolescentes. Pero esa es también la definición de Eros que da Platón en su diálogo sobre el amor, donde lo imagina como un dios, hijo de Poros (Riqueza) y Penia (Pobreza) y lo describe como podría describirlo cualquier adolescente: «Es siempre pobre y lejos de ser delicado y bello, como cree la mayoría, es, más bien, duro y seco, descalzo y sin casa, duerme siempre en el suelo y descubierto […] por tener la naturaleza de su madre. Pero, por otra parte, de acuerdo con la naturaleza de su padre, está al acecho de lo bello y de lo bueno, es valiente, audaz y activo, hábil cazador…».[3]

Esta condición de suspensión entre lo divino y lo humano, entre lo finito y lo infinito, es lo que caracteriza al adolescente y lo empuja, con una voracidad y una audacia heroicas, de cazador, a apropiarse de lo que necesita para vivir, para ser feliz.

Tú, Giacomo, me has recordado que no hay una edad más «erótica» y, por lo tanto, «heroica» que la adolescencia: el deseo de dominar la vida lleva a abrirse al mundo, en busca de aquello que pueda apagar su sed. Si esta apertura, llena de esperanza, encuentra un sentido al que entregarse, el ímpetu erótico no se repliega sobre sí mismo, volviéndose narcisista o batiéndose en retirada, sino que se hace heroico, valiente y dispuesto también a sufrir.

Una vez, al final de una clase sobre el poeta Ungaretti de la que quedé especialmente satisfecho (inciso: Ungaretti ha escrito sobre ti algunas de las páginas más bellas que he leído jamás), una de mis alumnas levantó la mano. Tenía la esperanza de oír una pregunta interesante, pero lo que escuché fue: «Profesor, haría bien en leer menos poesía y ver un poco más *Gran Hermano*» (no tengo tiempo para explicarte qué es eso de *Gran Hermano*, confórmate con saber que es el opuesto a la poesía: un lugar en el que se ven todos los aspectos de la vida de determinadas personas y, por lo tanto, se termina no viendo nada porque faltan el misterio y la profundidad). La frase me impactó, no por su insolencia, sino por la escalofriante verdad que encerraba. Traducida, sonaba así: «Profesor, por favor, ¿puede volver al pequeño mundo de la fealdad y no hacerme sentir que existe la belleza? ¿Puede no obligarme a elegir entre la nada y el ser? Ahora que sé que hay cosas en las que la vida se siente con

tanta fuerza, cosas tan hermosas, tengo que salir de mi cómoda indiferencia y posicionarme: ¿en qué punto estoy de mi cumplimiento, qué quiero de la vida? Profesor, ¿puede, por favor, evitarme esos minutos de arrebatamiento, no ve que, en caso contrario, tengo que encaminarme hacia un cumplimiento?».

Basándome en mi experiencia de estos años como profesor, Giacomo, creo que no es casual que los adolescentes se sientan amenazados precisamente por la poesía. Esto ocurre porque la única «teoría del todo» que el hombre posee es precisamente la poesía. No la poesía de las composiciones poéticas, sino *la* poesía, es decir, la intuición de la «vida como todo», el sentimiento de la fragilidad y originalidad de la existencia, que pide hacerle frente con cuidado y valor, aunque los que tomen la palabra sean el dolor, la derrota, la soledad. No renunciar jamás a la poesía, incluso cuando parecía que la vida no mantenía sus promesas, ha sido tu verdadera heroicidad, y el acto de amor más grande que hayas realizado jamás.

La poesía de la vida no es sentimentalismo almibarado, sino un eros fuerte, apasionado y resistente, hecho para mostrarnos que todo es para nosotros, está destinado a nosotros, como cuando nos enamoramos y el mundo no es sino la escenografía en la que se mueve el otro; el tacto, el lugar para recibirlo; los ojos, el medio para mirarlo; los oídos, para oír su voz; la nariz, para oler su aroma; los labios, para conocer su sabor.

La poesía de la vida, su fuerte sentimiento, se me revela cada vez que inicio un taller de poesía con mis alumnos. Antes de que empiecen a escribir poemas tengo que educarles en la poesía, en singular, como forma —erótica y heroica— de estar en el mundo. Debo hacerles entender que no es un jueguecito sentimental para ilusos y ociosos, o una obligación inútil impuesta por el colegio, sino un ejercicio de asombro y, por lo tanto, una forma para aferrar la vida o para permitirle a la vida que nos aferre, descubriendo cosas que, de otra forma, permanecerían escondidas. Les pido, por ejemplo, que observen el rostro de un compañero durante tres minutos y que lo describan en el papel (este ejercicio da pie a que surjan nuevas amistades e incluso algunas historias de amor); que escuchen una melodía e intenten transformarla en imágenes y palabras; que aspiren el olor de diversas flores, intentando determinar los componentes de su perfume; que palpen la consistencia de objetos desconocidos, guardados dentro de una caja, y describan cada detalle; que saboreen, con los ojos cerrados, trocitos de comida. Les animo a que hagan ejercicios de silencio en casa (mantenerse diez minutos callados, con los ojos cerrados,

concentrando la atención sobre algo que les haya llamado la atención durante la jornada), a que asocien una emoción al hecho que la ha originado y a los pensamientos con los que se ha fundido… Son ejercicios de «ulterioridad», para descubrir que la realidad es más profunda de lo que deja ver la superficie y que, dejándola penetrar a través de los sentidos e interrogándola con el corazón y la mente, nos revela el secreto del instante, pleno y rico, para evitar lo que Montale ha definido como «el ridículo de creer que la realidad es lo que se ve».

Luego les pido que le presten atención absoluta a la realidad y que escriban poesías basándose en ello: los detalles de un paseo de vuelta del colegio, seguidos de la lectura de *Ciudad vieja,* de Umberto Saba; los detalles de la figura de una persona amada, su madre, por ejemplo, seguidos de la lectura de *Para ella,* de Giorgio Caproni; los detalles que confieren su identidad profunda a un animal, seguidos de la lectura de *Albatros,* de Baudelaire; las emociones del domingo por la tarde, ya hacia el crepúsculo, seguidas de la lectura de tu obra *La noche del día de fiesta*… Funciona siempre.

Los chicos, además, entienden así qué difícil es arrancar vida a la vida, con la observación y la palabra, y el texto de un poeta leído después de este esfuerzo les inspira e impacta como un rayo de belleza porque ha conseguido decir de forma «inevitable» lo que ellos apenas han atinado a balbucear. Con este método para estar en el mundo, que guarda tanta relación con su adolescente redescubrimiento del mundo, los veo abrirse y transformarse, tocar por un instante el universo de las cosas a través del universo de las palabras. Empiezan, entonces, a estar sedientos de esas palabras porque dicen la verdad, y no ven ya en las figuras retóricas un listado extendido por la Oficina Burocrática para la Poesía que no hay más remedio que aprenderse tristemente de memoria, sino que las estudian entendiéndolas como la lógica de ese universo, el rito de ese galanteo con el mundo que parece confiarle su secreto solo a quien sabe acogerlo con valor.

Cuando leemos en clase los frutos de estos ejercicios de asombro siempre nos quedamos sorprendidos ante lo diverso de los resultados, que deja traslucir la forma que tiene cada uno de interpretar la realidad. Es siempre muy significativo con qué animal se identifican en sus titubeantes versos: desde el seductor tigre que se esconde en la selva hasta el pingüino torpón que no sabe si pertenece al mar o a la tierra. Me llaman siempre la atención los detalles que advierte cada uno en un paseo de vuelta a casa (debo

confesarte, Giacomo, que esta idea te la he robado porque entre las poesías que querías escribir había una titulada *Historia de un paseo*). «¡Nunca se me habría ocurrido que hubiera tantas cosas en el trayecto del colegio a casa!», exclamó una vez uno de mis alumnos. Recuerdo una poesía en la que un chico contaba que, todos los días, tardaba todo lo que podía en volver a su casa porque, subido en su moto, después de la jornada escolar, se sentía por fin libre: repetía obsesivamente, al principio de cada verso, «doy vueltas y más vueltas», usando, a partir de ese momento, la anáfora de forma instintiva pero consciente, porque reflejaba a la perfección el sentimiento de su vida: doy vueltas y más vueltas, libre como el viento que me acaricia la cara, sin metas, sin obligaciones. Cuántas historias, cuánta vida, cuánto amor se quedan empotrados en la indiferencia sensorial y, sin embargo, es justo de nuestra capacidad para captar las diferencias de lo que depende nuestra posibilidad de que la vida nos «arrebate».

Lo que capta cada uno es el producto de su modo, único e irrepetible, de relacionarse con el mundo, la señal de un arrebatamiento que ya está quedamente actuando y que revelan las palabras. Las poesías que los chicos componen son el resultado, cristalizado, de pequeñas llamadas, y cuando las tienen ante los ojos se sorprenden: «¿Todo esto estaba dentro de mí?», exclamó una vez una chica. Entonces les pido que lean lo que diría Ungaretti: «*Poesía / es el mundo la humanidad/ la propia vida / florecidos de la palabra / la límpida maravilla / de un delirante fermento*». Sí, ya estaba dentro de ti, pero solo en contacto con todo lo que estaba fuera de ti ha florecido en forma de palabra y, ahora, un oasis habitable ha sido arrancado al desierto de la indiferencia.

¿No era eso mismo lo que te ocurría a ti, Giacomo, cuando escribías poesías, a partir de un frenesí, una inspiración, que luego requería de una paciente obra de transformación en palabras?

> *Solo he escrito en mi vida unas pocas poesías, muy breves. Al escribirlas solo he seguido una inspiración (o frenesí); apenas me sobrevenía, en dos minutos trazaba el boceto y la distribución de toda la composición. Hecho esto, siempre suelo esperar a tener otro momento de inspiración y, cuando esto ocurre (por lo general, unos meses después), me pongo a componer, pero con tal lentitud que no consigo terminar una poesía, aunque sea brevísima, en menos de dos o tres semanas. Este es mi método y si la inspiración no me viniese sola, sería más fácil que brotara agua de un tronco de madera que un solo verso de mi cerebro.* (Carta a Giuseppe Melchiorri, 5 de marzo de 1824).

O como dice otro poeta: «En el proceso creativo el poeta emplea tanto el método racional como el intuitivo. Si curioseamos entre las notas y apuntes de un poeta, encontraremos muchas crucecitas y signos, muchas correcciones: ¿qué ha ocurrido? Simplemente, que

el poeta ha corregido sus propios impulsos iniciales. En el proceso creativo él llega a fundir lo irracional con lo intuitivo, la afirmación y la negación. El poeta, en otras palabras, es el animal más sano [que existe]: combina análisis e intuición —análisis y síntesis— para llegar al resultado, a la revelación. Por eso la poesía es el acelerador mental más eficaz que hay. Leerla y escribirla ofrecen el instrumento de conocimiento más rápido, más económico que conozco» (Joseph Brodsky, *Conversaciones*).

Mis alumnos experimentan así la alegría de acelerar la mente, de habitar cada detalle, de recibir el mundo y dirigirlo hacia su cumplimiento. Todo esto es *la* poesía y solo después vienen *las* poesías. Y esto me lo has enseñado tú, Giacomo, que has permanecido fiel a tu arrebatamiento de poeta, antes que de escritor de poesías, porque la poesía, el oído del misterio y del asombro, no es solo de los poetas: poetas son todos aquellos que «hacen» (*poiein* es traducir lo invisible en algo visible), que reciben toda la riqueza que la vida puede ofrecernos, acogen la fragilidad y el incumplimiento y se aplican a protegerlos y llevarlos a término precisamente a través de su «hacer»: desde el jardinero hasta el profesor, desde la madre hasta el médico. Erotismo y heroísmo son las dos tonalidades de la vida que vive porque solo la pasión empuja a superar el esfuerzo necesario para llevar al cumplimiento de las cosas y de las personas.

Pero ¿qué ocurre, Giacomo, cuando la vida muere porque este eros heroico se ve amenazado e incluso sofocado?

Dejarse herir por la vida

«Es indudable que los jóvenes sufren más que los viejos y que sienten mucho más que estos el peso de la vida en esta imposibilidad de emplear suficientemente la fuerza vital».

Zibaldone, 1 de junio de 1823

Querido Giacomo:

Hace unos meses recibí la carta de una chica que me contaba que no conseguía dejar de hacerse cortes en los brazos. Cuando lo hacía, se sentía por fin en paz, el dolor la llevaba a la concentración absoluta, a la existencia, ofuscando todo lo demás, todo el miedo y la sensación de ahogo que le producían los límites demasiado angostos de la vida que le había caído en suerte. Esa chica se obligaba a sí misma a «sentir» para estar en el mundo, para tener un mundo. Hiriéndose, intentaba construir un arrebatamiento doloroso y artificial. Su vida reencontraba los sentidos y, por lo tanto, un sentido, aunque fuera momentáneo.

Le he contestado que dejase inmediatamente de hacerlo, que pensase en mí cada vez que quisiese hacerse cortes y que me escribiera, que recordara que ese dolor había generado su carta y que eso podía ocurrir de nuevo. Le he sugerido que conociese el mundo y su dolor con las palabras, un universo de palabras, en vez de precipitarse en el caos de la sangre. Le he dicho que me importaban ella y su sangre y que no quería que se desperdiciase ni siquiera una gota de esta última, sino que fuese transformada y empleada en otra causa. Desde ese día ha empezado a mejorar, transmutando la sangre en palabras, el dolor en cartas.

También nuestras lágrimas son la sustancia líquida y salada del caos, el precio que pagamos por nuestra fragilidad que se abre y es herida. Tú conocías bien el sabor de las lágrimas porque lo probaste desde niño. Me has contado que una vez tu madre se rio de ti porque te encontró llorando desconsoladamente. Solo tu hermano pequeño, Pietruccio, intentó consolarte acariciándote la cara. Cuántos llantos de adolescentes no se toman en serio porque se consideran una enfermedad pasajera, exageraciones hormonales, cuando son, en cambio, la profundísima constatación del simple hecho de «ser hombre», como tú le explicaste a tu madre, la consciencia de ser frágiles y estar sujetos a toda la insuficiencia de la vida, comparada con la sobreabundancia del deseo. Tú tenías claro desde muy jovencito que la condición humana precisa misericordia. Solo quien sabe lo que es llorar por el simple hecho de estar en el mundo puede consolar a los demás, como has hecho tú, transformando tus lágrimas en versos, en poesía tu fragilidad.

El mundo que conseguimos ver depende de cómo cuidamos nuestros sentidos. El que siente poco, vive poco; el que siente demasiado, vive demasiado; el que siente mal, vive mal… Los sentidos no son órganos inertes y autónomos, son el gran regalo que el cuerpo nos ha hecho para que hagamos nuestra la realidad. Pero si estos filtros son inadecuados, porque los usamos poco o usamos sobre todo uno en detrimento de los demás, ¿qué mundo entra en nuestro corazón y en nuestra cabeza?

El que siente mal puede acabar haciéndose daño o haciéndoselo a los demás, con tal de saberse vivo. No todos se lesionan a sí mismos, como aquella chica, muchos eligen la sangre de los demás.

¿Cómo se puede matar, torturar, a un niño, a una mujer, a otro hombre si sentimos su vida? Cuando no se «siente» la vida, se hace sitio a lo que una mujer de corazón pensante ha llamado «la banalidad del mal», refiriéndose, sorprendentemente, a un carnicero nazi, Adolf Eichmann: «No era un estúpido; era, simplemente, un hombre que carecía de ideas (algo muy distinto de la estupidez) y esa falta de ideas lo había convertido en un individuo predispuesto a convertirse uno de los mayores criminales de su tiempo. Y si esto es "banal" e incluso grotesco, si aun poniendo nuestra mejor voluntad no conseguimos descubrir en él una profundidad diabólica o demoniaca, eso no quiere decir que su situación y su conducta fueran comunes. […] Ese alejamiento de la realidad y esa falta de ideas pueden ser mucho más peligrosas que todos los instintos malvados que, quizá, sean innatos en el hombre» (Hannah Arendt, *La banalidad del mal*).

El hombre que les destroza la vida a los demás no es, simplemente, un loco, sino alguien que siente poquísimo, desprecia su vida y acaba despreciando la de los demás. Si no siento más la realidad y sus tonalidades y matices, caigo en la uniformidad, en el lugar común, en la charla vacía, y la ideología, inevitablemente, sustituye a la realidad. Tú sabías, Giacomo, que la felicidad es la capacidad de acogerlo todo a través de los sentidos, cueste lo que cueste, límites incluidos, mejor dicho, a partir de los mismos límites, del seto que es la antesala del infinito, su necesaria premisa. La tentativa, más o menos consciente, de suprimir los límites es causa de infelicidad, frialdad, aburrimiento.

¿Pero dónde se ha perdido la vida? ¿En qué cruce nos equivocamos de camino y dejamos que nuestros sentidos se adormecieran? ¿Cómo despertarlos? Tú dirías: con la poesía, es decir, con el eros de la vida, con su misma herida.

Esa chica que se autolesionaba me ha hecho entender que la

adolescencia es el primer paso consciente y, por eso mismo, vertiginoso, hacia la aceptación de que hemos nacido, de que la vida nos ha sido dada, con sus alegrías y sus tragedias. El adolescente va dejando atrás, poco a poco, el pensamiento mágico y omnipotente del niño, la fantasía ya no le defiende, la vida entra en su interior de una forma nueva y más plena, hiriéndolo. Puede elegir entre retirarse o bien mirarla cara a cara y preguntarse por qué merece la pena «sufrir», es decir, vivir, es decir, tener esperanza. No estoy hablando de masoquismo sacrificial, sino del normal abrirse en dos de la semilla para poder convertirse en rosa: si la semilla no se deja abrir por el sol, la tierra, el agua, acogiendo su destino, permanece estéril. Si, en cambio, encuentra una razón por la que romper la vaina, se deja herir y entra en el mundo floreciendo, se realiza como un regalo de colores y sabores para los demás. El precio que hay que pagar es un dolor, una muerte «aparente», pero en realidad es «más vida». ¿Acaso no es eso lo que un corte autoinfligido querría imitar? Un regalo que no consigue hacerse regalo.

Que la vida es tal cuando se sabe y se hace regalo, es decir, espacio y tiempo dedicados a los demás, lo he entendido mejor gracias a muchos adolescentes que me han contado, felices, que han empezado a donar sangre después de haber leído mi primer libro, o a prestar servicio como voluntarios sociales después de haber leído el tercero. Los adolescentes no provocados por la vida, no colocados frente a las razones para darse, sino solo ante propuestas para consumir, no consiguen percibir el gran desafío que llena una vida de sentido, como escribe Dante en el *Convivio*: «A la adolescencia se le ha dado todo aquello que puede hacerla madurar y perfeccionarse».

Pero ¿cómo se puede, Giacomo, encauzar este ímpetu del arrebatamiento e iniciar el viaje hacia un cumplimiento? ¿Y cuál es este cumplimiento?

Crecer es crear

«Aunque este viaje por mar no nos reportara más fruto, creo que nos resultará muy provechoso porque durante un tiempo nos mantendrá alejados del tedio, hará que amemos la vida, que nos sean preciosas muchas cosas que, de otra forma, no tendríamos en consideración».

«Diálogo de Cristóbal Colón y Pedro Gutiérrez»,
Opúsculos morales

Querido Giacomo:

Tú me has enseñado que la energía de un adolescente está llamada a crear y que lo que cuenta es el proceso creativo, no el éxito, como tendemos, con frecuencia, a creer. El sentido de la vida es el cumplimiento y el cumplimiento es un proceso que conoce luchas, caídas, suspensiones momentáneas de la actividad, como sabe cualquier escultor que encuentra en la materia la resistencia necesaria para dar vida a su intuición. El adolescente consigue volver a levantarse precisamente porque tiene la fuerza de su savia joven, el exceso de esperanza. La obsesión por el triunfo, en cambio, borra la condición histórica del hombre, su fragilidad, su temporalidad, y exige que sea perfecto, que esté listo, ya hecho, en el acto. Solo el tiempo demuestra la grandeza de un amor, de una obra, de un hombre.

No podemos eliminar las estaciones que necesita la semilla: las lluvias, las nevadas, los rigores del invierno, el viento y los vendavales, el calor y la sequía son todos ellos elementos que forman parte del proceso, todos ellos elementos de la vida, que la semilla necesita, igual que los necesita el adolescente.

También tú, Giacomo, has tenido que afrontar estas inclemencias en los años de tu adolescencia y arrancar las respuestas a las páginas de los libros y de la naturaleza, cayendo con frecuencia en una soledad dolorosa y un silencio que, a ojos de quienes te rodeaban, eran con frecuencia incomprensibles. Tú también pensaste que la gloria literaria te haría ganar el amor que buscabas desesperadamente, para empezar el de tu padre y tu madre. Por eso te entregaste a un estudio «loco y desesperadísimo», para dar fruto, para cumplir tu arrebatamiento poético. Fue poco a poco como entendiste que la meta era crear belleza, no usarla para autoafirmarte. Crear es el secreto del cumplimiento, y crear es un proceso, no algo que ocurre inesperadamente.

Recuerdo a una chica que había entendido que su arrebatamiento era la moda, pero que era consciente de que compartía ese sueño con mucha otra gente. Decidió ponerse a prueba, sometiéndose a las «inclemencias». Entró en contacto con

una modista en cuyo taller pasaba dos tardes a la semana, aprendiendo cómo se hace un vestido. Cuando acabó el bachillerato, a diferencia del resto de adolescentes que querían ser diseñadores, ella ya sabía confeccionar un traje, conocía el esfuerzo que conlleva, los errores, los fracasos y las frustraciones, y lo había aceptado todo como materia de su arrebatamiento, que se había confirmado: por eso pudo elegir aquello para lo que había sido elegida y no improvisar un sueño tomado prestado de los demás.

Recuerdo a un chico que necesitaba dinero para comprarse un ordenador nuevo y una moto; su familia no podía ayudarle, así que, a pesar de que en el colegio aprobaba las matemáticas por los pelos, leyó libros de cálculo de probabilidades y aprendió las reglas del póker online, lo que le permitió conseguir el dinero que le hacía falta. Quizá no sea un ejemplo muy edificante, pero me llamó la atención por la energía que se necesita para aceptar un desafío semejante, creando la solución.

Recuerdo a una chica que, en cuarto de bachillerato, ya estaba segura de que quería ser periodista; después de escribir, durante mucho tiempo, para el periódico del colegio, le «tendió una emboscada» al director del principal periódico de su ciudad para pedirle unos consejos. Así empezó a escribir, cuando estaba en el último año de bachillerato, artículos de crónica local: informaba, principalmente, sobre partidos de fútbol de ínfimo nivel, de los que lo más reseñable era, casi, los improperios que se lanzaban contra el árbitro. Esas pruebas le confirmaron que ese era su camino y, cuando fue a la universidad, ya escribía regularmente para ese periódico.

Podría contarte muchos otros casos, Giacomo, de chicos capaces de secundar su exceso de esperanza y de poner a prueba su arrebatamiento para descubrir si es el fruto de la ilusión de conocerse a sí mismos o de una auténtica llamada.

Ninguno de ellos ha tenido éxito porque ninguno de ellos lo ha buscado. Se han concentrado en el proceso, en el paciente trabajo cotidiano, el hermano mayor de la inspiración, como decía Baudelaire. Todas las personas que han realizado sus sueños han entendido que el primer paso para custodiarlos era ir al taller, como hacían antiguamente los artistas, para ponerse a prueba, aprender el arte de crear y, por lo tanto, de crecer. Cuando a los doce años Michelangelo Merisi le dijo a su madre que quería ser pintor, a su madre le pareció bien y lo envió al taller del mejor maestro de su época. Ese adolescente se convirtió en Caravaggio.

Como ya te he escrito, no hay arrebatamiento sin maestros, sin

alguien que sepa ver la rosa en la semilla, como le ocurrió a un tal Charles Darwin, un estudiante de veintidós años no especialmente brillante en el que, sin embargo, un profesor de Botánica intuyó un talento poco común y lo escogió para que fuera el naturalista en una expedición científica.

Muchísimos ejemplos como este, y no necesariamente tan ilustres, demuestran que lo que cuenta no es tanto tener un talento visible y apabullante; si se tiene, tanto mejor. Lo que cuenta es el florecimiento de esa persona y de su mirada apasionada sobre la realidad, del inédito que puede realizarse, con la ayuda de los maestros. La palabra «talento», en la antigüedad, designaba una unidad de medida muy grande y el uso que hacemos frecuentemente del término obedece a una interpretación errada. En un pasaje del Evangelio de Mateo (Mt 25, 14-15), se usa para indicar lo que un rico amo, antes de salir de viaje, le confió a sus criados: les dio un cierto número de talentos «a cada uno según su capacidad». Aquí el talento no es una habilidad natural, innata, como en nuestra interpretación individualista, sino todo aquello que nos regala la vida basándose en nuestra capacidad: un vaso recibe la cantidad de líquido que puede contener. El talento no es algo que el destino distribuye injustamente, es la parte del mundo que podemos recibir y de la que podemos hacernos cargo de la mejor forma posible, ni por debajo ni por encima de nuestras capacidades. Los talentos son las cosas y las personas que nos son confiadas, basándose en nuestra habilidad para llevarlas a cumplimiento. Todos están llamados a esto.

También tú, Giacomo, buscaste maestros, personas que te guiaran en tu aspiración y los encontraste escribiéndoles cartas. Hoy es todavía más fácil que entonces «ir al taller» de alguien que pueda ponernos a prueba y permitirnos crecer. Recuerdo lo que me dijo una escritora después de leer algunos escritos inéditos míos: «Tienes madera, pero necesitas aprender la técnica», y me dio algunos consejos que me llevaron a invertir un año entero en escribir mi primera novela.

Ocurre así, es como si una luz se posase sobre la cabeza de una persona e iluminase sobre sus posibilidades de desarrollo. Solo el que sabe ver esa luz, mediante la imaginación, puede hacer florecer los destinos, permitirnos recibir la vida como un regalo. Hay una forma de ver que es igual a creer porque es como tener esperanza, Giacomo, pero tener esperanza requiere estar dispuestos a ponernos al servicio de la vida que se ha intuido en el otro. Se es poeta cuando se tiene fe en los talentos, es decir, no es nuestras

habilidades, sino en las cosas que nos han sido confiadas. Y estas florecerán y nos harán florecer a nosotros.

Si el colegio orientase realmente a los niños, basándose en la originalidad de cada uno, si fuese el lugar en el que se despliega la capacidad de recibir el mundo y acudir al taller, sería lo que debería ser: una fragua de arrebatamientos, un eros encauzado hacia la construcción de un mundo de esperanza.

Crecer no es tener éxito, es descender, avanzar hacia las profundidades, donde el arrebatamiento puede echar raíces. Crear sin dejarse paralizar por el miedo al fracaso es la forma de conseguir que el arrebatamiento se convierta en realidad fecunda. ¿Acaso no es eso lo que hacen todas las semillas? Buscan las profundidades porque buscan la luz, intentan morir en la tierra porque intentan vivir en la luz. Pero ¿qué ocurre cuando lo invisible se queda tal cual es, cuando la originalidad de una persona permanece escondida porque nadie le dirige su mirada?

El infinito herido

«En los jóvenes hay más vida o más vitalidad que en los viejos, es decir, un mayor sentimiento de la existencia y de sí mismos, y allí donde hay más vida es mayor el deseo y la necesidad de felicidad y es mayor la sensación de privación y la de carencia y la de vacío».

Zibaldone, 1 de junio de 1823

Querido Giacomo:

He recibido una carta, recientemente, que decía así: «Hace un año empecé a controlar de forma cada vez más obsesiva lo que como; el resultado es que he perdido demasiado peso y he dejado de menstruar. Me tranquilizaba ejercer ese control, me distraía, me sentía ocupada en algo, pero luego me quedaba sin fuerzas, tenía muchísimos miedos, me encerraba tanto psíquica como físicamente. Ahora sufro ataques de ansiedad ante cualquier cosa, sobre todo cuando algo no es como lo tenía establecido. Siento cómo la ansiedad me retuerce el estómago: soy consciente de que no voy a volver a ser como antes, libre, pero me siento impotente ante ello. Nadie crea las condiciones que pueden ayudarme realmente, nadie me espera; quitando a la psicóloga, nadie me escucha. Es triste pensar que el hombre no es capaz de crear un amor gratuito».

La sed de vida de esta chica se vuelca en controlar el hambre, el cuerpo se retuerce contra sí mismo, secándose, por miedo ante una fragilidad vivida solo como un límite y no como ímpetu, lanzamiento. Una de las cosas más consoladoras que he aprendido de ti, Giacomo, cuando tenía diecisiete años, es, precisamente, que cuanto mayor es la sed de vida de un joven, mayor es su dolor, porque es un exceso de preguntas sin respuestas adecuadas, igual que ocurre con los amores no correspondidos:

> *Es indudable que los jóvenes, al menos en el actual estado de la humanidad, del espíritu humano y de las naciones, no solo sufren más que los viejos (me refiero anímicamente), sino que también (en contra de lo que pudiera parecer, de lo que se ha dicho siempre y de lo que se cree comúnmente) se aburren más que los viejos y sienten mucho más que estos el peso de la vida y el cansancio y la pena y la dificultad de acarrearlo y de arrastrarlo.* (*Zibaldone*, 1 de junio de 1823).

Los jóvenes se aburren más que los viejos porque sienten más «el peso de la vida». ¿En qué consiste ese peso? ¿Y ese aburrimiento, de qué depende? ¿Qué es, sino el ímpetu hacia el deseo de abrazarlo todo, pero sin encontrar la forma de hacerlo, una sed que no se sacia nunca?

Tus palabras me han hecho pensar en una chica que, hace unos años, antes de suicidarse, dejó una nota en la que les decía a los suyos: «Me habéis querido, pero no habéis sido capaces de hacerme bien; me lo habéis dado todo, pero no lo indispensable: no me

habéis dado un ideal por el que valiese la pena vivir la vida. ¡Por eso me la quito!».

«Valer la pena». Es una expresión que siempre me ha parecido paradójica y, por eso mismo, interesante. Para vivir es preciso encontrar la pena por la que merezca hacerlo. ¿De qué pena se trata? No, sin duda, de una pena en sentido negativo, si llena la vida. Es la pena de quien ha encontrado algo por lo que es aceptable entregar su propio tiempo y su propio espacio, o lo que es lo mismo, «morir».

> *Los jóvenes desprecian y derrochan su vida, que, sin embargo, es dulce, y de la que aún les sobra mucho; y no temen a la muerte […], así el joven despilfarra [la vida] […] como si fuese a morir dentro de unos pocos días.* (*Zibaldone*, 24 de octubre de 1822).

Si el joven no encuentra una razón para darse y ser generoso, si no entiende su «individualidad» como un don para el mundo, su corazón se vuelve duro hasta caer en el tedio. Lo has relatado de una forma perfecta en los *Opúsculos morales*, en el diálogo entre Cristóbal Colón y un amigo suyo en el que los dos exploradores se preguntan acerca del Nuevo Mundo y del sentido de su búsqueda. El compañero de Colón siente dudas sobre la conveniencia o no de atravesar el mar con unos medios tan precarios, arriesgando sus vidas. Y Colón le contesta:

> *Dejando ahora a un lado que los hombres arriesgan a diario sus vidas sobre bases mucho más débiles y por cosas que apenas tienen importancia […]. Si, en este momento, tú y yo, y todos nuestros compañeros, no nos encontrásemos en estas naves, en medio de este mar, en esta soledad incógnita, en una situación todo lo incierta y peligrosa que pueda imaginarse, ¿en qué otras condiciones vitales nos encontraríamos?, ¿en qué estaríamos ocupados?, ¿de qué forma estaríamos pasando los días? ¿Seríamos, acaso, más felices? ¿No estaríamos, quizá, invadidos por el aburrimiento o sufriendo más? […]. Aunque este viaje por mar no nos reportara más fruto, creo que nos resultará muy provechoso porque durante un tiempo nos mantendrá alejados del tedio, hará que amemos la vida, que nos sean preciosas muchas cosas que, de otra forma, no tendríamos en consideración.* («Diálogo entre Cristóbal Colón y Pedro Gutiérrez», *Opúsculos morales*).

Para «amar la vida» es preciso navegar (no solo por la red), afrontar los peligros y la soledad del mar, incluido el infinito naufragio del corazón. En caso contrario, nos precipitamos en el aburrimiento. Eso es lo que era para ti el aburrimiento, Giacomo: la distancia entre el deseo y la realidad, entre la búsqueda de la felicidad y los límites del mundo, entre la búsqueda del infinito más allá del seto y la finitud de lo que está de este lado. El tedio lleva al «estancamiento de la vida» misma, sobre todo para quien desea la vida en toda su plenitud.

Querías devolverle el infinito al hombre porque el deseo del

corazón atestiguaba su presencia, pero ¿dónde podías ir a buscar ese infinito? Todo ese deseo, ¿es un engaño, si las cosas no pueden satisfacerlo? ¿Y cómo ha acabado un deseo semejante en el corazón humano, si el corazón solo es un haz de fibras musculares involuntarias?

La carta de aquella chica con problemas de anorexia concluía así: «No quiero ser ingrata con lo que tengo. No quiero desperdiciar el tiempo. No quiero esta jaula, pero no sé cómo hacerme cargo de mi vida».

Cuanta más sed se tiene, más dolorosa es la ausencia de agua. Y la juventud es esa quemazón porque es ese ardor. ¿Qué podemos responder, Giacomo? ¿Cómo puede uno hacerse cargo de esa vida herida?

Acercarse *A la luna* para escuchar su secreto

«Entre los diez y los veintiún años me he encerrado en mí mismo para meditar, escribir y estudiar los libros y las cosas».
Carta a Pietro Brighenti, 21 de abril de 1820

Querido Giacomo:

Hacerse cargo de la vida significa hacerse cargo de algo que está vivo, oscilando entre un núcleo que permanece estable y aquello que, en cambio, no deja nunca de cambiar. Como la luna.

Entre los objetos que has observado con más atención, encontrando en ellos la síntesis del viaje existencial, figura precisamente la luna, estudiada y buscada continuamente, porque se resiste a desvelar su secreto, ella que, por un curioso acuerdo de rotaciones y revoluciones, ofrece siempre la misma parte de superficie a nuestras miradas.

Cuando la miramos fijamente —como hacías tú—, sentimos siempre un sobresalto, sobre todo cuando está llena. Cuando no lo está, mirarla produce una especie de nostalgia. Semana tras semana, esa belleza se perfecciona y alcanza su cumplimiento, luego vuelve a empezar desde el principio y reaparece la nostalgia. La belleza de la luna radica en que puede estar llena, su plenitud alcanzada renueva el deseo.

Un filósofo griego escribió que la palabra «bello» (*kalós*) deriva del verbo «llamar» (*káleo*). Siendo rigurosos, se trata de una falsa etimología, pero la intuición de fondo sigue siendo válida. La belleza es una llamada, las cosas bellas nos invitan a la plenitud, al cumplimiento. Si tuviesen el don de la palabra, la usarían en forma de preguntas: ¿y tú, en qué punto de tu plenitud estás?, ¿qué haces tú con los dones de la vida?

La luna llena es una belleza que ha sido preparada desde hace mucho y con paciencia, y que, apenas has empezado a mirarla, se desvanece, confirmando que la belleza está siempre un paso por delante de la posesión. La luna llama, convoca, indica, remite a otra cosa.

Por eso en la poesía que le dedicas, *A la luna*, que parece un diálogo con una amada, la cantas como símbolo del continuo empezar y volver a empezar:

Oh, graciosa luna, yo recuerdo
que hace ahora un año, sobre este collado,
lleno de angustia venía a contemplarte.
Y tú te alzabas sobre el bosque aquel
igual que ahora, que todo lo iluminas.

El diálogo silencioso con esa plenitud luminosa despertaba en ti, sin embargo, el sentido de una dolorosa falta de plenitud.

Pero, ofuscado y trémulo a causa
del llanto que acudía a mi mirada,
tus ojos a mi rostro ofrecías, que penosa
era mi vida: y aún lo es, oh, amada luna.
Y con todo me agrada el recuerdo, y el contar
los años de mi dolor. ¡Oh, cuán dichosa
es en la edad temprana, cuando aún es mucha
la esperanza y breve el curso
de la memoria, el recordar las cosas
de otro tiempo, aunque ello sea triste,
y aunque el dolor persista!

La has cantado, como los líricos griegos, porque te iba en ello el sentido de tu vida. Si te hubieses olvidado de la luna, te habrías olvidado de ti mismo. La has cantado en tu adolescencia, el periodo de la vida en el que la esperanza es larga y el curso de la memoria corto porque sobre la experiencia prevalece el ímpetu hacia el futuro. La has idealizado como símbolo del arte de tener esperanza, cuando la vida se te había hecho ya demasiado pesada.

Se dice que incluso los últimos versos que has dictado antes de morir estaban dedicados al ocaso de la luna: te ha acompañado hasta la muerte, como símbolo de quien acoge su propio destino y le es fiel, pese a su continua mudanza. Era el espejo de tu alma, pero había algo en ella de lo que tú carecías y que le envidiabas: no ser consciente de sí misma. Ser conscientes de la desproporción entre nuestro deseo infinito y nuestros límites hace que nos sintamos perdidos y confusos, a diferencia de la luna que, aunque cambie, permanece fiel a sí misma, en su curso preciso e inconsciente.

La fidelidad al propio destino, que no es casual que los griegos llamaran *Moira*, es decir, «papel asignado», es el único modo de ser felices sobre esta tierra y de ser felizmente infelices cuando no lo logramos porque el principio de inspiración que nos guía tiene el ardor suficiente como para poder quemar el obstáculo y el fracaso, es más, encuentra en ellos material para reavivar el fuego.

También te debo eso, Giacomo, haberme descubierto, en cuerpo y versos, qué significa permanecer fiel a tu propio destino, con independencia de las condiciones en las que este se cumpla, como materia con la que realizar tu propia obra de arte.

Una mujer a la que le pregunté un día qué recordaba de ti me contestó: «Dos aspectos. La melancolía y la fuerza necesaria para no rendirse jamás, hasta el final». Tu vida, Giacomo, es la lucha indómita de un arrebatado por la belleza que combate para

realizarla en sus versos y que si no lo consigue, se concede la melancolía buena, es decir, el dolor de no haber estado a la altura y el deseo de volverlo a intentar, pero sin huir, es más, permaneciendo en ese dolor, como la semilla que aguarda a que lleguen tiempos mejores durante las heladas invernales, que espera estar a la altura del próximo rayo de sol.

Cuando la vida parecía privarte de cuanto querría para sí cualquier adolescente (reconocimiento, un físico atractivo, amor), tú recurrías al depósito riquísimo e inagotable de tu arrebatamiento, para sacar de ahí cosas nuevas, con independencia de si los demás las apreciaban o no. Así te liberabas de la jaula del consenso ajeno y aplicabas tus energías a la inspirada paciencia que requería esta llamada.

El secreto que me has desvelado es que este destino nunca se alcanza del todo porque la vida no es equilibrio, sino tensión. En la naturaleza solo se detiene lo que ha muerto. Esta, quizá, es la parte más incómoda de tu mensaje, Giacomo, que la plenitud no se conquista jamás del todo, sino que es «movimiento fiel» o «fidelidad dinámica» porque somos seres que viven en el tiempo, llamados a dar consenso a la vida con sus cambios: el arrebatamiento, como ocurre con un amor, es el centro que todo lo ilumina y que nos da energía, pero se ve puesto continuamente a prueba, como una estructura antisísmica, cuyo secreto no es la rigidez confortante del «hecho una vez, hecho siempre», sino su elasticidad, la capacidad para hacer propias las presiones y secundarlas: resiliencia y resistencia. Solo así la vida no se vuelve nunca aburrida ni se esclerotiza sobre certezas rígidas y sigue siendo erótica y heroica, siempre en tensión hacia el cumplimiento.

Pero ¿y si es la vida misma la que, a veces, parece impedirnos todo esto? ¿No es de ella de quien debemos fiarnos, Giacomo? ¿Qué ocurre cuando es ella, precisamente ella, la que nos traiciona después de habernos seducido, arrebatado, atraído?

Habitar la noche con el *Canto nocturno de un pastor errante de Asia*

«He empezado a conocer un poco la belleza, haciendo que mi alma se agigantase, casi, en todas sus formas, y diciéndome para mis adentros: esto es poesía, y para expresar
lo que siento se necesitan versos, no prosa».
Carta a Pietro Giordani, 30 de abril de 1817

Querido Giacomo:

Hace veinte años, cuando recibí tu primera carta, yo estaba en busca de la palabra y no lo sabía. No sabía que encontrar las palabras para las cosas significa darles una forma y poderlas hacer propias, sobre todo las invisibles. Tú poseías aquellas palabras y me las has prestado porque el buen arte es aquel capaz de «hacerle un masaje cardiaco a los elementos de humanidad y de magia que aún resisten y brillan a pesar de la oscuridad de los tiempos» (David Foster Wallace). Por eso no es fácil el trabajo del escritor, mejor dicho, por eso es casi paradójico: «Vivirá de acuerdo a una ley que no ha sido cortada a su medida, pero que no por eso dejará de ser su ley. Es la siguiente: no arrojar a la nada a nadie que se complazca en ella. Solo indagarás en la nada para encontrar el camino que te permita eludirla y mostrarás ese camino a todo el mundo. Perseverarás en la tristeza, no menos que en la desesperación, para aprender cómo sacar de ahí a otras personas, pero no por desprecio a la felicidad, bien sumo que todas las criaturas merecen, aunque se desfiguren y destrocen unas a otras» (Elias Canetti).

Estaba hundido en un rincón oscuro. Era un periodo en el que el dolor estaba destruyendo mi alegría de vivir. Alguien a quien que yo amaba estaba entonces sufriendo hasta las lágrimas, a mi lado, y yo no conseguía llegar hasta su dolor, que me hubiera gustado hacer mío con tal de que esa persona dejase de sufrir. En esos días aprendí hasta qué punto el dolor es capaz de recluirnos en la soledad, en las habitaciones oscuras de nuestro interior, y que arrastra tanto a la persona que sufre como a la que querría estar junto a ella. Estaba experimentando en carne propia la separación profundísima que existe entre los hombres, lo difícil que es amar a las personas más próximas a nosotros, la soledad casi infranqueable en que viven su dolor, lo imposible que puede ser alcanzarlas y salvarlas. Todo me parecía insensato y cruel, la vida un sinsentido y una tortura, como en las tragedias griegas, en las que los jóvenes héroes se quedan paralizados en el escenario preguntándose qué

opción elegir entre dos posibilidades igualmente destructivas: «¿Qué he de hacer?», se pregunta Orestes frente al dilema de asesinar a su madre, para vengar a su padre, o no hacerlo y ser perseguido, a cambio, por las diosas de la venganza que le ordenan que la asesine.

No encontraba soluciones porque no las había, pero tú, Giacomo, me has hecho entender que la solución está dentro de la vida misma, no fuera de ella: abrirse al dolor y habitarlo, como una de las habitaciones de nuestro corazón.

Fue entonces —estaba en el último curso de bachillerato, un curso que empezamos precisamente contigo— cuando entraste en mi cuarto, después de que el profesor nos recitara, llegando a emocionarse, el *Canto de un pastor errante de Asia* completo. Entusiasmado, de vuelta a casa, me compré una edición de tus *Cantos*: el primer libro de poesía conseguido con mi dinero, y empecé a leerlo en mi habitación, repitiendo aquellas palabras —las entendía todas, ¡las palabras de una poesía!— hasta construirme una cantinela interior en la que el dolor sin sentido, la separación, el drama de la vida ya no eran solo míos, sino también tuyos y de todos los hombres. Ya no me sentía equivocado, sino en casa; el drama seguía ahí, pero yo ya no estaba solo, y abracé, entre lágrimas, todos los puntos interrogativos del protagonista de aquella poesía.

Hay un joven que camina en la noche, que observa la naturaleza y no le da tregua con sus preguntas, mientras el rebaño, ajeno a su angustia, pasta plácidamente. Ese peregrino cobró vida, encarnando tu interioridad, cuando leíste un artículo en el que se hablaba de los pastores nómadas de Oriente Medio, que, mientras acompañan a sus rebaños, entonan melancólicos cantos que se expanden por todo el campo, mudo y desolado.

Ese joven representaba todo lo que yo no conseguía expresar de forma coherente y, cuando lo encontré, dejé de sentirme solo. Frente al absurdo aparente de nacer para ir al encuentro del dolor, él se pregunta:

> *Pero ¿por qué alumbrar,*
> *por qué mantener vivo*
> *a aquel que, por nacer, es necesario consolar?*
> *Si la vida es desventura,*
> *¿por qué continuamos soportándola?*

A él, como a mí, no le quedaba nadie con quien dialogar sobre aquella profunda soledad. A su alrededor solo había criaturas mudas, el rebaño y la luna, con su inconsciente constancia, en una noche en la que ninguna compañía humana parece poderlo alcanzar. Entonces se dirige hacia la luna:

Tú, solitaria, eterna peregrina,
tan pensativa, acaso bien comprendas
este vivir terreno,
nuestra agonía y nuestros sufrimientos.

En esas palabras expresabas la misma separación que experimentaba yo, la misma soledad, pero no la rehuías, permanecías allí y le dabas una dirección al dolor, le dabas forma y una casa hecha con palabras, porque es el dolor informe el que aplasta al hombre:

Dime, oh, luna, ¿de qué le sirve
su vida al pastor
y a ti la tuya? Dime, ¿adónde tiende
este mi vagar mío, tan breve,
y tu curso inmortal?

Respondías a mis preguntas con una poesía que plantea doce (hay doce puntos de interrogación en el poema): respondías preguntando, porque la verdadera respuesta nunca es la solución que hace desaparecer el problema, la respuesta es abrirse a la vida, y hacerse preguntas es el signo de esta apertura (me gusta imaginarme el signo de interrogación como un hombre que se inclina para preguntarse sobre qué mundo está caminando).

Me viene ahora a la cabeza una alumna que, cuando afirmé que la literatura mantiene vivas las preguntas, levantó la mano e inquirió, asustada, en un tono de voz tan frágil como sincero: «Pero, luego… ¿llegan las respuestas?». Vi en sus ojos toda la verdad de una persona joven que se asoma a su propio destino llena de temores y turbación. Tu poesía, para mí, no es solo un modo de mantener vivas las inquietudes que la cultura del beneficio etiqueta como adolescentes, también es la respuesta que aquella muchacha en flor anhelaba. Planteándose las preguntas apropiadas, viviéndolas día a día y compartiéndolas con los demás, encontraremos compañeros de viaje en las noches más oscuras. Y descubriremos que se puede hasta cantar mientras se vaga, errante, en la noche.

A ese pastor, Giacomo, solo puedo imaginármelo joven. Un joven herido y traicionado por sus mismos sueños, que conoce la amargura de la infinitud no correspondida bajo la forma del tedio que asalta:

Dime, ¿por qué yaciendo
ocioso, sin cuidados,
cada animal descansa
y yo, cuando reposo, siento tedio?

Tras estas preguntas llegan los tres «quizá» de los últimos versos. Siempre que los releo regresa esa mezcla de dolor y resolución, conmoción de la vista y del corazón, porque yo sé cuánta vida

herida se precisa para escribir determinadas palabras, porque sé que no estoy solo en mi fragilidad. Yo también, igual que tú, oscilaba, incierto, entre el deseo del corazón de tener alas para huir, haciendo hipótesis sobre felicidades infinitas e imaginarias…

Quizá si alas tuviese
para ir a las nubes
y contar una a una las estrellas,
o, como el trueno, errar de cima en cima,
sería más feliz, cándida luna.

… y la aceptación racional de que el dolor no se puede eliminar porque es parte integrante y vital de la vida misma:

O es que tal vez se aleja
de la verdad mi mente, si pienso en otra suerte:
acaso en toda forma,
en todo estado, ya sea en cuna o en cubil,
es funesto a quien nace el día natal.

Las alas que ese joven querría tener son las alas de una criatura natural, que le permitirían no ser consciente del dolor, de que está exiliado del infinito.

Tú nunca abandonas del todo las alas de la imaginación, Giacomo, la construcción del pensamiento con el que se salta por encima del seto. Ese corazón abierto al infinito está aún ahí, reducido al «quizá» de un sueño apenas nos despertamos. Pero enseguida ese «quizá», fruto de un exceso de esperanza, empieza a dialogar con el otro «quizá», curado por el fantasear adolescente: es un «quizá» racional que reconoce la fatalidad de la vida, la condena a desear en vano. El «día natal», el día de nuestro cumpleaños, no es una fiesta, «quizá» es solo un funeral.

Esos tres «quizá» repican como una campana: ¿anunciando una fiesta o un duelo? Una duda que deja abierto el espacio entre el corazón que sueña, alado, y una razón anclada en una verdad sin escapatoria. En tu poesía corazón y razón dialogan aún, es un diálogo doliente, sí, pero en el que ambas partes están vivas y relacionadas porque todas las relaciones auténticas se nutren de su esfuerzo.

El consejo que me has dado cuando tenía diecisiete años fue, precisamente, habitar la tierra del «quizá», entre alas y fuerza de gravedad. Mi dolor no desapareció, pero, poco a poco, aprendí a vivirlo con el valor de tus palabras, que me habían alcanzado hasta lugares a los que no había conseguido llegar nadie; no me proporcionaste una solución rápida y fácil, pero me acompañabas por el abrupto camino de los «quizá» y me decías que viviera ambas condiciones, que mantuviera unida esa tensión, tan humana, con la fragilidad que conllevaba. Desde entonces no te has ido nunca de

mi habitación, de las habitaciones de mi corazón, es más, te has hecho un hueco en una de las más interiores, en esa en la que el dolor y la alegría, juntos, lloran, en un mismo llanto, por la esencia del ser hombres.

Por eso, Giacomo, así como Silvia es la figura femenina que más amo de tu poesía, con su ímpetu vital, el pastor errante, con su melancólico canto, es el personaje masculino que más me gusta. Silvia y el pastor son versiones complementarias, el corazón y la mente, la carne y los huesos, las piernas y los brazos, de tu vida interior.

El pastor le dio un rostro a tu melancolía. El canto, aunque sea melancólico, sigue siendo un canto. Melancólico, como casi todos los nocturnos de los músicos, como todas las noches de los sentidos y del espíritu de los místicos. Nocturno, como todas las soledades inalcanzables del hombre, que teme la noche porque es el lapso de tiempo en el que se mide su capacidad de aceptar y afrontar la fragilidad de este vivir nuestro, tan breve.

Recuerdo una noche de agosto, en la playa, en la que le estaba enseñando las constelaciones a mi sobrino Giulio, que entonces tenía seis años, y le contaba sus leyendas. Él, que se preguntaba si se pueden encontrar colores nuevos o han sido hallados todos, que me decía que el tiempo es infinito y que los números nos los hemos inventado nosotros para medirlo, me preguntó de repente que por qué cuando se hace de día el cielo se vuelve azul y dejan de verse las estrellas. Intenté satisfacerle dándole una explicación científica, pero me di cuenta de que eso no le bastaba, a los niños hay que explicarles la finalidad de las cosas, no solo la causa. Si te preguntan por qué llueve, no puedes contestarles con la porcentual del vapor acuoso, tienes que decirles: para que puedan florecer las plantas.

Entonces le conté que la oscuridad de la noche sirve para ver las cosas que esconde la luz porque, a veces, estas son tan hermosas que hay que protegerlas, igual que se hace con los tesoros. La respuesta le dejó satisfecho y yo, gracias a ti, me dije para mis adentros que siempre se pierde algo con la luz y que siempre se gana algo con las tinieblas. Puede que lo esencial.

En esa noche de tu vida, entendiste que para salvarte no te quedaba más remedio que poner a prueba las dos hipótesis: ¿las alas o el funeral? Echar a volar para no traicionar tu destino y descubrir si la esperanza es una hipótesis tan trabajosa como fecunda, o aceptar el gran engaño urdido por la vida para daño del hombre, que es la única fibra consciente de este universo, bellísimo,

sí, pero desesperadamente abocado a la muerte. Tu pastor errante nos dice, sin medias tintas, que el hombre está llamado a existir sin que haya sido él quien se otorgó el aliento vital. Podemos decir lo que somos, pero no cómo y por qué existimos, solo sabemos que a aquello que somos se le ha dado la existencia y que esta es una llamada que no podemos desoír.

Es necesario, pues, habitar la tierra del quizá, la tierra de lo posible, de los desafíos, de los héroes que luchan para realizar lo que son en el breve espacio que les ha sido dado.

Por eso, Giacomo, había llegado la hora de echar a volar o de sucumbir.

El arte de la huida
o rebelarse contra lo que nos impide ser fieles a nosotros mismos

«Usted exige de nosotros el sacrificio, no de cosas materiales ni de comodidades, sino de nuestras inclinaciones, de la juventud y de toda nuestra vida. No quiero posponer más el hacerme cargo de mi suerte. Prefiero ser infeliz a no ser grande y sufrir antes que aburrirme».

Carta a Monaldo Leopardi, finales de julio de 1819

Querido Giacomo:

No siempre, mejor dicho, muy raramente, el camino de la huida coincide con el de la búsqueda. También por esto la madurez es encontrar el valor para buscar, más que para huir. Cuando un adolescente descubre su arrebatamiento, se siente llamado a experimentar si su originalidad puede realmente enriquecer el mundo.

Hace tiempo un chico me dijo que para que sus padres entendieran que su existencia necesitaba de su mirada para florecer, que su ausencia era intolerable, igual que sus silencios, había pasado una noche fuera de casa. Los había obligado a tener miedo a perderlo, a reconsiderar las bases sobre las que estaban construyendo la relación con él. Desde ese día algo había cambiado.

Tú también, Giacomo, decidiste que la única forma de vivir integralmente tu vida y de poner a prueba tu fuego era rebelarte contra los límites que te imponían tu familia y la pequeña aldea en la que habías nacido y huir. Lo he entendido cuando he leído la carta que le escribiste a tu padre el día en el que decidiste irte a escondidas y que le diste a tu hermano, Carlo, para que se la entregase a hechos consumados. Es la carta de un jovencito que se escapa de casa al llegar a la mayoría de edad y creo que contiene todo lo que hay que saber sobre ti. Esto es lo que le escribiste, en unas líneas que espero que me perdones por haberlas acercado, en los aspectos más superficiales, a la lengua de nuestra época:

Papá:

Aunque después de saber lo que he hecho esta carta te parezca, quizá, indigna de ser leída, espero, de todas formas, que tendrás la bondad de no negarte a escuchar las primeras y las últimas palabras de un hijo que siempre te ha querido y al que le hace sufrir horriblemente el darte un disgusto. Me conoces, y conoces mi conducta, y quizá, cuando quieras abrir los ojos, verás que en toda Italia, y estoy por añadir que en toda Europa, no se encuentra otro joven, en mi misma condición, incluso con menos años que yo, quizá con unas dotes intelectuales inferiores a las mías, que haya tenido la mitad de prudencia, privación de cualquier placer propio de la juventud, obediencia y sumisión a sus padres de las que he tenido yo. Por mucho que tú desprecies el poco talento que el cielo me ha dado, no puedes dejar de escuchar a los hombres respetables y famosos que me

han conocido y han emitido sobre mí el juicio que conoces y que no voy a repetir. Tú no ignoras que cuantos me han conocido, incluso aquellos que están totalmente de acuerdo con tus principios, han pensado que puedo lograr el éxito en algo extraordinario, si se me dan los medios que, hoy igual que ayer, son indispensables para que tenga éxito un joven, aun cuando sea poco prometedor. Es sorprendente que todo el que me conoce, aunque sea solo superficialmente, se asombre, invariablemente, porque siga viviendo en esta ciudad y que tú seas el único en mantener un parecer contrario e inamovible.

Escribes las cosas que cualquier hijo que se va a escapar de casa le escribiría a un padre (o a quien se haya hecho cargo de su educación) incapaz de ver su originalidad y de estimular su florecimiento en un contexto que no sea el restringido marco en el que ha crecido. En honor a la verdad, precisamente esa casa, esa campiña, esos nocturnos y esos libros, en la serena estación de los dieciséis y diecisiete años, le habían dado la posibilidad a tu genio de abrirse y profundizar, en altura y en amplitud, tanto que ahora ese genio se sentía enjaulado y ya no le bastaba con «fingir», construir, el infinito tras el muro. Tenía que liberarse. Pero tu padre no quería, Giacomo. No te quedaba más opción que huir y, hablando precisamente de la libertad que te era necesaria para dar un pleno cumplimiento a tu vida, continúas así:

Ciertamente sabes que en cualquier población un poco más viva que esta, incluso en esta misma, no hay ningún joven de diecisiete años al que sus padres no ayuden para que triunfe en aquello que más le convenga. Y no digo nada de la libertad de la que todos disfrutan a mi edad, una libertad de la que yo no he recibido ni siquiera un tercio a los veintiún años.

¿Qué es la vida, Giacomo, sino proveer a tu propio destino? ¿Qué es el amor sino encontrar un custodio válido y fiable para ese destino? ¿Cómo se puede vivir sin aburrirse si no se da rienda suelta a ese destino, transformándolo en vocación?

Pero dejando ahora esto a un lado, aunque te haya dado pruebas de mi valía, si no me engaño, de forma bastante precoz, solo mucho después de la edad habitual he empezado a manifestar el deseo de que tú proveyeses a mi destino y al bien de mi vida futura de la forma indicada por el parecer de todos. He visto a muchas familias de esta misma población, mucho menos acomodadas que la nuestra, y he sabido de muchas otras en otras ciudades, que solo con descubrir un ligero indicio de talento en un hijo no dudaban en hacer grandísimos sacrificios para ayudarlo de la forma más adecuada para que floreciese. Aunque muchos crean que mi inteligencia es bastante más que un ligero indicio, tú, pese a ello, me juzgas indigno de los sacrificios de un padre, y no consideras que el bien de mi vida presente y futura se merezca que hagas algún cambio en tus planes familiares […]. Cuando te pedí que me concedieses algún medio para poder vivir de forma consonante a mis circunstancias, sin estar a cargo de la familia, mi solicitud fue acogida con carcajadas, y nunca has pensado que tus contactos o tus desvelos debiesen ser empleados en el futuro de este tu hijo. Conozco los planes que tienes para cada uno de nosotros y sé también que, para asegurar la felicidad de una cosa que desconozco qué es y que, según parece, se llama casa y familia, nos exiges a los dos el sacrificio, no de cosas materiales ni de comodidades, sino de

nuestras inclinaciones, de la juventud y de toda nuestra vida. Desde el momento en que nunca vas a obtener este sacrificio de mí y de Carlo, no puedo tener en cuenta estos planes y no podría aceptarlos en modo alguno.

Tu padre no quiso ayudarte a que te instalaras fuera. Quizá no comprendía del todo tus aspiraciones ni tu talento, quizá no te creía capaz de vivir por ti mismo fuera de tu aldea, quizá no tenía dinero o tu madre le negó el acceso a esas finanzas en las que había puesto orden con tanto esfuerzo. Tú, Giacomo, lo vivías como si te estuvieran sacrificando sobre el altar de unos padres ciegos o, simplemente, con planes «más seguros» para ti. Pero la llamada de la poesía y del amor (sí, porque también buscabas a una mujer a la que amar y que te amase) desafiaba la seguridad, anteponiéndole la verdad y el riesgo.

Quizá tu padre pensaba que así te protegía, quizá te amaba más de lo que a ti te parecía notar por sus decisiones. Verás, Giacomo, hay padres que engendran biológicamente y luego se olvidan de engendrar también espiritualmente a sus hijos, los dejan huérfanos de sentido, pero ese no fue tu caso. Monaldo tenía incluso demasiado sentido para darte, tanto como para dictarte el guion de tu vida —debías, como primogénito, heredar la casa Leopardi, las propiedades y la biblioteca, las rentas para poderte dedicar a tus escritos como un intelectual libre de otras preocupaciones—, pero no conseguía ver el guion escrito de tu puño y letra y así desecaba tu genio, que se rebelaba.

El aburrimiento se te había hecho insoportable. No se trataba del aburrimiento superficial, el del «no sé qué hacer», el causado por la ausencia de emociones fuertes, sino el de la privación del destino y de la vocación, ese estado de angustia de quien se sabe fuera de su lugar, de quien sabe que no está viviendo bastante, que no está dando rienda suelta a su vocación. Habías empezado a escribir porque la escritura es el lugar en el que se supera el límite y se combate la falta de cumplimiento, reparando cualquier posible inobservancia y contando cómo debería o cómo podría haber ido la cosa. ¿Qué otra cosa era para ti escribir sino vivir? ¿Acaso no es «vida» el término más frecuente en tus *Cantos*? En ellos vivías hasta tal punto que el cuerpo ya no soportaba más ese exilio y el genio te pedía que lo siguieras más allá del seto de las fáciles seguridades.

Y, sin embargo, tú has dejado durante muchos años a un hombre de mi carácter consumirse en estudios criminales, o enterrarse vivo en el más terrible aburrimiento y, como consecuencia, en la melancolía, derivada de la soledad y de una vida que no ha sido jamás alegre y despreocupada, sobre todo en los últimos meses. No tardé mucho en darme cuenta de que no existe ninguna razón imaginable que pueda hacerte cambiar de idea y que la extraordinaria rigidez de tu carácter, cubierta por un disimulo continuo, es lo bastante fuerte como para no

dejar el más mínimo resquicio a la esperanza.

Ahora querías ser tú quien tomara las riendas de tu vida: hacerte cargo de tu propia suerte. La tuya es la libertad de la semilla que decide pudrirse, abandonando los viejos hábitos y las seguras convicciones para que maduren su naturaleza y su arrebatamiento. Es más seguro permanecer bajo tierra y dentro de la cáscara del propio yo, pero sin libertad. Libre es el hombre que asume su propia suerte como un don y un deber, y permanece fiel a sí mismo porque le va en ello la posibilidad de ofrecerles a los demás su esencia, en contra de la cobarde prudencia que nos hace similares a los animales, cuyo único objetivo es la conservación de la especie: entonces sí que estaremos hechos solo para la muerte. Tú, Giacomo, reflexionando sobre la naturaleza humana, entendiste que sí, es animal, pero también es otra cosa, es capaz de elevarse sobre ese animal y superarlo: es un embrión de infinito, un «aquí» en busca de un «más allá».

Todo esto y las reflexiones hechas sobre la naturaleza de los hombres me han persuadido de que yo, aunque carezca de todo, solo debo confiar en mí mismo. Y ahora que la ley me ha hecho responsable de mí mismo, no quiero dilatar más el hacerme cargo de mi suerte. Ya sé que la felicidad del hombre consiste en estar satisfecho y, por lo tanto, es más fácil que sea feliz pidiendo limosna que en medio de las comodidades que puedo disfrutar en este lugar. Odio la cobarde prudencia que nos enfría y ata y vuelve incapaces de toda gran acción, reduciéndonos a la condición de animales que esperan tranquilamente que se mantenga esta vida infeliz sin otro pensamiento. Sé que me tomarás por loco, así como sé que todos los grandes hombres han recibido ese nombre. Y ya que la carrera de casi todos los hombres de gran genio ha empezado desde la desesperación, no me preocupa que la mía empiece así. Prefiero ser infeliz a no ser grande, y sufrir antes que aburrirme.

Estas líneas para mí, Giacomo, son una obra maestra: consiguen que sea habitable hasta la desesperación. El genio empieza por una desesperación que, en realidad, es esperanza, es dejar el puerto seguro para adentrarse en el mar abierto y navegar hacia un nuevo continente del alma, que debe ser descubierto y habitado. Has escrito tus mejores versos dejándolos huir de tus noches oscuras. Querido Giacomo, aquí es donde siento que eres como un amigo fraternal, cuando escribes «prefiero ser infeliz a no ser grande», «sufrir antes que aburrirme». Liberada del mito de la seguridad, del equilibrio, de la comodidad, la vida está en tus manos y pulsa y da miedo y retuerce las entrañas y genera lágrimas y noches de insomnio. Pero así es la vida, y sus opuestos no son la infelicidad y el sufrimiento, sino la pusilanimidad y el aburrimiento consiguiente. La mezquina estrechez de quien sigue siendo una semilla y no da frutos, de quien no se compromete por amor. En este prevalece el miedo a sufrir sobre las ganas de vivir, el corazón

se endurece, como un pájaro que mantiene las alas cerradas por temor a su propio peso, por el miedo absurdo que provoca el estar hecho para volar. Gracias, Giacomo. Te prometo que no caeré nunca en la falta de grandeza y el aburrimiento, antes bien, seré infeliz y sufriré, pero seré fiel a la vida.

En tu caso, eso significaba abandonar la seguridad de la casa paterna, donde la grandeza se medía con cálculos y metro, sobre la base de la utilidad:

> *Los padres suelen juzgar a sus hijos más favorablemente de lo que lo hacen las personas de fuera, pero tú, por el contrario, me juzgas más desfavorablemente que cualquier otra persona y, por lo tanto, nunca has creído que yo haya nacido para algo grande: puede que no sepas reconocer más grandeza que la que se mide con cálculos y con el metro. Pero hay muchos que tienen otra opinión sobre el tema; en cuanto a mí, como no tener esperanza alguna con respecto a mí mismo no puede sino hacerme daño, no me resigno a la idea de vivir y morir como mis antepasados.*

Luego pedías perdón por el dinero que habías cogido para poder sobrevivir, al menos durante los primeros tiempos. No era fácil huir de Recanati y llegar a un destino, por eso tuviste que pedir un pasaporte a escondidas, pero estabas dispuesto a todo con tal de no morir de desesperación en el momento de la vida hecho para la esperanza:

> *Habiéndote explicado las razones de mi elección, solo me queda pedirte perdón por las molestias que te estoy causando con esta carta y por lo que me llevo conmigo. Si mi salud hubiese sido menos quebradiza, habría preferido irme mendigando de casa en casa antes que tocar un solo céntimo tuyo. Pero siendo de salud tan débil, y no pudiendo esperar ya nada de ti, por las frases que, intencionadamente, has dejado caer varias veces de tus labios sobre este tema, me he visto obligado, para no exponerme a morir, con toda certeza, por el camino al segundo día, a actuar de esta forma. Lo siento muchísimo, y esto es lo único que me turba, el pensar que te voy a dar un disgusto, conozco tu bondad de corazón y el interés que has puesto en intentar que viviera satisfecho en mi condición. Te lo agradezco con toda mi alma y me pesa terriblemente que parezca que estoy aquejado del defecto que más detesto de todos, es decir, la ingratitud. Solo la diferencia de opiniones, que no era en modo alguno conciliable, y que debía necesariamente llevarme a morir aquí de desesperación o a conducirme a dar el paso que estoy dando ha sido la causa de mi desventura. Le ha placido al cielo, para castigo mío, que el único joven de esta ciudad con pensamientos algo elevados te haya tocado a ti* [como hijo] *y que el único padre que juzgase a un hijo así como una desgracia me haya tocado a mí. Lo que me consuela es pensar que este es el último disgusto que te doy y que servirá para librarte de la continua molestia de mi presencia y de las otras muchas molestias que mi persona te ha ocasionado y que no dejaría de ocasionarte, y en mayor número, en el futuro.*

Pero prometías que le devolverías el dinero, Giacomo, y le suplicabas que te recordase no como a un malhechor, sino como a un hijo que no renegaba del todo del amor hacia quien le había engendrado:

Mi querido papá, si me permites llamarte por ese nombre, me arrodillo para suplicarte que perdones a este infeliz por la naturaleza y por las circunstancias. Querría que mi infelicidad fuese toda mía y que no afectase a nadie más, y espero que así sea a partir de ahora. Si la suerte me concede ser dueño de algo, mi primer pensamiento será devolverte aquello que la necesidad me obliga ahora a coger.

El último favor que te pido es que si alguna vez te acuerdas de este hijo que te ha querido siempre, no lo alejes de tu mente como un pensamiento odioso ni lo maldigas; y si la suerte no ha querido que tú puedas alabarlo, no renuncies al menos a concederle esa compasión que no se les niega ni siquiera a los malhechores.

La adolescencia acaba cuando se abandona el hogar paterno, se abraza la vida sin red, se afronta el destino. Tras haber dado rienda suelta al exceso de esperanza, ha llegado el momento de la experiencia y de su exceso.

Ya es hora de inaugurar una nueva etapa: la madurez.

MADUREZ
o el arte de morir

«El sentimiento y el entusiasmo, que era el compañero
y el alimento de mi vida, se ha disipado para mí
de una forma que me aterra. Es tiempo de morir.
Es tiempo de ceder ante la fortuna».
Carta a Pietro Brighenti, 21 de abril de 1820

Querido Giacomo:

Tu huida fracasó. Te ocurrió lo mismo que les pasa a muchos jóvenes que transgreden, es decir, que van (*-egredi*) más allá (*trans*): el miedo a ser descubiertos se transforma en una especie de profecía que se materializa. ¿Quién no recuerda alguna transgresión cometida de adolescente puntualmente desenmascarada por sus padres?

La persona que tenía que facilitarte el pasaporte felicitó a Monaldo —eran amigos— porque su hijo estaba a punto de partir hacia el mundo exterior, descubriéndole tus proyectos de fuga, que se esfumaron y cuya motivación profunda tu padre no llegó a conocer jamás. La carta fue un secreto entre tu hermano y tu hermana Paolina, los únicos grandes amigos que tenías en esa etapa de tu vida, y tú mismo. A ti te quedó un corazón lleno de muerte, pero a mí me queda tu carta: el encuentro entre tu destino y tú mismo.

Cuando se ha descubierto por qué morir, es preciso morir luego realmente y la juventud es el momento idóneo para hacerlo porque es cuando se tienen las fuerzas necesarias para renacer. Por «muerte» tú entiendes el enfrentamiento con los inevitables obstáculos, los fracasos, las consiguientes tristezas, las heridas que la vida opone a nuestro arrebatamiento, a nuestro exceso de esperanza. Ir al encuentro de la fortuna es aceptar toda la incertidumbre de quien se hace cargo de su destino y lo convierte en un deber, una tarea.

Si la adolescencia es la edad hecha para descubrir por qué merece la pena vivir, la madurez es el momento en el que te enfrentas con aquello que, en nuestra vida diaria, nos hace experimentar la muerte mientras intentamos realizar aquello por lo que merece la pena vivir: un proyecto, una relación, un trabajo… Tú, Giacomo, me has enseñado que el secreto de la madurez no es enfrentarse a la muerte, pretendiendo eliminarla del horizonte de la vida, sino salir adelante con la muerte provisional y aparente de los sueños, los proyectos, los destinos.

Para que esto ocurra, sin embargo, es preciso adentrarse en la tierra de nadie en la que el exceso de esperanza, lo que nos ha conducido hasta allí, se mezcla con el exceso de experiencia de un camino fatigoso. De sentirnos insustituibles y únicos, pasamos a comprender, con sorpresa, que somos sustituibles y, quizá, innecesarios para la gran orquesta de la Historia. La fragilidad, que antes habíamos vivido como sed de infinitud que redime los límites, ahora se convierte en la tentación de aceptar que *solo* somos límites.

El erotismo y el heroísmo se ven amenazados por numerosas muertes pequeñas, y la madurez consiste en atravesar este desierto de esperanzas frustradas, manteniendo la confianza en que exista una tierra prometida y descubriendo que esta tierra, más que fuera de nosotros, hay que encontrarla y cultivarla dentro de nosotros.

¿Pero el desierto que nos separa de ella es una condición provisional? ¿Qué se necesita, Giacomo, para habitar esta derrota sin refugiarse en un mundo infantil, protegiéndonos de la vida? ¿Se puede proseguir sin renunciar a la elevación, al infinito? ¿Cómo se puede mantener la esperanza, una y otra vez, cuando solo nos quedan los escombros de todo lo que habíamos imaginado? ¿Cómo no deslizarse, después del encantamiento juvenil, hacia el desencanto adulto?

Cae el silencio

«Ahora estoy seco y agostado, como una caña muerta, y ninguna pasión
encuentra ya la entrada para acceder
a esta pobre alma, y la misma omnipotencia, soberana
y eterna, del amor se ve anulada, en lo que a mí se refiere,
en la época en la que me encuentro».
Carta a Pietro Giordani, 6 de marzo de 1820

Querido Giacomo:

Llega un momento, en la vida de todo adolescente en el que la palabra se desvanece. Toda respuesta se reduce a sonidos malhumorados, gruñidos, o al proverbial «Nada…» que se escucha cada vez que una madre le pregunta a su hijo cuando vuelve del colegio: «¿Qué has hecho hoy?».

Ese «nada» es el signo más prometedor del miedo que la semilla tiene a morir, ese silencio y esa soledad son necesarios para que se cree un espacio, conocido como intimidad o interioridad, en el que la semilla podrá partirse en dos, cuando encuentre el valor necesario para hacerlo. La mayor parte de las semillas lleva consigo el alimento necesario para abrirse, es esa pulpa que degustamos con frecuencia como fruto: protección y alimento para una semilla infinitas veces más pequeña.

Tras tu fallida huida, Giacomo, tu arrebatamiento parece apagarse, las palabras, silenciarse, la esperanza de futuro, reducirse a un recuerdo del pasado. Comienza un silencio poético casi total, que durará seis años, desde 1822 a 1828, que solo llenan algunas líneas en prosa, de entre las más frías e irónicas de tus escritos. La experiencia ha expulsado toda ilusión, toda semilla de futuro. No hay ningún otro destino capaz de convertirse en vocación, el arrebatamiento se reduce a un susurro lejano al que cada vez resulta más difícil prestarle crédito. Cuántas veces ocurre, en la vida de los hombres, que el gran resplandor del arrebatamiento se reconsidera y coloca en la esquina más oscura del cajón de los sueños, como una ilusión expulsada de uno mismo por la realidad. Del gran amor, del gran sueño, del gran futuro… solo queda un eco lejano, como un remordimiento. El remordimiento por el destino perdido.

Y, sin embargo, aunque en el curso de una vida ninguna de nuestras células siga siendo siempre la misma, sabemos que en nosotros hay un núcleo estable que no varía con el tiempo, un lugar intacto, originario y original, del que parece manar el decir y el hacer que son más nuestros, desde que somos niños hasta la vejez. Es un lugar siempre nuevo y renovable, que libera una especie de

despreocupada seguridad, el lugar interior en el que podemos contener la vida y sentirnos contenidos por la vida.

La escritura lleva gradualmente hasta allí, al lugar en el que brota la fuente. También por eso no me parece raro que la adolescencia sea la época de los diarios, de escribir obsesivamente, de soñar con ser escritor o escritora porque escribir es descender al corazón del corazón para aprender a habitarse a sí mismos y, por lo tanto, a habitar la vida. La pluma se convierte en un pico, la página en una luz.

Lo sabían bien tus amados «antiguos», Giacomo, para los que la palabra *hálito* [*fiato*, en italiano] y la palabra *fábula* [cuento] tienen el mismo origen. Proceden de una raíz que indicaba el «hablar», el «decir» sagrado, es decir, el habla de los dioses, el decir autorizado, el que se cumple. Cuando Zeus «dice», las cosas suceden y son: determina el hado, el destino. De la misma raíz procedía la palabra del relato: *fábula*. El sufijo *-bul* se une a las raíces verbales para indicar el espacio en el que se realiza lo que la raíz indica. La fábula, el relato, de hecho, es precisamente el lugar y el medio gracias a los cuales el hado nos alcanza y se cumple. La locución *lupus in fabula*[4] para un antiguo romano significaba no que una persona apareciese justo cuando se estaba hablando de ella por una mera coincidencia, sino que aparecía, precisamente, porque estaba siendo evocada por el discurso. Los relatos preparan las cosas y hacen que sucedan. Sin una palabra que relate, no hay forma de descubrir en nosotros mismos nuestra historia: está demostrado que los ratos que pasamos «soñando con los ojos abiertos» están dedicados a hipótesis narrativas de las que somos protagonistas y con las que modificamos el pasado o preparamos el futuro. Un niño privado de cuentos es un niño al que se priva del guion que necesitará para construir su historia, por eso quiere escuchar los mismos una y otra vez, porque ese cuento le dice cuál es la situación de las cosas, construye una «metafísica poética», como la llamaba Giambattista Vico.

Cuando le regalé a mi sobrino una adaptación para niños de la *Odisea*, todas las noches, bajo las estrellas estivales, la familia al completo se reunía para escuchar alguna página. Giulio llenaba la lectura de preguntas, a veces dificilísimas. Sentía que esa historia tenía mucho que ver con él, aunque estuviera tan alejada, y por eso todas las noches se presentaba, puntual, con su libro entre las manos: «¿Cuántos capítulos vamos a leer hoy?».

Con frecuencia quien no lee *fabulae*, historias de destinos ajenos, no sabe nada de su propio destino, y se conforma con el sucedáneo

de la fábula: la *fama*. También este término tiene la misma raíz: es el decir que viaja de boca en boca sin una fuente autorizada; aquí la fuente es la acumulación de voces horizontales, no la voz vertical, es decir, la que tiene la autoridad de la altura (del dios) o de la profundidad (del yo). Sin fábula, el hado no tiene lugar ni medios para salir a la luz y cumplirse y cede el paso al «eso es lo que dicen todos», «eso es lo que hace todo el mundo». Hay un proverbio judío que adoro: «Dios ha creado al hombre para oírle contar historias». El hombre, un soplo hecho de tiempo y carne, es el único capaz de contar su fábula, su destino y su destinación. Los animales hacen gestos, las plantas, hojas, la rocas callan. El hombre cuenta. El lenguaje es la casa de nuestra existencia, donde crece antes de ser puesta en práctica.

Un gran director de cine decía que la trama arranca un sentido al flujo de la vida. Cuando cuento mi historia a un nuevo amigo o a la persona de la que me he enamorado, elijo determinados momentos, al *hacer* la fábula de mí mismo me poseo. Así mi esencia se muestra a través del relato. ¿Y qué elijo que no sea lo que me convierte, en el pasado, el presente y el futuro, en mí mismo? Si no soy el protagonista de al menos un relato, el mío, me desvanezco, mejor dicho, ya me he desvanecido.

Tú, Giacomo, después de tu fallida huida, pasaste muchos años sin «poesías», pero no sin escritura. Tuviste que esperar casi otros dos años para abandonar Recanati, con el beneplácito de tus padres, para iniciar un continuo viaje de idas y regresos (Roma-Recanati; Milán-Bolonia-Recanati; Pisa-Florencia-Recanati), causado por la desilusión que te producían esos lugares tan deseados en los que, salvo raras excepciones, no encontrabas lo que buscabas: ni la aceptación de tu arte, ni trabajos que te permitieran mantenerte.

La semilla del arrebatamiento tenía que echar raíces más profundas, su crecimiento parecía haberse quedado momentáneamente en suspenso al entrar en contacto con el mundo y sus inclemencias, se precisaba más fuerza, un mayor enraizamiento. La prosa se convierte en el instrumento de esta búsqueda de profundidad. El arrebatamiento queda custodiado por la coraza de la frialdad filosófica y racional, pero siempre creadora de imágenes poéticas, de los *Opúsculos morales*, casi como una capa de nieve bajo la cual la tierra parece muerta cuando en realidad solo está descansando para volverse aún más fértil. El canto, purificado de las ilusiones adolescentes, deberá mantenerse equidistante ente el encanto y el desencanto. Este es el tiempo del silencio, de la noche oscura. Se asemeja a esa fase del amor en la

que parece haber desaparecido el encantamiento inicial, que hacía que todo pareciera perfecto, y sin embargo solo el amor pide crecer y echar raíces más profundas y pacientes para un ulterior florecimiento.

Es un tiempo fecundo, aunque parezca todo lo contrario. El arte del silencio es el que más cuesta aprender, a causa de su aparente ausencia de frutos y de alegría. Pocos son los que perseveran en él y degustan su pulpa.

Se estaba preparando una primavera mejor después de un invierno de casi seis años, una cosecha rica, un destino más lleno de vocaciones, precisamente porque había sido puesto a prueba.

La vida es una promesa no cumplida. Preguntádselo *A Silvia*

«Al volver a ver, casualmente, mis papeles y mis notas, y recordar mi infancia y los pensamientos y las ideas y las hermosas visiones y las ocupaciones de la adolescencia, se me encogía el corazón de forma que no sabía ya renunciar a la esperanza, ¿y me asustaba la muerte? No ya como muerte, sino como anuladora de todas las hermosas expectativas pasadas».

Zibaldone, 26 de junio de 1820

Querido Giacomo:

En tus primeros idilios poéticos habías buscado, a través de un corazón reconciliado con la razón, la armonía entre el hombre y la realidad en un matrimonio lleno de promesas. Pero, ante los hechos consumados, no vivieron felices y contentos.

La huida había fracasado y todos los sueños, ilusiones, proyectos estaban destruidos. Ahora dabas vueltas entre las ruinas de un futuro ardientemente soñado, ruinas grandiosas como las de un edificio que se elevaba en dirección al cielo.

La experiencia de la vida no responde a esta tensión hacia la infinitud, nada ofrece un alimento satisfactorio al corazón, la felicidad no te está negada solo a ti, sino a todos tus contemporáneos: no es suficiente reconstruir la relación con la naturaleza para recuperarla, el paso está cerrado. El sueño de adentrarse en el infinito no basta, el reencontrado idilio con la naturaleza se revela como un mero sueño romántico. La juventud, la edad del corazón, es el periodo más cruel de la vida precisamente porque la sed es más profunda. *A Silvia*, una de tus poesías más melancólicas, escrita justo tras el largo silencio poético, es el emblema de todo ello. Silvia, recuerdo fresquísimo de tus años felices, se convierte en el símbolo de la fragilidad de toda esperanza, de toda ilusión, de toda felicidad cumplida y posible. Y, sin embargo, Silvia es, precisamente, la puerta de salida desde el silencio.

Me lo ha recordado la bellísima carta de una joven de dieciocho años que he recibido estos días: «Mi historia es un poco triste, yo estoy viva de milagro. Fui una niña prematura, nací cuando mi madre estaba en el sexto mes de embarazo, y eso me ha provocado no pocos problemas. Tengo una malformación congénita en el corazón que ha intentado arrebatarme la vida. No se puede decir que yo haya luchado y vencido porque, hablemos claro, la naturaleza hace lo que quiere y nosotros no podemos hacer nada contra ella, podemos contenerla con la medicina, pero la naturaleza sigue su curso de todas formas.

»Desde hace unos años mi situación ha empeorado, he estado hospitalizada y me han operado más de una vez. He estado en coma durante meses, a pesar de que quisiera vivir plenamente mi vida. Por ese motivo lo he perdido todo, amistades, pasiones, costumbres. Mi vida se ha quedado vacía y yo no he podido hacer nada. Me he refugiado en la lectura y los libros que más me han gustado han sido precisamente los suyos. Usted me ha ayudado indirectamente. Al leer sus palabras, he encontrado una fuerza que no sabía que tuviera, pero lo que más me ha ayudado han sido los ánimos que da en las últimas páginas de *Cosas que nadie sabe*. En cualquier caso, sé que esta carta no se leerá jamás y que lo que he escrito son simples palabras arrojadas al viento, pero sentía que era mi deber darle las gracias por haberme salvado y por todo lo que ha conseguido hacer, aunque fuera desde lejos. Mi enfermedad, desgraciadamente, no ha acabado aquí y no sé cuánto tiempo estaré en este mundo, pero mientras quede un hálito de esperanza, quiero seguir viviendo de la mejor forma posible, no por los demás, porque también ellos pasarán, sino por todo lo que he soportado y soportaré, y para conseguir decir al final que ha merecido la pena sufrir porque la vida es el don más precioso que hemos recibido».

Querido Giacomo, en estas líneas oigo la paradoja de la juventud. La mismo que tú escuchaste en la vida de Silvia, cuando intentaba cruzar el umbral, alegre y pensativa, como cualquier otra joven:

Y tú cruzabas, alegre y pensativa,
el umbral de la juventud.

A Silvia todo le parece dulce y lleno de promesas, como a ti, Giacomo, cuando cantabas el infinito:

Te sentabas, dichosa
del bello porvenir que imaginabas.

La juventud es el infinito hecho carne, unos límites llenos de esperanza. Pero hay la misma cantidad de esperanza que de dolor, como en un amor no correspondido; que el destino sea también vocación es solo un deslumbramiento:

¡Qué suaves pensamientos,
qué esperanzas tan dulces, Silvia mía!
¡Cómo brillaba entonces
la vida y el destino!
Cuando tanta esperanza yo recuerdo,
me embarga un sentimiento
amargo, desolado,
y me vuelve a doler mi desventura.
Oh, naturaleza, naturaleza,
¿por qué no me devuelves todo aquello
que entonces prometiste? ¿Por qué tanto

engañas a tus hijos?

Todo exceso, toda ilusión de cara al futuro, ha sido traicionada: Silvia muere. La vida se revela una paradoja que hay que habitar, un infinito mortalmente herido, la traición de lo que debería haberla salvado y haberte salvado, vuestra propia juventud:

También pronto murió
mi esperanza tan dulce, y a mi vida
también negó el destino
la juventud. ¡Ay, cómo,
cómo has pasado, amada compañera
de mi edad primera,
mi llorada esperanza!
¿Es este el mismo mundo y son estas
las dichas, el amor, los mismos hechos
de que juntos hablamos con frecuencia?
¿Esta es la suerte de la humanidad?

Estamos ante uno de tus listados de preguntas implacables. Nadie usa las dudas como tú en las poesías, Giacomo, corazón inteligente. Te detienes en el umbral de la existencia con preguntas que te dejan, y dejan al que te lee, en suspenso.

Placeres, amor, trabajo, sucesos, escribes, son solo los engañosos confetis de un carnaval que apenas dura un día, el batir de alas de una mariposa, belleza frágil y efímera. Y la verdad de la muerte, el límite por excelencia, tanto físico como espiritual, revela qué es esa tensión juvenil hacia el infinito: solo un dedo que señala con avidez hacia la muerte. El dedo de Silvia querría tocar la eternidad, como el de Adán en la Capilla Sixtina querría tocar al Creador. Al otro lado, sin embargo, no hay ninguna eternidad, ningún Creador, solo la nada de la muerte, y el dedo se queda en suspenso hacia este límite absoluto:

Al llegar la certeza,
tú, mísera, caíste: y con la mano
la fría muerte y la desnuda tumba
señalabas de lejos.

La mano de Silvia que, al principio del poema, ha aparecido ocupada en coser la tela, real («*y la mano veloz / que, con fatiga, recorría la tela*») y metafórica, de la vida, mientras la joven cantaba, interrumpiendo tus estudios, ahora solo señala la frialdad de la muerte y de la lápida, ya desde lejos.

Estar es ser para la muerte. No hay ningún infinito, si sigues la línea trazada por el dedo vislumbras solo la lápida, anticipadamente. Ese dedo señalando el futuro no es una esperanza, sino un acto de acusación.

Y, sin embargo, hay algo nuevo, después de años de silencio. Algo que no está en la nada. Con Silvia tú vuelves a cantar,

transformando la tragedia en elegía, después de haber habitado un silencio poético colmado solo de prosa racionalista e irónica. Y proyectas en Silvia toda tu melancolía, toda tu fragilidad de superviviente del naufragio.

Se trataba de la hija de vuestro cochero: Teresa Fattorini. Una enfermedad le impidió respirar, un dolor que tú también conocías muy bien y para el que solo encontraste alivio en el periodo pisano, cuando compusiste estos versos. La devuelves a la vida para convertirla en una mártir, un testigo, con su dedo alzado hacia la tumba, sellando la nada. Tu dolor, que no tu pesimismo (los pesimistas no cantan jamás), se hace cósmico, oye el dolor del cosmos entero y se hace cargo de él, transformándose en cantos construidos como canciones con un esquema libre, que durante una época llamábamos «grandes idilios», pero que de idílico tienen poco. Son cantos de dolor abierto de par en par, que atestiguan el drama de la vida mientras muestran la nostalgia de la tensión hacia la plenitud. La naturaleza extinguió a Silvia, nombre de melancólica memoria poética, anagrama doloroso del «ascendías» o «subías» [*salivi* en italiano] de la edad juvenil, una subida hacia el abismo, no hacia el panorama deseado cuando el paso es todo él esperanza. La naturaleza intenta hacer lo mismo contigo, pero tú, yendo más allá de Silvia, arremetes contra la nada, frenándole el paso con tus nuevos cantos, extraídos del silencio.

Hay algo de positivo en este regreso al canto, precisamente cuando las tinieblas parecen haberse hecho más tupidas: la misma paradoja de la adolescente que había nacido prematuramente y que me escribió aquella carta, anclada a la vida con mucha más fuerza que quien ha salido del regazo materno en el momento indicado. Ahora, sin embargo, el naufragio del infinito es todo, menos dulce. «Amargo» es el adjetivo más apropiado, y lo usarás cada vez con más frecuencia cuando cantes en el futuro, que ya no será la búsqueda del infinito que hay tras los límites, sino llanto de fracaso. El límite no se puede sobrepasar. La fragilidad es una condena a muerte, al principio escondida, luego cada vez más evidente.

¿Sirve para algo seguir cantándole a la vida, Giacomo, aunque sea la señalética de la muerte? Si somos seres que señalan hacia la muerte, sobre todo cuando la vida es más plena en nosotros, ¿por qué seguir teniendo fe en ella?

Precipitarse en la noche

«Estaba asustado porque me encontraba en mitad de la nada, yo mismo era una nada. Me sentía como si me ahogase, pensando y sintiendo que la nada es el todo: una nada sólida».

Zibaldone, 1819-1820

Querido Giacomo:

La vida, con frecuencia, sabe ser cruel de una forma quirúrgica, precisa hasta el sadismo. Parece como si quisiera volver a apropiarse de los dones más preciosos que nos ha concedido. A ti, de forma lenta pero inexorable, te pidió que le devolvieras la vista, a causa de una oftalmia que, durante periodos cada vez más largos, te impedía hacer lo único que aliviaba tus sufrimientos físicos y psíquicos y te permitía ganarte la vida para poder vivir fuera de Recanati, sin depender de tus padres: leer y escribir. Al igual que Beethoven fue privado gradualmente del oído, a ti se te pidió el don de la vista, hasta llevarte a odiar la luz, por el dolor que te producía: «Y para qué hablar del estado de mi vista: me he convertido en un búho, odio y rehúyo el día» (carta a Pietro Giordani, 13 de julio de 1821).

La primera crisis grave de la vista, tan aguda que temiste quedarte ciego, coincidió con el fracaso de tu huida y fue el origen de la crisis espiritual que te arrojó a una noche interior a la que te referirás como tu «conversión filosófica». Abandonas toda esperanza de dedicarte a la búsqueda de la verdad ante la fuerza de los hechos: ya no huyes más allá del seto, sino que estudias el seto y su estar allí como obstáculo insalvable. Eliminado el corazón, la razón se precipita en el racionalismo.

Has dejado de creer en Dios porque le haces culpable de todo tu dolor. Una condena que es una burla cruel: primero, el Creador llama al hombre a la vida; luego le niega la felicidad. Quizá haya belleza en las cosas, pero no en la vida humana.

> *Estoy tan aturdido ante la nada que me rodea que no sé ni cómo tengo fuerzas para coger la pluma […], no veo ya diferencia entre la muerte y esta vida, en la que ya no acude a consolarme ni siquiera el dolor. Esta es la primera vez en la que el aburrimiento no solo me oprime y agota, sino que me apesadumbra y lacera como un dolor gravísimo; y estoy tan aterrado ante la vanidad de todas las cosas y de la condición humana, una vez muertas todas las pasiones, como se han apagado en mi alma, que salgo de mis casillas, considerando que es una nada también mi desesperación.* (Carta a Pietro Giordani, 19 de noviembre de 1819).

La noche se impone también interiormente. No «sale uno de sus casillas» para encontrarse a sí mismo, sino para perderse del todo. Y, sin embargo, esta salida es la consecuencia directa del

arrebatamiento, que no ha encontrado terreno sobre el que hacerse realidad, o al menos eso parece. Pero esta caída es necesaria, justo eso es la madurez.

No queda sino abandonarse a la desesperación, Giacomo, no queda sino abrazar la noche: la de la vista y la del espíritu. Unas violentísimas migrañas te obligaban a acostarte al alba y levantarte al atardecer para evitar la luz del sol. Aumentan las páginas del *Zibaldone* y crece la prosa racionalista de los *Opúsculos morales*. De las esperanzas quedan solo los recuerdos del pasado, para subrayar que fueron un engaño. Silvia, el regreso al canto después del silencio, ha sido, en realidad, un regreso al pasado para desenmascararlo de sus ilusiones. Ahora el aburrimiento invade el alma.

Este aburrimiento, que puede atacarnos cuando trabajamos y también cuando estamos de vacaciones, no es el opuesto a la diversión, sino el vacío de sentido. Tú dirías el vacío de los sentidos, que no encuentran placer suficiente para ser satisfechos. No es el aburrimiento que podemos sentir leyendo un libro, viendo una película o cuando hacemos algo monótono y repetitivo, es un tedio que afecta al ser y que lo arroja por entero a una oscuridad indiferenciada: nos volvemos indiferentes ante todo.

En estas situaciones nos creemos, ilusoriamente, que la diversión puede curar el vacío, situado, sin embargo, a unas profundidades a las que la diversión, capaz de alimentar solo la periferia de nuestro yo, no consigue llegar. La diversión di-vierte, des-centra, aleja, cuando lo necesario sería, en cambio, con-verger, con-centrarse, conducir al centro y partir desde él. La vida solo se puede atrapar a partir del recogimiento. La diversión, entendida como evasión, se puede alimentar y repetir a ultranza, pero el vacío sigue ahí, es más, la diversión se convierte en el modo de no sentirlo, como en el caso de quien tiene la radio y la televisión encendidas como ruido de fondo, aunque no las escuche, porque le da demasiado miedo el silencio y la verdad que comporta.

En tu tierra he aprendido algo del silencio exterior. Recuerdo la primera vez que fui a Recanati; en una cálida noche de verano, a la luz de la luna, me senté en mitad del campo, mirando hacia el mar y escuchando, en el silencio, cómo el viento sereno hacía ondear las mieses. Parecía todo tan sencillo y tan claro, todo tan evidente, que hacía falta decirle al mundo entero que la belleza existe. Solo el ruido de algún coche, en la lejanía, interrumpía el idilio. Tú captabas todos aquellos sonidos, incluso los más débiles: el silbido del campesino que regresaba a casa, el rumor de las ramas de una

estación viva, el cloqueo repetitivo de una gallina en la era. Ese día entendí que solo el silencio permite al hombre superar el tiempo en el que vive. Tú, cantando, me has enseñado a considerar el silencio como una exploración de las posibilidades. También por esto no dejo nunca de leerte, para escucharte como si fueras un amigo mío: cuando hay demasiado ruido en mi vida regreso a aquella noche en Recanati y a la dimensión nocturna de toda vida, esa que se dispone al silencio, al reposo, a la lectura, a la oración, al amor. Nadie conoce su propia profundidad si no desciende, uno tras uno, los escalones del silencio para encontrarse cara a cara consigo mismo, sin máscaras, sin fingimientos ni mentiras, allí donde anida la verdad más pura.

Pero no hay que despreciar la diversión, Giacomo, si se nos aparece como solución o como cura. ¿Qué puede enseñarnos? ¿Qué dirección nos indica?

Divertirse significa ocuparse de algo *diverso*, entretenerse con algo distinto de lo que ha ocupado nuestra atención hasta ese momento. Abandonar el «siempre lo mismo» para interesarse por lo «nuevo». ¿Pero qué es la novedad? Hoy la novedad no es sino lo más reciente: el nuevo modelo, la nueva tienda, el nuevo local, el nuevo juego, el nuevo disco… Pero quien busca la novedad en lo más reciente con frecuencia se engaña.

El aburrimiento es la falta de novedad. Lo nuevo no se opone a lo «viejo», como tú muy bien sabías, Giacomo, sino al «siempre lo mismo» y es realmente nuevo no porque ocurra *después*, sino porque es *más* y *mejor*, en razón de su profundidad. Lo «más reciente» se queda viejo apenas lo poseo, mientras que nuevo es aquello que se renueva continuamente, por una intrínseca fuerza propia: como los anillos de un árbol, que se forman en cada ciclo estacional alrededor de su centro vital. Viejo, en cambio, es aquello que ya no puede dar nada más de sí mismo porque está agotado. Una sonata de Beethoven, un cuadro de Cézanne, un canto de Dante son más nuevos que una «canción del verano» (que solo dura hasta que se acaba la estación) porque siempre dan más de sí mismos. La novedad no debe ser, a la fuerza, distinta, puede ser lo mismo sin por ello ser «igual». Cuando un corazón le dice a otro «siempre te amaré», ¿qué otra cosa le está diciendo sino que siempre conseguirá encontrar la novedad en la misma persona, el infinito en lo finito? Dependerá de la capacidad de detenerse, de tener paciencia, de alcanzar un estrato ulterior de profundidad, propia y ajena. Lo nuevo es capaz de recordarnos nuestra novedad cuando nos sentimos mayores e inútiles, un trasto viejo que habría que tirar

porque ya no sirve para nada.

Por ejemplo, hoy se dice que el colegio es aburrido, y es cierto, pero se equivocan al pensar que por eso debería convertirse en algo divertido, en el sentido superficial del que hemos hablado arriba. Debería convertirse, en cambio, en algo interesante, es decir, realmente nuevo: capaz de despertar el asombro y, por lo tanto, de activar buscadores de infinito, de mantener encendido el fuego de las posibilidades.

¿Pero existe en el mundo algo que sea perennemente nuevo? Ni siquiera tú crees ya en ello, Giacomo. La vida, en ese caso, es una triste condena. Es el momento del desencanto, la época que, en la escuela, de forma excesivamente apresurada, definimos como tu vuelco hacia el pesimismo cósmico. Has comprendido que no son la Historia y sus precarias condiciones las que impiden la felicidad, no se trata de recuperar algo que hemos perdido por el camino. La infelicidad es el estado constitutivo de las cosas. La naturaleza obliga al hombre a hacerse ilusiones, pero luego no le da los medios necesarios para alcanzar esa felicidad. Le da la sed, pero no una boca con la que beber, una fuente de la que sacar agua o un cubo con el que subirla desde el pozo.

¿Qué podemos hacer con ese ardor que genera sed si es solo una cruel condena? ¿Por qué creerse superior al pez de colores que dentro de su pecera de cristal ve el mar? ¿De qué sirve tener consciencia del futuro y no solo de un eterno presente? ¿Para qué tener todo ese futuro en el corazón si ese mismo futuro se volverá luego contra nosotros, haciéndonos caer de una forma todavía más estrepitosa?

> *El joven que, al entrar en la vida, se encuentra, por cualquier motivo, forma o circunstancia, rechazado por el mundo […], el joven, digo, que, o bien por su familia, como ocurre con frecuencia, o bien por algo exterior, se encuentra rechazado y excluido de la vida […], si estos obstáculos le resultan más fuertes de lo habitual y lo ordinario, a causa de unas no ordinarias sensibilidad, imaginación, susceptibilidad, delicadeza de espíritu y de carácter, vida interior, y de una extraordinaria ternura hacia sí mismo, de un mayor deseo y necesidad de felicidad y de goce […], un joven así transporta y dirige, con frecuencia, todo su ardor y fuerza moral y física, ya sea la normal a su edad, ya la suya propia específica, o una y otra juntas, toda esa fuerza, digo, y todo ese ardor que lo empujaban hacia la felicidad, la acción, la vida, él los dirige a procurarse la infelicidad, la inactividad, la muerte moral.* (*Zibaldone*, 5 de noviembre de 1823).

Hablabas de ti, Giacomo, lo sé, pero también lo hacías de otros muchos que consideran su originalidad como una culpa. El mundo quiere que sean normales, es decir, mediocres, hasta hacerles creer que el ser únicos está equivocado. Y, por un miedo excesivo a que su arrebatamiento no se realice y para no sufrir aún más, rehúyen

esa resistencia a la vida que les provoca un morir continuo, negándose la posibilidad de transformarla en fecunda llamada de la realidad. Pero una semilla germina precisamente gracias al humus —es algo que se aprende en primaria—, es decir, gracias al amasijo de cosas muertas que vuelve fértil la tierra. Si no se acepta esta mortalidad fecunda, se paraliza la vivacidad del arrebatamiento. El ardor se transforma en hielo:

> *Él se vuelve un misántropo de sí mismo y su mayor enemigo […], emplea toda su vida moral en abrazar, soportar y mantener constantemente su muerte moral, todo su ardor en helarse, toda su inquietud en sostener la monotonía y la uniformidad de la vida, toda su constancia en elegir el sufrimiento, querer sufrir, volver a sufrir, toda su juventud en envejecerse el ánimo […]. Como todo esto es un efecto de su ardor y de su fuerza natural, él va mucho más allá de lo necesario: si el mundo, a causa de sus defectos físicos o morales, o de sus circunstancias, le niega una parte de placer, él se quita el décuplo.*

El ardor no se destruye, porque no puede ser destruido aquello que es propio de la vida, pero se emplea solo en la destrucción. Los dos caminos que se abren en la madurez son: crear y destruir. Destruir es el acto creativo de quien ha perdido las esperanzas en su originalidad, en la belleza que ha venido a traer al mundo, en la novedad que es para sí mismo y para los demás. Se puede dedicar a destruir con el mismo ímpetu y pasión que a crear.

Recuerdo la página, dedicada a mí, del diario de una chica que murió a causa de la anorexia, en el que se auguraba, comentando una frase «Blanca como la leche, roja como la sangre», que un día alguien haría que vistiera el bellísimo traje para el que había sido hecho su cuerpo y que ella, en vida, no había sido capaz de reconocer y usar. Cuando leí aquellas líneas, que la madre copió para mí tras su muerte, lloré por cómo nos engaña la vida, que, como ese vestido, nunca se adapta a nuestros deseos de felicidad.

Ayúdame, Giacomo, a asomarme con un poco menos de miedo a esta vorágine que causa el corazón mismo y que no sabe cómo satisfacer, precipitándonos en el aburrimiento. El aburrimiento del que hablas se ha convertido en el mal de nuestro tiempo, la fragilidad sin máscaras, la falta de sentimiento de la vida, que llamamos depresión: ausencia de sentido, la muerte que se descuenta viviendo. Tú buscaste refugio en cambiar de casa y de ciudad, pero, con frecuencia, los viajes posteriores a tu intento de fuga solo empeoraron tu desasosiego, en vez de aliviarlo. No bastaba con viajar. Son momentos oscuros, en los que el canto se interrumpe porque para escribir poesías es necesario creer en la poesía de la vida y, para volver a hacerlo, es preciso, primero, integrar ese silencio y hacerlo propio: madurar, es decir, morir. Y prepararse para cantar una vez más, desde regiones aún más

profundas, aquellas que están más allá de la noche, con nuevas formas, para dar luz y orden al caos de la noche, al terror de la noche del corazón.

La muerte siempre va a la moda

«Mis planes exigirían tener varias vidas, pero no tendré, probablemente, ni siquiera una».

Carta a Pietro Giordani, 5 de enero de 1821

Querido Giacomo:

Cada vez que uno de mis alumnos se perfora una parte de su cuerpo para ponerse un *piercing* o deja que le dibujen con una aguja un tatuaje sobre la piel, porque está de moda, le digo lo que pensabas tú de que alguien acepte, alegremente, perforarse el cuerpo para ser «más visible» o «relatarse» mejor.

Aunque te presente como el mayor poeta moderno, en realidad eres un clásico. Moda y moderno tienen la misma raíz, y tú no seguías la moda. *Modernus* (del adverbio latino *modo*, «hace poco», y *-ernus*, que indica pertenencia a algo) quiere decir perteneciente a lo reciente, y tú habías entendido que el gran malestar en el que se había instalado la modernidad, cortando los puentes con el pasado, obedecía a que estaba sometida al culto de lo reciente y, por lo tanto, de lo caduco.

Quien es solo reciente no tiene historia y, por lo tanto, destino: como una semilla que se ha abierto en un terreno sin la suficiente profundidad como para echar raíces. El joven tiene que ser antiguo porque para poder ser original tiene que ser originario. Pero lo reciente hace todo lo posible para hacerlo suyo, con un rostro mucho más atractivo que el de la Dama Negra, la Muerte: el rostro de su hermana menor, una dama multicolor, ligera y elegante, la Moda.

Tú intuiste ya ese oculto parentesco y fuiste el primero en decir que la Moda y la Muerte son hermanas. Se lo revelaste incluso a la Muerte, que no lo sabía:

> MODA: *Yo soy la Moda, tu hermana.*
> MUERTE: *¿Mi hermana?*
> MODA: *Sí, ¿no recuerdas que las dos hemos nacido de la Caducidad?*
> («Diálogo entre la Moda y la Muerte», *Opúsculos morales*).

La Muerte se resiste a creerlo, pero la Moda le demuestra que su conducta persigue conseguir que los hombres vivan muriendo, que se confunda lo «nuevo» con lo «menos viejo», que tiene la apariencia de ser inmortal cuando, en realidad, es solo reciente:

> MODA: *Somos hermanas, así que podemos tratarnos con confianza; te hablaré con franqueza. Las dos tenemos la misma naturaleza y una misma costumbre, renovar continuamente el mundo. Tú, sin embargo, te concentraste desde un principio en las personas y en la sangre. Yo me limito a las barbas, el pelo, la ropa, el mobiliario, los edificios y cosas así. Bien es cierto que yo no he dejado ni dejo de hacer cosas muy parecidas a las que tú haces, como perforar orejas, labios, narices, destrozándolos con los microbios que introduzco por los agujeros;*

quemarles la piel a los hombres con sellos al rojo vivo que yo hago que se tatúen por motivos estéticos; deformar la cabeza de recién nacidos, fajándolas o por otros medios; consiguiendo que sea una costumbre, entre los varones del lugar, adornarse la cabeza para que parezca una imagen, como he hecho en América y Asia; provocar cojeras con calzado demasiado fino; cortar la respiración y hacer que los ojos se salgan de sus órbitas con corsés muy apretados; y cien cosas más de este tipo. Es más, hablando en términos generales, yo persuado y obligo a todos los hombres amables y educados a que soporten a diario miles de molestias y, con frecuencia, miles de dolores y desgarros, incluso a que, a veces, mueran gloriosamente, por el amor que sienten hacia mí.

Pese a los motivos aducidos, la Muerte sigue mostrándose escéptica y la Moda le da el golpe de gracia, demostrándole que, gracias a ella, ha sido eliminado ese estúpido residuo de resistencia a la Muerte que había en los hombres, la búsqueda de la inmortalidad, entregándose así totalmente a la Dama Negra ya en vida. Gracias a la Moda el hombre ahora está totalmente abocado, sin él saberlo, a las fauces de la Muerte:

MODA: *[…] Además, he instalado en el mundo leyes y costumbres tales que la vida misma, tanto física como psíquica, está más muerta que viva, hasta tal punto que este siglo puede en verdad definirse como el siglo de la muerte […]. He acabado con la costumbre de buscar la inmortalidad y, también, con la de concederla, incluso cuando alguien pueda merecerla. Así, en el momento presente, todo aquel que muera puede hacerlo con la seguridad de que no quedará viva ni una sola brizna de sí mismo y de que lo que le conviene es irse bajo tierra totalmente, como un pececillo al que se engulle entero, de un bocado, con la cabeza y las espinas.*

La Muerte está de acuerdo con las argumentaciones de la Moda y se da cuenta de que su alianza es ya un hecho consumado: todas las cosas que hacen sentirse original al hombre no son sino abocamientos a la Muerte. Cuando leo en clase tus palabras acerca de lo de perforarse las orejas y hacerse tatuajes, algunos de mis alumnos me miran mal (también hoy te tildarían de gafe y misántropo) porque, de pronto, lo que acaban de hacer tampoco es que sea una gran novedad. Pero esa es precisamente la cuestión: apagar la búsqueda de la inmortalidad que anida en el corazón del hombre, consiguiendo que se conforme con sucedáneos de originalidad y que se extinga su deseo de elevarse.

Este es el riesgo que se corre cuando fracasan los arrebatamientos, cuando no se cumplen las esperanzas de los jóvenes: se retrocede hasta unos límites estrictamente mortales, a estar hechos solo para la muerte, conformándose con las nimiedades de la moda para curar las heridas de tu propia mortalidad.

Una vez un adolescente me escribió estas líneas: «Quiero felicitarte por tus libros, que hablan de la adolescencia como es realmente, sin ocultar sus virtudes ni sus defectos. Solo quiero hacerte una pregunta estúpida y banal, propia de un chico de

quince años: ¿ERES FELIZ?

»Por último, quiero hablarte de un problema que, a los ojos de los demás, no es tal, pero que para mí sí lo es. Procedo de una familia a la que no le ha afectado para nada la crisis y tengo unos padres (separados) cuyos respectivos trabajos les ocupan la casi totalidad de su tiempo, pero el problema no es este. Tengo muchísimos objetos: un iPhone de última generación, moto, toda la ropa de marca que quiero… Me compran todo lo que se me antoja. Sé que estarás pensando que soy un loco desagradecido, pero no me basta con todo lo que tengo. Veo, muchas veces, que mis compañeros de clase, a la salida del colegio, van a la oficina de su padre para comerse un bocadillo con él; o que las chicas pasan el domingo con sus madres, yendo de compras a centros comerciales; me pregunto para qué sirve trabajar tantas horas si al final no te queda nada concreto.

»Preferiría tener que ir yo también en metro, o que mi móvil se cayera a trozos, a cambio de ir de vez en cuando a tomarme un helado con mi padre y hablar con él de política, de fútbol, del colegio y del trabajo. O que mi madre viniese de vez en cuando a verme jugar al fútbol los domingos, como hacen todas las otras madres. Ellos están tan volcados en su trabajo y en ganar dinero que ni siquiera se dan cuenta de cuánto me duele la situación.

»Sé lo que estarás pensando, lo mismo que piensan todos mis compañeros y mis amigos, que Dios le da pan al que no tiene dientes y que soy muy afortunado, pero ten por seguro que no hay nada peor que afrontar la adolescencia sin la presencia de los padres.

»P. D.: Sé que recibirás miles de correos al día, pero me encantaría que me contestases a la pregunta que te he hecho arriba».

Le contesté que era feliz porque en el curso de los años, a pesar de los tropiezos y los fracasos, había permanecido fiel a mi vocación y que percibía mi vida como sensata, plena, rica, pese a mis límites y mis fragilidades. Luego le sugerí que les dijera a sus padres lo mismo que me había contado a mí, puede que escribiéndoles una carta. El resultado fue el siguiente: «¡Gracias por haberme contestado! He intentado hablar con ellos y explicarles cuáles son los valores realmente importantes de la vida, pero me han mirado como se mira a un crío mimado. Sabes, a veces me parece absurdo también a mí, pero he llegado a meterme en líos aposta solo para que me castigaran (algo que jamás ha ocurrido) y emplearan parte de su tiempo en pensar en mí. Me siento desilusionado porque todo

lo que me gustaría que me hubiesen enseñado es lo que me gustaría a mí enseñar en el futuro, ¡ya no los reconozco ejerciendo el papel de padres! ¡Soy huérfano, aunque mis padres sigan existiendo físicamente! ¡Lo único que he aprendido es que todos los objetos del mundo no son nada comparados con una mirada o un abrazo y que eso será lo primero que les enseñe a mis hijos! ¡Gracias de nuevo!».

Este chico se sentía privado de su deseo de elevación, aun estando ahíto de objetos a la última moda con los que podía vivir cómoda y tranquilamente, sin tener que ocuparse de ese dolor en el centro del pecho que convierte a todos los hombres en una mortalidad herida. Podría haberse conformado con una infinitud tamaño bolsillo, repetible y reproducible, como tendemos a hacer todos la mayoría de las veces, en vez de buscar la infinitud misma. Nos conformamos con la continua repetición de experiencias y emociones que, a la larga, aburren o empujan a la búsqueda de sensaciones cada vez más fuertes, hasta llegar a la más fuerte de todas, la autodestrucción. Y, sin embargo, este chico, precisamente a partir de su enésimo fracaso, ha extraído la lección que enseñará a sus hijos: su herida se ha transformado en futuro, en vida.

Tú, Giacomo, lo habías previsto (el poeta auténtico siempre es también un profeta: abre los ojos a sus contemporáneos, es decir, a todos aquellos que le leen): si se apaga el corazón, aún vivo y abierto, del joven, la sociedad se destruye, creándose individuos aislados que se miran con sospecha los unos a los otros. Ese es el connubio con el que querías acabar, ya desde su mismo nacimiento: la alianza, más que fraternal, entre la Moda y la Muerte.

Giacomo, actualmente, la muerte que va a la moda creo que puede ocultarse en la tecnología, que nos empuja a prescindir de la paciencia de las estaciones: todo tiene que estar siempre vivo y en el acto, a la vista, disponible inmediatamente con solo pulsar un botón. Ya no queda tiempo para el tiempo: la crisálida, el embrión, la semilla son realidades, todas ellas, que emplean demasiado tiempo y demasiado esfuerzo en convertirse en fruto. Lo queremos todo ya y para siempre. Cubrimos nuestra fragilidad con una coraza tecnológica que nos permita no notarla.

Es mejor, más que aprender el arte de ser frágiles, ir a la moda, es decir, ir a la muerte.

La infidelidad a sí mismos o la infelicidad

«*El arte de ser infelices*. El de ser felices ya se ha quedado rancio; lo enseñan miles, lo conocen todos, lo ejercen poquísimos, y nadie lo hace consiguiendo resultado alguno».

Título de una obra que Leopardi quería escribir.
Citado en *Esbozos literarios*

Querido Giacomo:

No conocernos a nosotros mismos conduce a que nos seamos infieles a nosotros mismos. Esta infidelidad puede seguir dos caminos, uno menos ruidoso que el otro, pero los dos igualmente desesperados.

El primer camino, del que ya te he hablado en otras cartas, consiste en huir de uno mismo, en escoger salidas ilusorias pero protectoras, viajar sin parar, buscar fuera lo que no se tiene el valor de encontrar dentro. Por falta de una destinación, nos sometemos a guiones inadecuados, a las máscaras, a la moda, a la fama. Se visten trajes que no son los nuestros y cuando queremos cambiarlos ya es demasiado tarde para imprimirle a la vida un nuevo rumbo, algo que en tu época ocurría con frecuencia:

> *Pertenecen a este discurso […] gran parte de los monjíos, etc., de jóvenes, y la elección […] de retirarse de la sociedad, etc., hecha al principio de la juventud, sobre todo por personas vivas y sensibles, etc., y que luego hay que mantener por la costumbre, por el «qué dirán» […], por el pánico a la opinión ajena, al ridículo, etc., que suele acompañar todo lo que sea extraordinario, la novedad, el comenzar, el cambiar de intención y de vida […] a una edad no conveniente, que no es ya la habitual para comenzar algo.* (*Zibaldone*, 5 de noviembre de 1823).

El segundo camino es dirigir ese ardor a destruir, en vez de a construir, como el niño que para comprender el misterio de por qué se mueve un juguete lo rompe y lo vuelve inservible:

> *Los jóvenes son mucho más odiosos y dañinos que los viejos porque, en ellos, a la entera disposición y la decidida voluntad de hacer el mal se añade el poder y la facultad para hacerlo; y el ardor juvenil y la fuerza y el ímpetu y la flor de las pasiones que, antaño, conducían al hombre al bien, ahora, conduciéndolo directa y plena y decididamente al mal, vuelve a los individuos tanto más malos, perniciosos y odiosos cuanto mayor es su ardor.* (*Zibaldone*, 25 de septiembre de 1823).

En una visita a la cárcel de San Vittore conocí a un joven que quiso contarme de tú a tú por qué había acabado allí: había sido abandonado por su padre cuando aún era un niño y, a los quince años, tras la muerte de su madre, lleno de rabia hacia la vida, empezó a cometer pequeños hurtos; al poco tiempo ya estaba atracando bancos. Su fuerza y ardor eran implacables y eficaces: se sentía, por fin, capaz de tener el control de la vida y todos sus

coetáneos lo admiraban, pero, al mismo tiempo, destruía la vida de los demás. Cuando fue arrestado, todos sus «admiradores» y «amigos» lo abandonaron y se encontró de nuevo a solas con su nada.

A estos dos posibles itinerarios de la infidelidad a sí mismos, la inautenticidad o la destrucción, se opone solo una tercera vía, la única que puede tomarse en el trivio en el que se sitúa inevitablemente la vida: la vía de la fidelidad al corazón, que se rebela ante las dos primeras porque siente el profundo hastío de un destino inadecuado y lleno de carencias.

Recuerdo, hablando de esto, a un chico de catorce años que se había matriculado en un instituto técnico por tradición familiar, porque eso era lo que habían hecho antes todos sus parientes y no veía otro horizonte de futuro. Al final de un encuentro mantenido en el colegio, vino a hablar conmigo y me pidió —todavía me sonrío al recordarlo— que fuera su mentor (les había hablado del pasaje de la *Odisea* en el que Méntor ayuda a Telémaco cuando parte de viaje en busca de su padre). Siempre había querido estudiar el bachillerato de Clásicas y ser actor, pero no se atrevía a decírselo a sus amigos y familiares, así que se había resignado a hacer una elección más segura. Pese a ello, sentía que estaba perdiendo algo demasiado importante, una resistencia interior que no le concedía un segundo de paz. Se armó de valor y el siguiente verano empezó a estudiar las asignaturas más difíciles, aprendió él solo latín y griego. Me escribió que le habían admitido para cursar el segundo año del bachillerato de Clásicas: se sentía feliz y orgulloso por haber demostrado, a sí mismo y al mundo, de lo que era capaz. Nada detiene el ardor de la juventud cuando el joven está «fuera de sí» por un arrebatamiento auténtico y cuando un guía pone a prueba esa vocación y le anima para que no le dé miedo ponerse en marcha.

Háblame, Giacomo, de cómo escuchar la inquietud del corazón sin ahogarlo en el pecho por un exceso de miedo ante la verdadera llamada de la vida. Escríbeme, ¿cómo se puede no poner una coraza alrededor del corazón por miedo a que la vida nos engañe, o después de que la vida nos haya engañado? ¿Qué es mejor, sobrevivir tranquilamente o vivir con inquietud? ¿Qué es mejor, morir para vivir o vivir para morir?

Solo el amor nos perdona por ser como somos y puede que esto no sea una buena noticia

«El conocimiento y el dominio de sí mismos suele venir o de las necesidades o infortunios, o de alguna gran pasión, es decir, de una pasión fuerte como suele ser, en la mayoría de los casos, el amor».

Pensamientos, LXXXII

Querido Giacomo:

Hace unos días, me dirigía en tren a una charla con unos adolescentes sobre mi última novela. Iba pensando en lo que les diría. En una de las estaciones el tren estuvo detenido más tiempo de lo previsto y esa parada me permitió salir durante unos instantes de mis pensamientos y de mis notas. Levanté la vista y vi un muro de seguridad en el que alguien, probablemente de noche, había hecho una pintada, en azul, en letras mayúsculas: «Y después he visto sus ojos».

En ese instante supe de qué iba a hablar. Esas comillas abriendo un diálogo en la página en blanco de la vida: la necesidad de hablar con la persona a la que pertenecían esos ojos. Y luego la conjunción «y», indicando que el flujo de la vida anterior se estaba desarrollando de forma anónima y sin sobresaltos cuando, de repente, aparecieron unos ojos para mirarle precisamente a él, precisamente a ella. Por fin, la vida adquiría sentido y era necesario ese «después», antes del que todo era informe o uniforme, es decir, no tenía forma o tenía una sola, siempre la misma. Esos ojos que, [escogiéndonos] entre millones, se posan sobre nosotros y solo sobre nosotros, como diciéndonos «elijo mirarte a ti, entre millones», nos sacan del anonimato, de la tierra de los equivocados y de los invisibles, añadiendo la dimensión de la profundidad a nuestra vida porque nos llegan allí donde nos originamos. Esa mirada nos perdona por ser como somos, nos permite bajar las defensas para dejarnos amar, nos revela que estamos bien así, con nuestras carencias y nuestras fragilidades. Y lo primero que le contaremos a esos ojos, de tú a tú, no será, seguro, qué guapos y qué buenos somos, nuestros éxitos, sino, precisamente, qué pequeños y qué frágiles somos porque por fin hemos encontrado a alguien capaz de mirar nuestra desnudez sin hacernos sentir desnudos, al revés, haciéndonos sentir vestidos de nosotros mismos. Esa mirada nos ayuda a ponernos la vida, nuestra vida, como si fuera el más hermoso de los vestidos, a superarnos y alcanzar

nuestra altura y nuestra belleza, igual que la mirada del jardinero permite a la semilla de la rosa convertirse en flor. El que la encuentra descubre qué es la misericordia, qué son el perdón, la madurez. El niño se re-conoce en los ojos de su madre y de su padre, la amada en los ojos del amado y viceversa. Sin esos ojos no se puede crecer desde las raíces, no se puede ser desde el subsuelo frío y sucio. Y no se puede ser después estambre, hojas, flor, fruto. Por eso el amor es una verdadera experiencia de salvación: «Yo no necesito reconocimiento, ni gloria, ni otras cosas similares. Pero necesito amor» (carta a Antonietta Tommasini, 5 de julio de 1828).

Siempre he soñado y deseado unos ojos así para mí, Giacomo, y, gracias a Dios, los he encontrado. Y cuando los encuentras y ya no te pueden ser arrebatados, la felicidad, siempre dentro de los límites de esta vida, se vuelve algo real. Cuando alguien ama y es amado, se enciende todo su ser; «¡está enamorada!, ¡está enamorado!», pienso cada vez que noto una nueva e inesperada ligereza en los gestos de mis alumnos. Solo esos ojos hacen que el destino sea habitable y lo transforman en destinación, le confieren una sensación de fuerza a la vida, que no es, quizá, toda la felicidad que desearía el corazón humano, pero es alimento suficiente para soportar todo lo que siempre nos falta:

> *Por fin la vida, a sus ojos, tiene un aspecto nuevo, ha pasado de ser una cosa oída, a una cosa vista, de ser imaginada a ser real; y él se siente en medio de la vida, puede que no más feliz, pero sí más poderoso que antes.* (*Pensamientos,* LXXXII).

Tú también habías buscado esos ojos a lo largo de tu vida. Dos veces, y ninguna de las dos tu amor fue correspondido. Y justo entonces, cuando la vida parecía haberte arrebatado toda ilusión, se renovó el último y el más importante de los deseos: el amor. Justo cuando tu corazón se estaba apagando y volviendo árido, el tercer par de ojos que se posó sobre ti te dio la esperanza de encontrar una casa para tu fragilidad. Era el año 1830, el mismo en el que estrechaste tu amistad con Antonio Ranieri, al que habías conocido tres años antes.

Son los ojos de Fanny Targioni Tozzetti, noble dama florentina, sensible y brillante, más atraída por lo que hacías y por las ilustres amistades que ello te granjeaba que por quien eras. Una mirada vivaz y una dulce sonrisa hicieron el resto. En ella viste a alguien capaz de triunfar sobre la melancolía. Pero el amor fue solo deseo tuyo, para ella solo se trató de una conversación agradable, una amistad entre intelectuales, con un punto, o puede que más de un punto, de coquetería. No te resultó fácil, Giacomo, aceptar esta última esperanza destruida, y el melancólico despertar después del

espejismo de la felicidad:

> *Pero yo hago mal en escribiros esto a vos, que sois hermosa, y a quien la naturaleza ha favorecido para resplandecer en la vida y triunfar sobre el destino humano. Sé que vos también estáis inclinada hacia la melancolía, como lo están y lo estarán siempre las almas delicadas y de ingenio. Pero, con toda sinceridad, y a pesar de mi filosofía negra y desesperada, creo que a vos no os conviene la melancolía, es decir, que aunque sea natural, no es del todo razonable. Al menos, me gustaría que así fuese […]. Adiós, querida Fanny.* (Carta a Fanny Targioni Tozzetti, 5 de diciembre de 1831).

Ya habías escrito en *Historia de un alma*, con tu habitual precisión al tratar los asuntos del corazón, acerca de una amistad mantenida hacía casi un lustro, que tú viviste, casi, como el amanecer del amor. En la condesa Teresa Carniani Malvezzi encontraste, por primera vez, a una mujer con la que podías hablar desde el fondo de tu arrebatamiento y ser entendido:

> *Cuando la conocí, viví los primeros días en una especie de delirio febril. No hablamos nunca de amor, salvo en broma, pero vivimos una amistad tierna y sensible, con mutuo interés, y un abandono que es como un amor sin inquietud. Me tiene en altísima estima; si le leo algo de lo que he escrito, con frecuencia llora de corazón, sin afectación alguna; los elogios de los demás no tienen para mí importancia alguna, los suyos se me convierten en sangre y se quedan todos en mi alma. Le gustan la literatura y la filosofía y entiende mucho del tema; nunca nos faltan temas sobre los que conversar, y casi todas las noches estoy con ella desde el avemaría hasta medianoche pasada, y me parece que ha sido un instante. Nos contamos todos nuestros secretos, nos reprendemos, nos señalamos nuestros defectos. En suma, esta amistad forma y formará una época bien marcada de mi vida porque me ha desengañado del desengaño, me ha convencido de que en el mundo existen, de verdad, placeres que yo creía imposibles y de que yo soy aún capaz de ilusiones estables, pese a lo que pienso sobre ello y a la costumbre contraria, tan radicada; y ha resucitado mi corazón, después de un sueño, mejor dicho, de una muerte completa que ha durado muchos años.* (Carta a Carlo Leopardi, 30 de mayo de 1826).

Esta forma de amor, que despierta a todo el ser y le permite mirarse y abrazarse como destino necesario, se vuelve a presentar ante tu alma muerta transcurridos unos años, con Fanny, como una nueva llamada, como un nuevo arrebatamiento y, por esto mismo, como la más terrible de las desilusiones. Nada nos hace morir tanto en vida, Giacomo, como un amor no correspondido porque nos confirma que esos ojos, que hemos buscado para habitar nuestra fragilidad, no existen. Nuestra desnudez no merece ninguna misericordia, nos vemos arrojados de nuevo a la tierra de los invisibles, de los equivocados, de los solos. Con el derrumbe definitivo de la esperanza en el amor, se derrumbó también en ti cualquier otra ambición humana, cualquier otra ilusión y esperanza que pueda consolar el corazón y mitigar su destierro. La existencia, sin amor, no es sino una ridiculez, una tragedia absurda:

> *No creo que os esperéis nuevas noticias mías. Sabed que yo abomino de la*

política porque creo, mejor dicho, veo que los individuos son infelices bajo cualquier forma de gobierno; culpa de la naturaleza que ha creado a los hombres para la infelicidad; y me río de la felicidad de las masas *porque mi pequeño cerebro no concibe una* masa *feliz compuesta de individuos no felices. Tampoco podría daros noticias literarias porque, confieso, sospecho que se me van a olvidar hasta las primeras letras a fuerza de no leer y no escribir. Mis amigos se escandalizan; ellos llevan razón cuando buscan la gloria y cómo beneficiar a la humanidad; pero yo, que no tengo la presunción de beneficiar* [*a nadie*]*, y que no aspiro a la gloria, no hago daño alguno pasándome los días tumbado en un sofá, sin mover un dedo. Y encuentro muy razonable la costumbre de los turcos y de otros orientales de permanecer sentados sobre sus piernas todo el día, mirando estúpidamente a la cara de esta ridícula existencia.* (Carta a Fanny Targioni Tozzetti, 5 de diciembre de 1831).

El deseo de gloria y el deseo de amor, las dos aspiraciones más fuertes a las que habías entregado tu corazón, se habían derrumbado miserablemente. No tenías gloria, ni amor, solo un cuerpo deforme desde el que, sin embargo, seguías elevando el extremo canto de dolor desde tu noche más profunda, también porque, mientras tanto, tu oftalmia empeoraba: la debilidad de los nervios oculares se hacía cada vez más prolongada y dolorosa, hasta el punto de obligarte a vivir como una mariposa nocturna. Transformabas en vuelo la oscura noche de la desesperación en la que te habías precipitado. Así nace el más moderno y desesperado de tus cantos.

Giacomo, no sabes cuánto me hubiera gustado que no hubieses experimentado jamás la tragedia de no ser correspondido amorosamente, pero fue justo aquella experiencia la que nos ha permitido a muchos, gracias a ti, habitar también esa noche oscura de los sentidos.

A sí mismo: el corazón es nuestro mayor enemigo

«¿Por qué, dios del mal, has puesto en la vida apariencias de placer?, ¿el amor?... ¿para hacernos sufrir con el deseo, con la comparación con los demás y con nuestro tiempo pasado, etc.? […]. Concédeme que no pase del séptimo lustro. No te pido ninguno de los que el mundo llama bienes: te pido aquello que está considerado el mayor de los males, la muerte. No puedo, no puedo más de la vida».

A Arimane

Querido Giacomo:

El corazón se había dejado engañar por el más seductor de los engaños, la más refinada de las torturas: el amor. No te quedaba otra que convertirte en su enemigo. El corazón es el origen de las ilusiones, de los deseos, de los proyectos, de la infinitud más allá del muro, pero la vida se encarga de ir destrozándolos uno por uno. Has encontrado la causa de todos los males y, con ella, su posible vacuna. El triste secreto que hay que comunicar a todo el mundo es el siguiente: la felicidad es solo el parto de un corazón inepto, como una reliquia que la infinitud se ha dejado olvidada en nosotros, una infinitud que no está presente en ninguna otra parte, deseable, pero nunca alcanzable. Por eso el corazón es solo una metáfora que los hombres han inventado para expresar su sed de imposible.

Pero para ti el corazón no es solo lo que hoy entendemos con esa palabra: el sentimiento contrapuesto a la razón, la emoción contrapuesta a la frialdad, el instinto contrapuesto al cálculo. Para ti el corazón es fuente de conocimiento, es lo único que consigue «comprender» ciertas cosas que, de otra forma, permanecerían inaccesibles al hombre. Capta un valor antes que cualquier razonamiento, intuye inmediatamente la profundidad y entra en resonancia. Tú este fenómeno lo identificas con «los movimientos del corazón», una tensión hacia aquello que hace que nos sintamos en casa, una especie de fuerza de gravedad espiritual que ejerce sobre nosotros una atracción silenciosa pero eficaz.

El corazón nos hace familiarizarnos con una cosa o una persona como si hubiesen vivido siempre bajo nuestro mismo techo. El niño no entiende el valor de un billete, lo hará solo cuando le expliquen qué representa ese trozo de papel. Y, sin embargo, ese mismo niño capta, sin necesidad de explicaciones y razonamientos, el valor de cualquier cosa que le asombre, como un regalo, un castillo de arena, una estrella. El corazón reconoce la vida y desea amar y ser más amado, no es casual que sea un órgano hueco, que debe recibirlo todo y darlo todo. Eso no significa que sea irracional, sino que no

precisa recorrer todos los caminos de la lógica: reconoce la belleza de un paisaje, de un rostro, de un cuadro sin demostraciones, y esa belleza le espabila y le invita al movimiento de todo su ser para que se aplique a interiorizar, defender y hacer existir aún más ese valor, igual que le ocurre a un profesor que se esfuerza por sus alumnos, a un escritor que lo hace por sus personajes. En este sentido, el amor no se reduce a un movimiento de reacción; es acción: responde a una llamada y toma la iniciativa, libremente, lucha para que ese valor sea aún más real. Tú, Giacomo, le reconoces al corazón esa capacidad activa que no es, sin duda, una fácil emoción pasajera, sino una cuestión de vida o de muerte. Por eso el corazón, en el que habías depositado tus esperanzas juveniles, se revela ahora como el enemigo al que hay que derrotar. De ahí nace tu grupo de cantos más dramáticos, el denominado *Ciclo de Aspasia*, la mujer (y la realidad entera) que no te correspondió, un auténtico poema del corazón destruido. Y, sobre el escenario del ser humano hecho pedazos, quedan estos versos:

A sí mismo (1833-1835)
Ahora descansarás por siempre,
mi cansado corazón. Murió el postrer engaño
que eterno yo creí. Murió. Bien siento
en nosotros de los amados engaños
no solo la esperanza, sino el deseo extinto.
Reposa para siempre. Bastante
has palpitado. No valen cosa alguna
tus impulsos, ni es digna de suspiros
la tierra. Amargura y hastío
es la vida, no otra cosa; y fango es el mundo.
Tranquilízate. Desespera
por última vez. El hado a los humanos
solo les dio el morir. Despréciate ya a ti
y a la naturaleza, y el indigno
poder que, oculto, impera sobre el mal común,
y la infinita vanidad de todo.

Has titulado el canto *A sí mismo* y el poema no es otra cosa sino un diálogo entre tú y tú mismo, el desdoblamiento se convierte en un teatro en el que la razón y el corazón se disputan el escenario, la primera pretende que el segundo deje de latir. Un corazón que resucita solo para morir de nuevo es una burla cruel, que vuelve a arrojar la infinitud herida que somos todos a la más absoluta soledad, al enclaustramiento. Justo cuando se había vuelto a abrir, recibe el golpe de gracia. ¿Qué es, Giacomo, el amor sino confiarle a alguien cuál es el punto que tenemos más al descubierto para que sea ahí donde nos golpee, en el caso de que deje de amarnos? Y si la más grande de las esperanzas se transforma en la más dolorosa de

las muertes, ¿para qué vivir? «Si el amor hace infeliz al hombre, ¿qué no harán todas las demás cosas que no son ni hermosas ni dignas del hombre?» (carta a Fanny Targioni Tozzetti, 16 de agosto de 1832).

Es mejor dejar morir al corazón que someterse a nuevas torturas. Y eso es lo que le instas a hacer en este canto en el que la palabra se vuelve «épica»: empuja a la acción. Haces aquello que solo se puede hacer en la imaginación de los poetas que no renuncian a la verdad, imposible decirlo de otra forma: imponerle al corazón un infarto, ordenarle que deje de latir, de recibir y de dar. Sales victorioso de este acto poético extremo, en dieciséis versos.

El infinito tenía quince. *A sí mismo*, dieciséis. No puede ser casual porque el decimosexto que sobrepasa en un verso el ya excesivo decimoquinto de *El infinito* hace vano, después de una amarga verificación, precisamente ese salvífico naufragio soñado porque lo único que es infinito es la infinita vanidad de todas las cosas. El verso 16 niega y cierra, como una lápida, la posibilidad de ir más allá del seto. Nada es dulce: en el verso 9, de hecho, el sentimiento de la vida es definido como «amargo» y se ha situado junto a aquel trágico aburrimiento que es, Giacomo, la condena de un corazón nunca saciado e insaciable. Ahora no puede hacer otra cosa sino detenerse: reposar en paz, morir. Es el último capítulo de esta novela del corazón. Madurar es morir. El «finjo» [*fingo*] del pensamiento que, mediante la imaginación, alcanzaba el infinito hasta amedrentar al corazón, aquí se transforma en «fango» en el verso 10: del fango procede el hombre y al fango retorna, y el soplo vital que lo habita es solo una condena.

Han desaparecido los endecasílabos sinuosos y musicales de *El infinito*, que iban limitando el uno al otro en un impulso continuo, atestiguando la libertad de los límites impuestos por la métrica de cada verso. Aquí hay endecasílabos alternados con heptasílabos y encabalgamientos empleados como prohibiciones, subrayando el contrario del infinitivo: el límite insalvable más allá del cual no hay nada. *Bastante / has palpitado. No valen cosa alguna / tus impulsos, ni es digna de suspiros / la tierra. Amargura y hastío / es la vida, no otra cosa.* Y están las órdenes perentorias que la razón dicta al corazón, poniéndole ante los ojos la evidencia del fracaso de la existencia entera: «reposa», «tranquilízate», «desespera», «despréciate». No queda sino suprimir el instinto que impulsa al hombre a desear trascender, lo que en los últimos versos de su poema Dante llama *disio*, «deseo», la *dilectio naturalis*, la tensión natural del hombre hacia la infinitud. Al final de su peregrinaje celestial, Dante

descubre que esa infinitud es Dios y coincide con el «*velle*», la *dilectio electiva*, aquello que el hombre elige como objeto de esa infinitud. Nuestro esencial deseo de amor y lo que queremos para realizarlo coinciden finalmente. Dante encuentra respuesta a su sed de infinitud, existe alguien capaz de saciar el insaciable deseo humano, su vida frágil y finita es eternamente deseada y amada, así, tal y como es, y regresa a la tierra a contárselo a los hombres.

Giacomo, tú, en cambio, le pides a tu «*disio*» que cese porque tu querer no ha encontrado nada capaz de satisfacer ese esencial deseo de amor engarzado en el corazón. Para eliminar una sed inextinguible no queda sino arrancar la sed misma. El instinto de infinitud debe ser eliminado de raíz: si pudiésemos, de verdad, ser seres «sin corazón», como definimos a las personas amargas y endurecidas… Y ese es el punto, Giacomo, en el que tu arte te supera. Estás cantando esa situación dramática. La belleza gotea, como la sangre de una herida, precisamente a partir de este dolor.

Tú no renuncias a cantar. No te encierras en el silencio y no te haces pregonero de la nada porque la nada no es la realidad: la palabra aún puede vivir. Eso significa que más allá de tu decimosexto verso, naufragio del naufragio infinito, tú colocas a la belleza misma. Única realidad que no es vana, en la infinita vanidad del todo cósmico, queda la poesía: el *cosmos* de palabras, el orden en el caos, el mundo en el inmundo. Ese es tu verdadero destino: emerger, como el ave fénix, desde las cenizas de tu razón. Aquí, en tu aparente derrota, alcanzas plenamente tu madurez. La palabra se eleva, a salvo y brillante, desde la noche oscura, como un fuego que haya sobrevivido al diluvio. No dejas de crear incluso cuando crear es arremeter contra la nada para que la belleza pueda habitar esta tierra desolada: la última palabra no la tienen la nada, el dolor, el extrañamiento, sino la creación, la belleza, dramática, sin duda, pero, quizá por eso, más verdadera.

La belleza vence a la nada, la poesía vence a la muerte porque transforma incluso la muerte, el máximo límite, en el arte de morir.

Transformar en canto el desencanto

«Después de dos años, he compuesto unos versos este abril; versos a la antigua, con mi corazón de antaño».

Carta a Paolina Leopardi, 2 de mayo de 1828

Querido Giacomo:

Tenías un traje azul, elegante, pero ya ajado, al que mandaste que le dieran la vuelta y volvieran a forrar cuando te enamoraste de Fanny para parecer más digno del amor. Conocías bien el arte de reparar las cosas, de hacer que parecieran nuevas, incluso cuando estaban muy estropeadas. Las reparabas por amor, pero el amor te traicionó. Y, sin embargo, no renunciaste a reparar lo que se había estropeado definitivamente: la esperanza expulsada por la experiencia, la vida destrozada por la muerte.

Después de recibir aquella herida mortal en el corazón, avanzas en tu obra de reparación añadiendo un peldaño más. No te detienes ante el dolor cósmico, como quieren creer quienes se limitan al contenido de tu obra, olvidando que en la poesía la forma es el contenido, que la palabra es el cuerpo de la belleza, incluso cuando está desfigurada. Tu genio no se da por vencido e intuye que aquello que se ha derrumbado quizá fuera solo un mundo ficticio, creado por la imaginación, y que el camino debe continuar. Queda aún algo por descubrir, una luz en medio de las tinieblas, aunque solo fuese la luz de tus versos. Tus *Cantos* son el grito de auxilio de la infinitud herida, debilitada, hecha trizas: están en vez de no existir, hay esperanza precisamente porque hay creación, porque «crear» es sinónimo de «amar». Por eso yo puedo tener esperanza, Giacomo, porque no has transformado la nada en nada, sino en belleza. Por eso, gracias a ti, puedo habitar también la nada y he entendido el secreto de una vida madura: reparar las heridas de los hombres y del mundo, hacerse bálsamo para esas heridas, incluso cuando parezca que no se pueden curar: «El poeta ya no canta para entretener, para huir del aburrimiento, para demostrar que es bueno. Canta porque sufre por todos, por quien no sabe aún nada de su destino, por los astros que acabarán, ellos también, muriendo, canta para descifrar el secreto del dolor universal que golpea todo cuanto ha sido creado, canta por deseo de bien, aunque el bien solo le parezca una ilusión» (Giuseppe Ungaretti, *Idee del Leopardi sulla crisi del linguaggio y sulla lingua*).

En uno de los libros de la Biblia que más me gustan he encontrado tu mismo y melancólico realismo, hecho de objetos y personajes cotidianos, que nunca se transforma en desesperación. El capítulo 12 del Eclesiastés o Libro del Qohélet es la culminación de

la amarga constatación que recorre todo el libro; todo es vanidad y, sin embargo, el sentido del límite no es la derrota, sino la apertura:

Acuérdate de tu Creador
en los días de tu juventud,
antes de que vengan los días malos,
y lleguen los años de los cuales digas:
no tengo en ellos contentamiento;
antes de que se oscurezca el sol,
y la luz, y la luna y las estrellas,
y vuelvan las nubes tras la lluvia;
cuando temblarán los guardas de la casa,
y se encorvarán los hombres fuertes,
y cesarán de moler las mujeres,
porque serán muy pocas,
y se oscurecerán las que miran por las ventanas;
y las puertas de afuera se cerrarán,
cuando se hará más bajo el ruido de la muela
y se atenuará el trino de los pájaros
y se debilitarán todos los tonos del canto;
cuando también temerán de lo que es alto,
y habrá terrores en el camino;
y florecerá el almendro,
y la langosta será una carga,
y se perderá el apetito; porque el hombre va a su morada eterna,
y las plañideras andarán alrededor por las calles;
antes de que la cadena de plata se quiebre,
y se rompa el cuenco de oro,
y el cántaro se quiebre junto a la fuente,
y la rueda sea rota sobre el pozo;
y el polvo vuelva a la tierra, como era,
y el espíritu vuelva a Dios que lo dio.
Vanidad de vanidades, dijo el Qohélet, todo es vanidad.

Todo está destinado a acabarse, esta es la fragilidad esencial del mundo. Alguna alegría se recibe en la juventud; luego, inexorablemente, todo regresa al polvo. Para Qohélet solo Dios es la garantía de la infinitud, él ha extraído las cosas de la nada, dándoles la infinita nostalgia de él y no de la nada: acordándose del Creador, la fiesta de la juventud no acaba nunca. A ti te falta la confianza de los primeros cuatro versos de este capítulo, el padre benévolo está escondido detrás de la obstaculizadora presencia de una naturaleza que, como un mecanismo trágico, nos arrolla con su ritmo de vida y de muerte. Más que un padre, parece un relojero que, una vez que le ha dado cuerda al mundo, se ha retirado en el silencio. Y, sin embargo, incluso sin esta esperanza y, quizá por eso, con más audacia, como el autor bíblico, transformas las tinieblas en esperanza, para él transcendente, para ti inmanente. La Belleza y la belleza.

El destino, el límite que se nos ha impuesto, se puede no solo padecer, muriendo. ¿Se puede también habitar, puede que incluso amar?

La respuesta está contenida en otra fase de la vida.

REPARACIÓN
o el arte de ser frágiles

«Mi filosofía no solo no conduce a la misantropía, como pueda parecer a quien la observe superficialmente, y de lo que es acusada por muchos; por su misma naturaleza excluye la misantropía, por su misma naturaleza tiende a sanar».
Zibaldone, 2 de enero de 1829

Querido Giacomo:

Un día asolado por el calor, a la sombra de un árbol inmenso que nos protegía con su benéfica sombra, una alumna me preguntó en qué empleaba yo mi vida. Le contesté, mientras le tendía una flor del campo, una margarita diminuta: «En defender la belleza de las cosas frágiles».

Vivimos en una época en la que solo tenemos derecho a vivir si somos perfectos. Cualquier defecto, cualquier debilidad, cualquier fragilidad parece estar prohibida. De la tierra de los equivocados se escapan, temporalmente, aquellos que se mienten a sí mismos construyendo corazas de perfección, pero hay otra forma de ponerse a salvo y es construir, como tú, otra tierra, fertilísima, la tierra de aquellos que saben ser frágiles. La ligereza de los pájaros radica en el peso de sus alas: es una ligereza fuerte, no es fruto de la superficialidad, sino de una áspera lucha. Tú has vivido dentro de un cuerpo de alas muy pesadas y te has librado de él, más ligero que nadie, para hacernos volar.

Esa chica, bajo aquel árbol, se quedó perpleja. A su pregunta tácita, «¿qué quiere decir defender la belleza de las cosas frágiles y para qué?», formulada en el alfabeto del silencio con el que se plantean los interrogantes más difíciles, contesté: «Porque lo que es sagrado al principio siempre es frágil, como la semilla que escondía las ramas fuertes y anchas del árbol a cuya sombra estamos».

La vi iluminarse porque intuyó que su fragilidad no era una culpa, sino un viaje en compañía de todos los demás, incluido yo mismo. Uno de los secretos para reparar y repararse, Giacomo, es la amistad, y tú no has buscado nada con tanto ahínco. Y al recorrer el desierto de tu soledad has encontrado la amistad de todos los hombres, también la mía. Sin amigos, el arte de ser frágiles es imposible.

Meses después, esa chica me enseñó la margarita, ya seca pero intacta, conservada en la arqueta de las flores de la memoria: las páginas de un libro amado. La había conservado para acordarse de nuestra amistad y del secreto de nuestro arte de vivir: defender las cosas frágiles.

Sin amigos nada puede ser reparado

«Recuerda, Ranieri mío, que tú, la sola y única cosa insustituible que hay en el mundo, haces posible a mis ojos vivir el tiempo de vida que la naturaleza haya dispuesto que me quede».

Carta a Antonio Ranieri, 27 de diciembre de 1832

Querido Giacomo:

Hubo un amor que te salvó, y no fue el de una mujer, sino el de dos amigos que te acogieron en su casa de Nápoles y en su villa de Torre del Greco; eran hermanos: Antonio y Paolina Ranieri. Tras la ruptura de relaciones con Fanny, te separaban cuatro años de la muerte, durante los cuales no añadiste línea alguna al *Zibaldone*, como si el laboratorio que alimentaba tus versos hubiese alcanzado su objetivo. Era tiempo de poesía, solo de poesía, último baluarte colocado contra la nada, junto a la amistad.

Te aferraste a ambas con la misma fuerza con la que el náufrago se aferra a la tabla para no ahogarse. Tu corazón, exiliado del amor, había encontrado alojamiento en el del amigo, hasta tal punto que cuando te referías a Antonio lo llamabas «corazón mío, alma mía». Le suplicabas, escribiéndole a veces hasta tres cartas a la semana, que no te abandonara nunca. Era el único agarradero con que contabas para no precipitarte en el abismo de la desesperación. Un día te presentaste ante él, armado con un bastón, y gritando: «Me voy a la calle a liarme a bastonazos con alguien». Consiguió calmarte, como hacen los amigos, llevándote a dar un paseo, para que vieras que el mundo no había perdido su belleza.

No tenías dinero y te veías obligado a pedírselo a tu familia, como el que pide limosna. Los calcetines ya demasiado remendados. Veías cada vez peor y no tenías más remedio que dictarle a Antonio tus cartas y tus versos. Tan pronto abrías las ventanas, dejando entrar la luz excesiva de la mañana, como las mantenías cerradas incluso durante el día. Sufrías insomnio y dificultades respiratorias y Paolina y Antonio se turnaban para quedarse despiertos a tu lado, hablándote o leyéndote, como se hace con los niños asustados. Asma, bronquitis crónica, vómitos de sangre, alergias, hinchazón en las piernas… Todo en ti era frágil, habías envejecido prematuramente. Y esos dos amigos te salvaron: fue una amistad difícil, como todas las relaciones auténticas, que requieren una continua puesta a punto y que, precisamente por eso, son tan profundas y no decaen nunca. Te recordaban a dos de tus hermanos, Carlo y Paolina, los otros dos grandes amigos de tu vida; no a todos se les concede el don de que sus hermanos sean sus amigos y en este sentido he sido tan afortunado como tú.

Quienes te visitaban, en esos años, no se podían creer que fueses el autor de esas poesías llenas de belleza, encerrado como estabas en un cuerpo ya tan consumido. Hasta el jovencísimo De Sanctis, que llegaría a ser el crítico literario más importante de su época, cuando te vio entrar en su clase, en la escuela literaria del marqués Puoti, se quedó turbado por lo marchito de tu aspecto, aunque también le hipnotizó la dulzura de tu sonrisa, esa sonrisa de niño que mantuviste durante toda tu frágil vida como la mayor fuerza de ti mismo. Esa sonrisa se le quedó tan grabada que fue el primero (y durante mucho tiempo el único) que explicó tus *Cantos* en sus cursos de Literatura: eras el poeta moderno más importante de Italia y él, que lo había entendido muy pronto, intentó demostrárselo también a sus alumnos, a los que llevaba en procesión hasta tu tumba, como si fueran adeptos de un culto religioso.

Fue uno de los pocos que se apartó del ejército de intelectuales que habían convertido los bienes materiales y los «magníficos y progresivos hados» en su religión, los periódicos en su evangelio, y a los que tú, por eso, llamabas «los nuevos creyentes». Te consideraban un gafe, un infeliz incapaz de aceptar que la vida sea un camino de ilimitado progreso en las manos del hombre; un misántropo que proyectaba sobre el cosmos sus deformidades, hasta el punto de recibir el apodo de «*ranavuottolo*» (rana). Leían tu poesía como el lamento de una rana que no oculta a príncipe alguno. Se precisaban versos de muy distinta factura para un tiempo tan «fuerte» y «seguro de sí mismo», nada que ver con la melancólica e inquieta fragilidad de tu canto.

Mientras los intelectuales hablaban mal de ti, tú, en Nápoles, te sumergías en el vientre de la ciudad y escuchabas las historias de la gente de la calle, como la de un viejo que te contó que lo había perdido todo hacía poco menos de veinte años, cuando la lava del Vesubio devoró sus campos y a su familia. Tú sabías escuchar las existencias comunes, también las más frágiles, porque oías en cada vida el eco del drama del universo entero; los otros intelectuales estaban demasiado ocupados en demostrar sus construcciones mentales como para reparar en el dolor, en los necesitados, y acercarse a ellos. A ese viejo no le quedaba ya sino aferrarse al relato de aquellos tristes recuerdos. Igual que te aferrabas tú a la «compañía humana» de los demás hombres, hasta el punto de hacerle exclamar a una de tus últimas máscaras literarias: «Vivamos, Porfirio mío, y consolémonos juntos […] para cumplir de la mejor forma posible el cansancio de la vida» («Diálogo de Plotino y Porfirio», *Opúsculos morales*). A través de la poesía has dado

siempre vida al amigo al que querías comunicar tu misterio, da igual si estaba cerca o lejos.

Para alimentarse del cansancio de la existencia, para transformar en vida la muerte, se necesita la amistad. No se puede permanecer fiel a uno mismo si los amigos auténticos no ocupan nuestro lugar en los instantes en los que dejamos de creer en nuestra esencia más profunda. Son ellos los que nos restituyen nuestra imagen más auténtica porque deben incluso defendernos de nosotros mismos y de nuestro frenesí de destrucción cuando nos parece que crear es imposible, que el cumplimiento se ha perdido para siempre, que la nada nos merece.

También yo conozco el valor de esta amistad que te salva del abismo, que está junto a ti cuando lloras, que lee las pequeñas señales de tu rostro y que, aunque no pueda llegar hasta el núcleo de la oscuridad, puede hacer que nos sintamos acompañados en ese viaje a través de la noche interior.

Esta amistad salva porque protege nuestra imaginación más auténtica, devolviéndonos la fidelidad que nos hace felices en nuestra insoportable fragilidad. Tras la ilusión del amor, sobrevivió en ti, Giacomo, la sólida certeza de la amistad. He encontrado la definición más hermosa de la amistad en un libro que ha hecho de la vida y el destino su propio título: «La amistad es un espejo en el que se refleja todo hombre. A veces, hablando con un amigo, aprendes a conocerte y te comunicas contigo mismo […]. Puede ocurrir que el amigo sea una figura silenciosa, que a través de él se consiga hablar con uno mismo, reencontrar la alegría dentro de uno mismo, en pensamientos que se vuelven claros y visibles gracias a la caja de resonancia del corazón del otro […]. El amigo es aquel que te perdona debilidades, defectos y vicios, que conoce y confirma tu fuerza, tu talento, tus méritos. Y el amigo es aquel que, aun queriéndote, no te esconde tus debilidades, tus defectos, tus vicios. La amistad se basa, pues, en la semejanza, pero se manifiesta en la diversidad, en las contradicciones, en las diferencias. En la amistad el hombre busca egoístamente aquello que le falta. Y en la amistad tiende a donar generosamente aquello que posee» (Vasili Grossman, *Vida y destino*).

El día en el que te precipitaste en el silencio de la muerte, Giacomo, Paolina te había llevado una bolsita de almendras garrapiñadas. Te sentías bien y te las comiste en unas pocas horas, con gusto. Los amigos nos reparan con nuestras pasiones y, al hacerlo, reparan nuestras pasiones.

La amistad es el principal camino para que un destino se

convierta en destinación, pero son muy escasos los amigos que saben salvar nuestro arrebatamiento, confirmarnos en nuestra vocación, porque a veces tienen que amarnos más de lo que nosotros nos amamos a nosotros mismos. Y eso requiere valor y paciencia. Ser frágiles obliga a confiarse a alguien y nos libera de la ilusión de ser autosuficientes porque la felicidad siempre se alcanza siendo, al menos, dos.

Reparar el infinito

«Todo aquello que es finito, todo aquello que es lo último, despierta siempre en el hombre, *naturalmente*, un sentimiento de dolor y de melancolía. Ello es a causa de la infinitud de la idea que se contiene en estas palabras, *finito*, *último*».

Zibaldone, 13 de diciembre de 1821

Querido Giacomo:

Se dice que la diferencia entre un optimista y un pesimista es que el segundo está mejor informado que el primero. En tu caso es así, precisamente por tu incansable búsqueda de la verdad, pero el pesimismo no se adapta bien a alguien que sigue luchando aunque todo a su alrededor le aconseje la retirada. Nunca he percibido pesimismo en tus cartas: dolor sí, y despecho, incluso ira, pero pesimismo jamás.

Ese crear que ha acompañado tu vida entera, ese hacer tuyo, ese *poetizar*, por decirlo en una palabra, no es compatible con el pesimismo. Ya te rebelaste cuando te tildamos de misántropo, pero no te hicimos caso.

El pesimismo es una categoría psicológica, referida al carácter y a la actitud, tan respetable como otra cualquiera, pero restrictiva. Tú veías, sí, el vaso medio vacío, pero nunca dejaste de imaginar a partir de aquel vacío, que tomabas como una oportunidad para crear. Eso no es un rasgo psicológico, sino una elección que implica al yo de forma mucho más profunda. En un nivel más superficial se puede manifestar también como pesimismo, pero no se limita a ello. Este movimiento del espíritu tú lo llamas «melancolía» y es, quizá, una de las cosas por las que te estoy más agradecido porque lo has vivido y transformado en palabras y versos, dejando, así, que yo lo descubriera y permitiéndome vivirlo y habitarlo como la más preciosa de mis pertenencias. La melancolía es ver la enorme fragilidad del mundo y no huir, sino inclinarse para reparar, sin cansarse; vislumbrar que siempre, siempre, falta algo y, en ese vacío, sentirse empujados no hacia la nada, sino hacia la creación. Ese obstáculo escandaloso, que la naturaleza parece querer imponernos como una cruz cruel, pesa sobre los hombros de las personas y de las cosas: el gorrión solitario, la luna al atardecer, Silvia, el pastor errante, la retama y todos los héroes silenciosos de la vulnerabilidad. Nadie mejor que tú, Giacomo, me ha hablado sin miedo de esa vulnerabilidad y uso la palabra no de forma casual porque contiene el término *vulnus*, es decir, esa «herida» constantemente abierta por el impulso hacia el infinito y por el contacto con las aristas cortantes de la finitud de las cosas. Has mirado en la desnuda existencia y la has encontrado desnuda sin

remedio, como le ocurrió a Dante cuando fue a visitarlo la Melancolía en persona porque Beatrice había muerto.

De ti, Giacomo, he aprendido qué es esa melancolía, común a todos nosotros; con frecuencia, la expulsamos de nosotros, como si fuera un sentimiento impropio y negativo; en cambio, es precisamente el movimiento del corazón lo que nos salva y nos empuja a crear y a reparar las cosas y a las personas. Es deseo de amor y de belleza, en todos sus grados, desde la lábil luz del sol sobre las hojas de un árbol otoñal hasta la plenitud de quien experimenta en sí mismo la misericordia absoluta de ser realmente amado por lo que es. Es el deseo que nos empuja a estar al descubierto, disponibles, abiertos, a bajar las defensas para que un bálsamo cure nuestra herida de infinitud, mejor dicho, para que el infinito entre precisamente por esa herida.

Este, Giacomo, ha sido tu mayor regalo: resistir en la paradoja, aceptar la melancolía como última reliquia del absoluto en la finitud del hombre. La melancolía es el precio de la presencia de lo eterno en el hombre, la inquietud del hombre herido por la espina del infinito que, semejante a la de la rosa, intenta hacernos olvidar qué nos aguarda en lo alto del estambre, pero que, en realidad, solo está defendiendo lo que anuncia. La melancolía es la puerta cerrada que conduce la estancia en la que duerme cuanto de divino hay en nosotros. La poesía es el tentativo de dar forma a la llave capaz de abrirla, sin perder jamás la esperanza. Hasta el último aliento.

Reparar es sinónimo de amar

«Nunca me he sentido tan vivo como cuando he amado».
Zibaldone, 1819-1820

Querido Giacomo:

Hace poco estuve hablando con una mujer que había cumplido los cien años, lucidísima y elegante, que llevaba su edad con total naturalidad y un punto de orgullo, como quien conoce los secretos del arte de reparar. Decía que había empezado a entender algo de la vida hacia los noventa años, cuando el cuerpo la obligó a ir más despacio, los problemas con la vista a renunciar a los libros y el sentido común a apagar la televisión, y se paró a meditar, durante horas, sobre lo que le había ocurrido durante casi un siglo. Extrajo de los meandros de la memoria todos los episodios y recuerdos que, como una sustancia más pesada, se habían ido depositando tras un cierto tiempo sobre el fondo de su mar interior. Y me decía que ese sedimento estaba hecho de una sola cosa: amor, el amor que había dado y el que había recibido. Y ella lo llamaba belleza, la belleza de haber construido algo que permanecía: el peso de una vida. «Lo que sabes amar es tu verdadera herencia […]. Lo que sabes amar nunca te será arrancado», dice Ezra Pound en su «Canto 81», y esa mujer centenaria había llegado a la misma conclusión. Su herencia estaba bien cimentada, era arquitectónicamente estable, indestructible, como un futuro perfecto, algo que permanecerá, pero que ya ha ocurrido. Una morada en la que habitar y hacer habitar.

Tú, Giacomo, has llegado a ser consciente de eso mucho antes porque has quemado apresuradamente las etapas de la vida y, a los treinta y ocho años, ya tenías cien, no solo porque en tu época se envejeciera antes, sobre todo si se tenía el cuerpo minado por la enfermedad, como tú, sino también porque las edades son interiores antes que exteriores.

Y aquello que tú has sabido amar, la herencia que no te será arrebatada, es la poesía o, mejor, su esencia: el arte de reparar la falta de plenitud de las cosas cargando con el peso sobre los propios hombros, como se hace con un niño cansado de caminar cuando ya se está cerca de la cima.

El canto, tras haberse hundido bajo la roca de la experiencia, había resurgido como un río cárstico hacia finales de los años veinte. Había regresado como exigencia del corazón, pero de un corazón maduro, el que ve el límite de las cosas y lo acepta con valor para convertirlo en ocasión de fecundidad.

Tu poesía supera el encanto de la adolescencia y el desencanto de la madurez en las profundidades del canto de reparación. Pese a

todas las cicatrices, tú cantas. Mejor dicho, lo haces precisamente gracias a ellas.

Justo allí donde el pensamiento se había agotado, no encontrando ya salida, la poesía cobra un nuevo vigor y se eleva, de otra forma, sobre los escombros. Solo la poesía rescatará la juventud perdida, solo la poesía preservará la fidelidad a ti mismo, Giacomo, a tu arrebatamiento originario, crecido gracias a todas las derrotas:

> *Uno de los mayores frutos que yo me propongo y espero de mis versos es que caldeen mi vejez con el calor de mi juventud; y saborearlos a esa edad, y sentir algún resto de mis sentimientos pasados, puesto ahí dentro, para conservarlo y hacerlo duradero, casi en depósito; y conmoverme a mí mismo al releerlos, como me ocurre con frecuencia, y mejor que leyendo las poesías de otros: además de la remembranza, la reflexión sobre lo que fui, y compararme conmigo mismo; y, en fin, el placer que se experimenta al degustar y apreciar el propio trabajo y contemplar, complaciéndose con uno mismo, las bellezas y las virtudes de un hijo propio, sin que sea otra la satisfacción que la de haber hecho algo bello en el mundo, ya sea esa belleza reconocida o no como tal por los demás.* (*Zibaldone*, 15 de febrero de 1828).

Esto mismo me gustaría poder decir yo también, al final de mi vida.

Dejando decantar tu vida, lo que quedaba era el canto. Así que es precisamente del canto de lo que tenemos que hablar ahora, de tu herencia, porque es ese «algo bello» que has hecho en el mundo. Habías hecho algo parecido a las estrellas que contemplabas en tus paseos nocturnos y de las que habías aprendido la lección del asombro, de la maravilla: que exista una cosa hermosa en el mundo, en vez de la destrucción, la huida y la derrota. La belleza existía, una belleza resistente al tiempo, aunque tú fueras su fragilísimo autor.

Lo que sabes amar se decanta y se convierte en historia. Esa señora me dijo, en su bellísimo italiano «sicilianizado», que, a la tierna edad de noventa años, «el amor se enrocó», y se refería a un Amor eterno, el que «mueve el sol y las demás estrellas», que, poco a poco, la había seducido, superando los obstáculos de su corazón, donde se había infiltrado como nunca antes lo había hecho: esa era la herencia indestructible de sus cien años de vida, el descubrimiento de que antes de amar tenemos que dejarnos amar, antes de alcanzar el infinito tenemos que dejarnos alcanzar por el infinito. Ese legado no se lo arrebataría nada, ni siquiera la muerte.

El hombre concibe la altura del infinito, pero no es capaz de alcanzarlo con sus propias fuerzas, solo puede recibirlo, acogerlo y corresponderle. Es un poeta, Giacomo, el que acoge a la vida, la hospeda, y se compromete con su reparación. La poesía no es

decoración, embellecimiento, magia lanzada sobre el mundo, no es un encantamiento que esconde los límites. Pero tampoco es desencantamiento porque no se puede hacer poesía si no hay eros para las cosas frágiles, sin esperanza no se escribiría ni siquiera una línea. La poesía es el canto del infinito engarzado en los límites, un injerto de lo invisible en lo visible.

La poesía es una ética y una estética de lo cotidiano, accesible a todos, practicable por todos, sea lo que sea a lo que nos dediquemos en la vida: nuestra tarea es transformar la repetitiva prosa cotidiana en versos, hacer todos los días algo hermoso en el mundo llevando a su cumplimiento o reparando algo que ha quedado incompleto. Eso es lo que buscan tus versos, con los que reparas a quien, por el contrario, no consigue florecer y pierde la confianza. Tu vocación por la belleza es la llamada que nos invita a todos, cotidianamente, a reparar la muerte que amenaza nuestra originalidad y la de los demás.

Esta es tu herencia. La bondad y la belleza que hiciste en el mundo, a costa de lo que fuera. Esta es tu historia.

El resto es escoria.

El ocaso de la luna: instrucciones para cuando nos sentimos perdidos

«Llegará el momento en el que, no quedándome otra luz de esperanza, otro estado al que recurrir, pondré todas mis esperanzas en la muerte: y entonces recurriré a ti, etc.; ten entonces misericordia, etc.».
Notas para el Himno al Redentor, *Himnos cristianos*

Querido Giacomo:

Un día, cuando oí tu voz en el colegio, mi sustancia humana tembló al escuchar las palabras del pastor errante: «*¿Adónde tiende / este vagar mío, tan breve?*». Tenía diecisiete años y, por un instante, descortecé mi corazón de máscaras y oí la pregunta que debía plantear y plantearme y que tú habías sabido destilar en palabras tan precisas: dónde, vagar, breve. Mi movimiento vital, con frecuencia confuso pero en marcha, ¿dónde se dirigía?

Ahora, cuando hace poco que he celebrado mi trigésimo noveno cumpleaños, te confieso que siento, cada vez con más fuerza, la áspera evidencia de la que tú me hablaste aquel día. Está la Historia grande, con mayúsculas, que acabará en los libros, la historia limpia de intemperies, purificada de todo el polvo del camino que se nos ha quedado adherido a nuestro corazón. Pero también está la historia pequeña, la que, en cambio, solo permanecerá en la memoria de quien la ha vivido, empedrada de abandonos, traiciones, promesas incumplidas, heridas, rencores, esperanzas fallidas… Miro hacia esos días que me llevan más adentro, hacia mi cuadragésimo año de vida, y veo la crisis: la crisis, como los antiguos griegos llamaban al acto de separar el grano de la paja en el momento de la mies, es decir, lo que vale y sirve para hacer el buen pan y lo que es efímero y puede, como mucho, producir fuego de paja.

A los treinta y nueve años se empiezan a cribar las cosas con una cierta lucidez, se distingue el trigo que sirve para alimentar la vida (amor, amistades, trabajo) de lo que ha sido una fugaz llamarada, inútil hasta para calentarnos. Nos aferramos a los libros que realmente nos han marcado, empezamos a releerlos y prescindimos de todos los demás. Permanecen los verdaderos amigos, los amores fieles, el compromiso cotidiano con un trabajo, puede que no reconocido por la masa, pero que es útil, y cómo, porque está al servicio de los demás y nos permite desplegar nuestra capacidad para reparar. A los treinta y nueve años permanece en el centro de mi corazón el amor grande, el que nadie puede arruinar, el amor

que cura, el amor que sostiene, el amor que calla y que habla, el amor que hace sangrar y llorar, el amor que salva porque es fiel y duradero. Y se abre camino en el corazón, como el alba después de la noche, la certeza de que no puede acabarse porque es un amor que une los imposibles: terrenal y celeste, divino y humano, batallero y apaciguador.

En los campos de tu penúltimo canto dedicado al *El ocaso de la luna* vuelvo a encontrar a un «errante» similar al pastor de Asia. Son versos llenos de tinieblas en una noche en la que también la luna se oscurece. Tu mejor amigo cuenta que le dictaste la última estrofa poco antes de apagarte, pero quizá solo se trate de una anécdota simbólica. Tenías, casi, la misma edad que tengo yo ahora y, con esta evolución del pastor errante, que me consoló hace veinte años, sigues acompañándome ahora: sale a escena un viajero (tú lo llamas «*viatore*», «viandante») bajo un cielo estrellado, después de que la luna, como la juventud, se haya retirado con sus promesas. Él está perdido, extraviado en las tinieblas, como el peregrino dantesco, está «confuso», no sabe ya adónde le lleva el camino y avanza en busca de la meta y de la razón misma de su caminar. Las señales del camino que debe seguir se hacen cada vez más tenues, el cansancio de la experiencia debilita las piernas y la vista. No ha encontrado nada que justifique su caminar, no han llegado las respuestas a las preguntas del pastor errante y, por eso, en *El ocaso de la luna*, se convierte en un extranjero de sí mismo, se desdobla, corazón y razón parecen irreconciliables, como en el dramático desgarramiento de *A mí mismo*, pero la noche, aquí, se presenta todavía más honda y parece imposible habitar «la sede» de esta vida: vida y destino son dos extraños el uno para el otro, tierra de exilio la primera, forma del exilio el segundo.

¿Existe una meta a la que tiende la vida? ¿O un vagar cada vez más breve, falto de señalética, ahora que se ha apagado el último resquicio de luz?

De tal modo se aleja
y abandona la vida mortal
la juventud. En fuga
van sombras y apariencias
de los gratos engaños; y se esfuman
lejanas esperanzas
en que se basa la mortal natura.
Abandonada, oscura
queda la vida. A ella dirigiendo la mirada
busca, en vano, el confuso caminante,
del largo tramo que ante él se extiende
una meta o razón; y ve
que es para él la humana

sede, algo en verdad extraño.

Sin las «lejanas esperanzas», en las que habías «basado» el futuro y, por lo tanto, el presente, la vida vuelve a encontrarse «abandonada» y se precipita en las tinieblas «oscuras» de la experiencia. La pena más grave, después de tanto engaño, es la vejez misma, en la que el deseo permanece «incólume», mientras que, en cambio, se ha extinguido la esperanza de satisfacerlo. El divorcio parece total, el exilio incurable. Al menos, mientras se era joven, se podía esperar que el «deseo», con su fuerza, encontrase alimento, pero en la vejez las fuentes del ímpetu están secas y el bien que se quiere alcanzar no parece ni siquiera probable.

De mortal intelecto
digno hallazgo y extremo
de cada mal es para los eternos vejez,
donde se encuentra
incólume deseo y esperanza extinta,
secas las fuentes del placer, las penas
mayores siempre y no se da el bien.

El «sumo placer», la zambullida en la vida misma de Dios, meta y razón del peregrino de Dante en el último canto del *Paraíso*, parece imposible para tu confuso viajero. El ardor del deseo, que en Dante encuentra satisfacción cuando entra en contacto con su fuente, para ti es una promesa quimérica, Giacomo. Y, sin embargo, hay tanta belleza en esos versos finales que no pueden por menos, una vez más, que vencer su propia amargura: mientras comunicas el dolor, sin saberlo, lo reparas. El universo no está llamado a ser hermoso y, sin embargo, lo es. Y, de igual forma, tus versos, a pesar de las tinieblas. En un ocaso de la luna tú describes una de tus albas más hermosas, precisamente porque es el deseo de luz en una noche tenebrosa, y esa luz que regresa es la meta y la razón para el viajero porque la belleza no tiene razón de ser, pero otorga razón.

Vuelves a contar las estrellas en la noche y recibes su belleza con el corazón que, no obstante los imperativos de la razón, está aún ahí, intacto, abierto, como la poesía:

Vosotros, lomas, llanos,
caído el esplendor que al occidente
plateaba el velo de la noche,
huérfanos tan gran tiempo
no quedaréis: que por el otro lado
veréis pronto el cielo
palidecer, y resurgir el alba;
y siguiéndole el sol,
y fulgurando en torno
con llamas poderosas,
de lúcidos torrentes
inundará los cielos con vosotros.

La tierra se volverá de nuevo casi celestial, etérea, escribes, y torrentes de luz esmaltarán el campo. Las cosas no se quedan nunca huérfanas de luz. En cambio, sobre todo lo que es propiamente humano cae una noche de piedra. A nosotros nos queda solamente la melancolía de una promesa no mantenida y la absoluta sensación de extravío de quien está en camino, pero no sabe hacia qué norte. En nuestra realidad todo parece accidental, presa del caos, y occidental, en el ocaso. ¿Por qué no nos alcanza esa luz, por qué no nos repara, por qué no nos saca de las tinieblas de nuestros caminos?

La juventud es la única aurora que no regresa y la vida no es sino la viuda de la luz, su origen no es otro que su fin: la nada de la muerte.

Mas la vida mortal, cuando la hermosa
juventud se apaga, no ilumina
nunca con otras luces ni otras albas.
Viuda es hasta el fin; y a la noche,
que otras edades oscurece,
marcan los dioses como sepultura.

Pero nosotros, Giacomo, ¿por qué luz podemos ser reparados? ¿Con qué luz podemos reparar si no está en nosotros? ¿Nuestra semilla puede ser de rosa o es solo una semilla de llanto? ¿O, como mucho, un melancólico canto?

El entramado del destino

«Vivamos, Porfirio mío, y consolémonos el uno al otro: no rechacemos llevar la parte de los males de nuestra especie que el destino ha establecido para nosotros. Ocupémonos de hacernos compañía el uno al otro; y démonos valor y la mano y ayuda mutua para llevar a cabo, de la mejor forma, este cansado esfuerzo que es la vida».

Diálogo de Plotino y Porfirio, *Opúsculos morales*

Querido Giacomo:

Me gustaría que fueras recordado como el poeta del destino y no el del infortunio, de la melancolía y no del pesimismo. Como el poeta de la vida que lucha para encontrar su destinación y su sentido, y no como el poeta de la joroba y de la alegría negada. El destino intentó encerrarte de todas las formas posibles, pero cuanto más empeño ponía en ello, más lo transformabas tú en destinación de belleza, en tarea y deber creativos, sin por ello dejar de sentir todo su peso y su esfuerzo.

Hace algún tiempo tuve como invitado en mi clase a un joven que cursaba el tercer año del bachillerato superior; dentro de un proyecto de cooperación escuela-trabajo, su instituto les ofrecía a los alumnos la posibilidad de «visitar el taller» de alguien que estuviese ya desempeñando el trabajo al que querían dedicarse para ver si, efectivamente, esa era su vocación y no solo un proyecto ilusorio. Se trasladó, pues, desde su instituto a otra ciudad y vino a una de mis clases de primero.

Ese día tocaba uno de los cantos de la *Odisea*, un poema que leemos entero durante el año en que se inicia el Liceo. Nadie se esperaba verlo llegar en una silla de ruedas. Tenía una enfermedad rara e incurable, tan agresiva que un simple resfriado podía resultarle peligroso, y que ya le había destrozado los pies y las manos. Pero no su sonrisa, de la que se traslucía una luz incomprensible y que llenaba de curiosidad a mis alumnos de catorce años. Frente a nosotros se encontraba un muchacho que, a pesar de todo, a pesar de ese destino que golpea a menos de mil personas en toda Italia, estaba allí dispuesto a construir su sueño de convertirse en profesor. No olvidaré jamás ese día y aquella clase, impartida por un chico de dieciséis años que no estaba dispuesto a perder la vida, encastrada en un cuerpo que la traicionaba. ¿Acaso no le hiciste frente tú también, Giacomo, a eso mismo y con el mismo y valeroso ímpetu?

Tú has logrado mejor que nadie observar con el microscopio de la razón y el telescopio del corazón el tejido del destino y has descrito su trama.

El primero de sus hilos es más una cadena, y eso es lo que es necesario, son las leyes que regulan lo que existe y su devenir, reglas férreas que determinan el movimiento de los astros, de las aves, de las plantas, el eterno regreso de la luz después de las tinieblas de todas las noches. Vínculos que el hombre no puede cambiar y que, con frecuencia, tú has mirado con envidia: la Naturaleza no se da cuenta siquiera de que le hace daño al hombre, como le explica al Islandés, navegante indómito en busca de que se aclaren definitivamente todas las dudas que siguen en el aire, un personaje muy fuerte y, al mismo tiempo, debilísimo:

> NATURALEZA: *¿Pensabas acaso que el mundo ha sido creado por vuestra causa? Debes saber, entonces, que en mis hechos, órdenes y operaciones […] mi intención siempre ha estado, y está, enfocada hacia bien otras cosas que la felicidad o la infelicidad de los hombres. Cuando os ofendo de alguna forma, por el medio que sea, no me doy cuenta, salvo rarísimas veces: de igual forma, por lo general, no sé si os proporciono deleite u os beneficio; y no he hecho, como vosotros creéis, tales o cuales cosas o tales o cuales acciones para deleitaros o ayudaros. Y, por último, aunque extinguiese a toda vuestra especie, no me daría cuenta.* («Diálogo entre la Naturaleza y un Islandés», *Opúsculos morales*).

La vida es solo un mecanismo ciego de leyes y necesidades. La consecuencia no puede ser sino el dolor para quien, a diferencia de las cosas de la naturaleza, es consciente de que existe, como el Islandés, cuya condición es precisamente la de quien sufre la lucha entre producción y destrucción que regula la conservación del mundo, carente de cualquier tipo de ternura hacia el hombre. Pero el Islandés no se rinde y plantea uno de sus interrogantes, el definitivo, que podría dar esperanza:

> *¿A quién le gusta o a quién le beneficia esta vida infelicísima del universo, conservada con daño y con muerte de todas las cosas que lo componen?*

La respuesta es solo un gran silencio. Habría alguna respuesta si hubiese un interlocutor vivo, pero solo hay una divina Indiferencia Necesaria. El juego ha terminado. La Naturaleza vuelve a ser destino ciego que, puede que bajo la forma de leones, puede que bajo la forma de viento del desierto, deshace los átomos del Islandés que navega, como Ulises, hasta los extremos confines del mundo para buscar una respuesta a las preguntas del pastor errante: ¿qué soy yo?, ¿adónde tiende este mi vagar breve? Errar se ha convertido en navegar hacia tierras extremas, donde se esconde la Necesidad.

En el segundo hilo de la trama del destino se trenzan más elementos, tantos como para parecer una cuerda: son los «hechos», es decir, aquellas cosas que no dependen de las leyes naturales, pero que, una vez colocadas por alguien, se vuelven necesarias ellas también. Están realizadas por el hombre, que se despierta todas las mañanas descansado y lleno de renovada energía, dispuesto a

iniciar algo. Todo pertenece al dominio de la Historia. Si la naturaleza está regulada por leyes necesarias, como la gravedad y las órbitas de los planetas, la Historia está regulada por las elecciones de los hombres, estas determinan los hechos y dan al hombre la exaltación del futuro que siente, aunque sea solo en parte, que está en sus manos y depende de sus decisiones. Todas las mañanas un inmenso gallo repite su misterioso canto que empuja a los hombres a salir de nuevo a la luz, como si nacieran del regazo de su sueño:

> *En pie, mortales, despertad. El día renace: regresa la verdad sobre la tierra y parten de ella las imágenes vanas. Surgid; volved a tomar la carga de la vida; conducíos de nuevo desde el mundo falso al verdadero. Todos en este tiempo recogen y recorren con la mente todos los pensamientos de su vida presente; traen a su memoria los planes, los estudios y los negocios, se plantean los placeres y los afanes que aparecerán para intervenir en el espacio del nuevo día. Y todos en este tiempo están más deseosos que nunca de encontrar en su mente expectativas alegres y pensamientos dulces.* («Cántico del gallo silvestre», *Opúsculos morales*).

El simple hecho de que una persona esté en el mundo está regulado por la libre elección de otras dos personas que se han encontrado y amado, llenas de esperanza en la vida. Cuando pienso, aunque sea solo por un instante, Giacomo, en que yo también estoy hecho por esta cuerda de la Historia, siento miedo ya que, inmediatamente, surge en mí tu pregunta: ¿por qué existo en vez de no existir? «*¿A qué tantas estrellas? /… ¿y yo qué soy?*».

Y el uso de ese «qué», que no es aún un «quién», deja traslucir otra pregunta: ¿soy algo de la Naturaleza, como las «estrellas», o alguien en la Historia?

Qué importa... el entramado de las libres voluntades es tan sumamente denso que la Historia, para nosotros, que venimos después, es siempre un destino. Y esa Historia es tan dramática como las cadenas de la Naturaleza porque está enfocada solo hacia un fin y, por mucho que nos esforcemos en que las cosas vayan de otra forma, acabamos por casarnos con la causa de la Necesidad natural:

> *Cierto, la causa última del ser no es la felicidad, dado que ninguna cosa es feliz. Cierto, las criaturas animadas se proponen este fin con cada una de sus obras, pero no lo alcanzan con ninguna: y en toda su vida, ingeniándose, esforzándose y penando siempre, no sufren realmente por otra cosa y no se esfuerzan sino para llegar a este solo intento de la naturaleza, que es la muerte*.

Esa combinación de Naturaleza e Historia que es el destino nos ocurre a cada uno de nosotros de forma única y, una vez que nos ha ocurrido, inmodificable: «Le he preguntado a muchos si les gustaría revivir el pasado, con la condición de que fuera exactamente igual que la primera vez. Me lo he preguntado con frecuencia también a

mí mismo» (*Zibaldone*, 1 de julio de 1827). Este diálogo tuyo, interior y exterior, dará origen a otro de tus *Opúsculos*:

> TRANSEÚNTE: *Si pudiese revivir su vida entera, con todo lo bueno y lo malo que le ha pasado, ¿lo haría?*
> VENDEDOR: *No, eso no me gustaría.*
> TRANSEÚNTE: *¿Y qué otra vida querría revivir? ¿La que he tenido yo, la de un príncipe, la de cualquier otro? ¿No cree que yo mismo, o el príncipe, o cualquier otro contestaríamos lo mismo que usted? ¿Y que nadie, si tuviese que revivir el pasado punto por punto, querría hacerlo?*
> VENDEDOR: *Sí, sería así.*
>
> («Diálogo entre un transeúnte y un vendedor de almanaques», *Opúsculos morales*).

Por eso necesitamos darle un nombre a ese entramado: fortuna, azar, suerte, hado, providencia… Y esperamos que nos reserve algo bueno de cara al futuro, dado que el pasado no se puede modificar:

> TRANSEÚNTE: *Eso me gustaría a mí si tuviera que revivir el pasado, igual que a todos. Indicio de que la suerte, hasta este año, nos ha tratado mal a todos. Y se ve claramente que todos opinan que lo malo que les ha tocado vivir ha sido superior a lo bueno dado que, de poder revivir tanto lo malo como lo bueno, nadie querría volver a nacer. La vida que se considera bella no es la vida que se conoce, sino la que no se conoce; no es la vida pasada, sino la futura. Con el año nuevo, la suerte empezará a tratarle bien, igual que a mí y que a todos los demás, y empezará la vida feliz. ¿No es verdad?*
> VENDEDOR: *Esperemos que sea así.*
> TRANSEÚNTE: *En ese caso, enséñeme el almanaque más bonito que lleva.*

Todos esperamos que las cosas vayan a mejor, pero ¿hay alguna posibilidad de que esto ocurra, Giacomo? ¿Ese entramado tendrá alguna vez nuestro nombre y apellidos? ¿Qué hacer con él si está abocado a la muerte? ¿Qué hacer con él si no querríamos jamás vivirlo de la misma forma?

Tú sabías, sin embargo, Giacomo, que el destino no es la mera suma de esos hilos trenzados unos con otros; esos hilos son solo el entramado visible, pero el hombre, inserto en esta arquitectura de la existencia, pasa de ser algo, un «qué», a descubrir que es alguien, un «quién», y se pregunta cuál es su campo de acción y cómo aprender a elegir la vida que le ha sido destinada, como un artista que ha vencido la dureza del bloque de mármol.

Tú descubres poco a poco que el destino está, en realidad, en el hombre, la asignación de un deber y que el hombre está llamado a asumir toda la responsabilidad y realizarlo. Eso hace de ti el gran poeta del destino: no permites que este coincida con la necesidad, con los datos de hecho, con la suerte, sino que le dejas su espacio de misterio, que interpela la acción apasionada del hombre. Por eso el hombre de tus versos está siempre en movimiento: un pastor errante, un caminante confuso que afronta la noche con valor y supera la conclusión provisional que había encontrado en su

madurez, la de los *Opúsculos morales*:

> *Si obtengo la muerte moriré sumamente sereno y feliz, como si no hubiera esperado ni deseado otra cosa en el mundo. Ese es el único beneficio que puede reconciliarme con el destino*. («Diálogo de Tristán y de un amigo», *Opúsculos morales*).

Tú vas más allá de esta serena aceptación de la muerte. Para transformar todo en llamada es preciso el heroísmo de quien transforma en himno la elegía, en épica la melancolía; para la vida, incluso la más débil, es necesario el eros intacto. Porque el deber de todo ser humano, también el más frágil, es permanecer fiel a sí mismo, como ese chico que quiere dar clase desde la cátedra dramática y sonriente de su silla de ruedas.

La poesía es la luz cuando se está a oscuras y la oscuridad cuando hay luz

«Vuestra carta, después de dieciséis meses de horrible noche, después de una vida que no le deseo ni a mis peores enemigos, ha sido para mí como un rayo de luz, más bendito que el primer vislumbre del crepúsculo en las regiones polares».

Carta a Pietro Colletta, 2 de abril de 1830

Querido Giacomo:

Sobre tu tumba, en el Parco Virgiliano de Nápoles, está la fecha de tu nacimiento y la de tu muerte: 29 de junio de 1798, Recanati – 14 de junio de 1837, Nápoles. Treinta y ocho años, casi treinta y nueve. Los antiguos lo sabían: la tumba —junto a los relatos de los que somos protagonistas— es el único modo de vencer a la muerte (es decir, al olvido). Sobre esa piedra queda atestiguado, de una vez por todas, el hecho de que estuviste enraizado en esta tierra menos de cuarenta años. ¿De cuántos hombres, de entre los cerca de ochenta mil millones que han surcado los caminos de nuestro mundo, no se sabrá ni siquiera eso? Tus *Cantos* son el destilado de esos treinta y ocho años: es un libro pequeño, pero tan rebosante que parece llevar en el bolsillo los milenios.

Un poeta que me gusta mucho y que nos dejó hace poco, Yves Bonnefoy, te dedicó en 2006 una poesía: *La tumba de Leopardi*. Yves Bonnefoy, quizá tu legítimo heredero en el siglo XX, poeta del deseo, de la vigilia, de las preguntas, de la «claridad» que hay que buscar a toda costa, escribe en la primera estrofa:

¡En el nido de Fénix, cuántos se han
quemado los dedos removiendo las cenizas!
Fue por consentir con tanta noche
por lo que él obtuvo haber recogido tanta luz.[5]

Solo los poetas son críticos fiables de otros poetas. En estos versos está contenido el único epitafio capaz de expresar por entero la unidad de sentido de tu vida, comprendida entre las dos fechas grabadas sobre tu lápida. Lo que me importa de todos los hombres y mujeres es poder decir quiénes fueron, arrancar el secreto de la «necesidad» de su existencia en el gran juego del mundo, el sentido de una vida entera sustraído al anónimo discurrir de los milenios. El tuyo está contenido en estos dos versos: solo aceptando, consintiendo con tanta noche, has podido encontrar tanta luz, has nacido de un límite que había que superar, como el ave fénix. Tu luminosa noche, o tu luz nocturna, es tu secreto, tu paradoja. Solo un corazón amante de la luz sabe ser amigo de la noche, solo un

hombre que se arriesga a perder la vista sabe apreciar la luz, incluso cuando esta es muy escasa.

Todos los grandes artistas se alimentan de momentos de crisis y de desarmonía porque su arte es el lado cóncavo del lado convexo de la vida o el convexo del cóncavo. Habitando con plenitud la parte insuficiente y limitada de vida que les ha sido dada, viviéndola como posibilidad y no como simple privación, dejan intuir la parte que falta.

Hoy, Giacomo, cuando se estudia Literatura italiana, se empieza por un texto de Francisco de Asís, el *Cántico de las criaturas* o *Cántico del hermano sol* (¡siempre hay una estrella engarzada en los versos de los poetas!). La literatura en nuestra lengua ha nacido cuando alguien, frente a la belleza de las cosas, se sintió arrebatado, como tú, y, no consiguiendo contener su alegría, envuelto por el asombro y la maravilla, al darle las gracias al Creador por esa belleza ha escrito palabras igualmente hermosas, que todos pudieran repetir, en la lengua que hablaban todos los hombres, todos los días: el vulgar. Lo mismo te había ocurrido a ti cuando viviste tu arrebatamiento: buscaste las palabras adecuadas para expresar la primavera de las cosas, no podías esperar a que pasara el tiempo para celebrarla. Del entusiasmo del corazón maravillado y amante ante el agua, el fuego, el viento, las estrellas y la propia muerte, nacen todas las literaturas en general y la italiana en concreto. Las cosas existen y son hermosas, aunque no estén pensadas para serlo, por eso hay que exaltarlas.

También tú, como Francisco de Asís, te entretenías contando estrellas por la noche, una por una, era tu plegaria y la fuente de tu canto porque, como dice otro poeta, Paul Celan, «la atención es la plegaria natural del alma». Y, sin embargo, también tú, como Francisco, extraías ese canto del dolor. Muchos creen que el *Cántico de las criaturas* nació de un instante de sencilla exaltación, panteísta y gozosa, en el encanto de la naturaleza y bajo la luz del sol. Todo lo contrario. Nace de una de las noches más atormentadas y dolorosas que vivió, física y espiritualmente, aquel hombre con los ojos enfermos, como tú, que tampoco podía soportar ni siquiera la luz de las velas. Durante aquella noche insomne se sintió abandonado por Dios, en el frío exterior e interior imperaba el silencio de su Creador, y él imploraba, desesperadamente, que pasasen cuanto antes esas horas y ese silencio. Dios le respondió al alba, con el renacer de todas las cosas, y, a la luz virginal de la mañana, que descubría la belleza, aún intacta, brotó ese cántico desde el pozo del abandono, del miedo a que la nada resultase

vencedora. Un cántico que no tiene nada de panteísta ni de sentimental, cuya fuerza reside, por el contrario, en que se abre a la realidad limitada del hombre y se transforma en plegaria dirigida a Dios, creador y recreador de las cosas y, por lo tanto, garante del ser y no de la nada: aquel que se hace cargo de todos los destinos para que florezcan, incluso cuando parece que no es así. Un cántico del ser nacido, precisamente, a partir de la absoluta pobreza y de la fragilidad que Francisco había elegido y que, durante aquella noche, se habían convertido en duda lacerante, en dolor, en miedo a haberlo arriesgado todo por un destino ilusorio. A partir de aquella noche obtuvo respuesta y la luz de la mañana se instaló en su corazón, igual que en el cielo, hasta tal punto que sintió que la muerte también era su hermana, que todas las cosas eran habitables, incluso las más oscuras.

Hay algo de «franciscano» en tu poesía, Giacomo, en tu búsqueda de la luz en medio de la noche: con tus ojos enfermos, amenazados ya por la ceguera, vislumbrado el inexorable camino que lo conduce todo hacia la muerte, transformas las cosas en canto, también las más pequeñas y más frágiles, con su misterio de intensa presencia. Estamos hechos para la palabra, no para la muerte, porque la palabra puede pronunciar las sílabas que vencen a la muerte: «te amo», es decir, «es hermoso que existas».

Tu pluma fue una pluma de luz, muy tenue, pero de luz en cualquier caso. Una luz melancólica, herencia de una luz perdida, o de una luz prometida que aún no nos ha sido dada, como el crepúsculo. Volvías a ascender hacia la luz, a través de la oscuridad, regresando, como un minero, con un saco de diamantes al hombro, con señales de miedo y cansancio en tu mirada y tu rostro. Tus diamantes no son de carbono, sino de versos, tienen la forma de cánticos extraídos de las cuevas más oscuras del yo. Estamos hechos para la palabra, no para la muerte, porque la palabra puede pronunciar sílabas que reparan la muerte creando belleza.

Y esto es lo que salva la vida porque «quien ha nacido para cantar también muere cantando» (Giuseppe Ungaretti), como solo saben hacer los mártires, es decir, los testigos (eso es lo que quiere decir «mártir») de la vida en su totalidad. Tú me has enseñado que siempre se puede cantar, aunque lo que se cante sea un «quizá», un signo de interrogación, una pregunta, una búsqueda. El que canta «dice bien», es decir, bendice el mundo y lo repara.

Has modulado un tenue canto que se escucha en el silencio de la noche, «alejando el morir», para decir sí al hecho de estar aquí, con nuestras heridas, que hay que curar a diario, sobre todo a quien está

a nuestro lado, regalando lo poco que tenemos, nuestra propia fragilidad, como una semilla que se dona a sí misma a la luz para convertirse en flor, también en medio del desierto, como hacen los lirios en las áridas playas de mi tierra o como hace tu retama con su heroico aroma:

Y tú, lenta retama,
que de aromados matorrales
adornas estos campos despojados.

La retama: florecer en el desierto y hacer florecer el desierto

«O la vida volverá a ser una cosa viva y no muerta o este mundo se convertirá en una jaula de desesperados
y puede que también en un desierto».
«Fragmento sobre el suicidio», *Apéndices a los Opúsculos morales*

Querido Giacomo:

Tu último poema, tu testamento, lo titulaste: *La retama* o *La flor del desierto*. Pasaste los últimos años de tu vida entre Nápoles y Torre del Greco, donde te refugiaste cuando la ciudad fue pasto del cólera, que segaba vidas de hombres con total indiferencia hacia ellos, como la Naturaleza con el Islandés. El paisaje que podías contemplar desde la Villa de las Retamas —rebautizada así en tu honor, después de que llegaras hasta allí, a lomos de un mulo, por un empinado camino excavado en la lava— era una árida extensión pedregosa, un desierto negro en el que toda forma de vida estaba abrasada y cansada de vivir, salvo por una excepción: las manchas de violento amarillo de los arbustos de retama. Esas flores despiden un intenso perfume, como ocurre con las plantas que crecen en medio de la nada, que extraen su fuerza de su frágil agarradero para explotar en una belleza que no habrían producido en circunstancias más favorables. La vida es bellísima y terrible cuando lucha para vivir más. La belleza nace de los límites, siempre. En este paisaje, donde la lava negra se recorta contra el azul purísimo del cielo, hiriéndolo, y la piedra oscura absorbe toda la luz del sol, el perfume emana con fuerza, impidiendo a los hombres creer que el desierto va a tener la última palabra.

Tú sabías leer la realidad y cada uno de sus aspectos en varios planos, sabías que todas las cosas son una metáfora, que si las cosas tuviesen el don de la palabra expresarían su relato. Y la palabra se la concedías tú, salvándolas de la muerte. La retama es la palabra del desierto, que se eleva para afirmar la vida: una fe, puede que humilde, pero intensamente fuerte, en la vida. Sabías reconocer el desierto porque sabías cómo habitarlo, como le escribiste algunos años antes a Pietro Giordani: «Como ocurre con frecuencia, me encuentro como en un desierto» (carta del 29 de julio de 1828). Así, mediante un acto de conocimiento poético, penetras en las fibras de la flor de la lava, formas parte de su existencia y nos desvelas que es igual a la existencia de todos nosotros.

Solo tu poesía podía dar voz a una flor del desierto, tus

contemporáneos jamás le hubiesen prestado atención, ocupados como estaban, con tal de no plantearse la muerte, en magnificar el progreso imparable y feliz del hombre:

Naturaleza, siempre verde, sigue
por tan largo camino,
que parece inmóvil. Caen, en tanto, los reinos,
pasan gentes y lenguas: y ella no lo ve,
y, arrogante, se cree el hombre eterno.

Tus ojos, cada vez más debilitados por la enfermedad, estaban, en cambio, perfectamente abiertos ante la verdad de la condición humana: una flor que crece en el desierto, como si el desierto fuese la condición necesaria para evocar el infinito que está dentro de nosotros mismos y hacerlo brotar a nuestro alrededor. Estabas a punto de cumplir los treinta y nueve años cuando modulaste estos versos, bajo las estrellas:

Muchas veces en estas laderas
que, desoladas, oscuras,
dura lava recubren, y se ondula,
me siento por la noche; y sobre este triste llano,
en el azul purísimo,
contemplo el llamear de las estrellas,
a las que, de lejos, hace espejo
el mar, y todo, en torno, centellea
en el sereno, vacío fulgurar del mundo.
Cuando los ojos pongo en esas luces
que parecen un punto
y que son tan inmensas
que parecen el mar, la tierra a su lado
solo es un punto; a las cuales
no el hombre, sino este
globo en el que el hombre no es nada,
ignorado es del todo; y cuando contemplo
las que sin duda son aún más remotas,
nebulosas de estrellas,
que niebla nos parecen, y a las que el hombre,
no la tierra, sino todo a la vez,
el número infinito de las moles
y el áureo sol, y las estrellas que vemos,
o son ignotas, o lo parecen, como aquellos
a la tierra, un punto
se nebulosa luz; ante mi mente,
¿qué pareces tú entonces raza
humana?

Del lúdico juego del joven que *finge* el infinito con la fuerza de la imaginación, de la melancólica sensación de exilio del hombre maduro, emerge ahora un ser nuevo, frágil y flexible como los matojos de retama, utilizados sobre todo para hacer cordeles dúctiles y muy resistentes. Florece, con todas sus fuerzas, como un

emblema de la condición humana, y tú la observas con atento sentimiento de la vida, en una noche en la que te parece oír el vacío que se abre bajo las galaxias infinitas, el mismo vacío que sentían el pastor errante y el viajero confuso.

Regresa, de hecho, su pregunta, a la que has permanecido fiel, pero que ahora planteas sin máscaras; ahora eres tú mismo quien, sentado en aquella landa, interrogas a las estrellas mientras, en la lejanía, el soplo del mar respira sobre la lava endurecida: «*¿Qué pareces tú entonces, raza / humana?*».

La fragilidad de las vidas humanas, representadas como hormigas que se afanan por sobrevivir pero que son aplastadas por una manzana que cae sobre el hormiguero, contrapuesta a la del infinito entero, te empuja ya a soltar una carcajada, cuando piensas en la soberbia del hombre, ya a la compasión, cuando lo ves abatido. La condición humana es similar al trabajoso brotar de la flor de luz en medio de las tinieblas: la retama del desierto de lava, la flor consciente del límite que nace, sin embargo, de la victoria sobre ese mismo límite. Flor lenta, es decir, frágil y flexible, respetuosa con los tiempos naturales, que no procede a saltos, que no lo quiere todo aquí y ahora, sino que busca con paciencia y da toda la vida que posee y que puede dar para llegar a su cumplimiento. Flor que no es cobarde, ni servil, sino heroica e inocente, capaz de aceptar el lugar que no ha elegido, transformando el destino en auténtica vocación o destinación de belleza.

Y tú, lenta retama,
que de aromados matorrales
adornas estos campos despojados,
pronto a la cruel potencia
sucumbirás del subterráneo fuego,
que retornando al sitio
ya conocido, ávido manto extenderá
sobre tus tiernas ramas. Y doblarás
rendida, bajo el hacha mortal,
tu inocente cabeza;
mas, hasta entonces, no la habrás abajado
cobardemente suplicando ante
el futuro opresor; ni la habrás alzado
con orgullo arrebatado a las estrellas,
ni en el desierto, donde
lugar y nacimiento,
la fortuna, no el gusto, quiso darte;
pero más sabia y mucho menos
enferma que el hombre, no has creído
que tus débiles descendientes,
por ti o por el hado, se hayan hecho inmortales.

Las frágiles plantas de retama no se creen inmortales ni por destino ni por autosugestión: saben de su mortalidad y no la dejan escapar, transformándola en perfume y color para el mundo, aunque nadie se fije en ello. Sientes la vida de la retama porque es la tuya y, quizá, la de todos los hombres que son lo bastante valientes como para no esconder su condición dentro de corazas más o menos espesas.

Tampoco tú has renunciado a crear belleza en medio del desierto, desde las tinieblas. Llevabas la luz de quien sabe hacer una cosa hermosa aunque permanezca ignorada para el mundo porque ese secreto puede bastar para dar plenitud y felicidad: «No con otra satisfacción sino la de haber hecho una cosa hermosa en el mundo, sea esta reconocida o no como tal por los demás» (*Zibaldone*, 15 de febrero de 1828).

Escribir sobre este canto dedicado al amenazador poder del Vesubio y a la gentileza de la retama me ha hecho acordarme de una vez en la que fui a ver las ruinas de Pompeya y me quedé atónito ante la forma de los cuerpos sorprendidos por la lava e inmovilizados en su última «pose». Su carne se evaporó después dentro de ese sarcófago endurecido, formando el cóncavo de ese último gesto, que los arqueólogos han rellenado con yeso para devolver el terrible convexo. Entre esa especie de esculturas me llamó sobre todo la atención una madre que intentaba proteger a su hijo cubriéndolo con su cuerpo, como si pudiese salvarlo de las toneladas de fango incandescente. El último gesto es de protección, de piedad, de misericordia hacia la vida frágil y contra el destino inexorable. Ese gesto de belleza petrificada, ese darse al otro, es el mismo que tú has representado en *La retama*.

En tu siglo de certezas triunfalistas, hechas de bienes materiales y progreso, tú, con tu retama, no caes en el ilusorio engaño de creerte inmortal, sino que aprendes de la tierra de la que brotas el dramático oficio de vivir para transformarlo en el arte de ser mortal. Aun así, el reconocimiento de tu fragilidad no te exime del deber de florecer, no se convierte nunca en la coartada para prescindir del ímpetu erótico y heroico hacia la vida, de la lucha.

La retama, síntesis de todas las edades de la vida, perfuma la landa desolada del desierto e incluso la consuela, volviéndola habitable, al menos un poco, para quien la atraviesa. Gracias a esta pequeña e indómita belleza se puede aún tener esperanza. Se debe.

Donde tú, flor gentil, brotas, y casi
compadecida con los daños ajenos, envías
a los cielos dulcísimo perfume
que al desierto consuela.

Esta es la esencia de una flor, ese es su deber: perfumar y consolar, llegar a su cumplimiento y convertirse en regalo.

Tú te conviertes en retama, en la flor que acepta la vida tal y como es, llena de dureza, impenetrable, y carga con su dulce peso, transformándose a sí misma en perfume, colores y ligazones para los hombres. Fiel a sí misma, repara el desierto. No se abandona a la renuncia, ni teme cambiar las cosas, sino que lucha y ama. Como aquella madre que abraza a su niño cuando la lava está ya a punto de devorarlos. El último gesto siempre es de amor, también cuando parece que el destino ha vencido. Tú reparas a los hombres con la palabra que florece en su desierto interior.

Tus últimas palabras, no en verso, sino en prosa, se las escribiste a ese mismo padre del que quisiste huir. El cuerpo ya está cediendo al cansancio, pero el corazón sigue despierto y sediento de infinitud, y modula casi una melancólica, definitiva plegaria:

A Monaldo Leopardi

Nápoles, 27 de mayo de 1837

Mi queridísimo papá:

[…] Si me libro del cólera, y tan pronto como mi salud lo permita, haré todo lo posible para volverle a ver, sea la estación del año que sea; el motivo de mi prisa es que los hechos ya me han convencido de aquello que siempre había previsto, que el fin previsto por Dios a mi vida no está lejos. Mis sufrimientos físicos, diarios e incurables, han llegado con el tiempo a un grado tal que ya no pueden aumentar: espero que, superada por fin la pequeña resistencia que opone mi cuerpo moribundo, me conducirán al eterno descanso que invoco cálidamente todos los días, no por heroísmo, sino por el rigor de las penas que sufro.

Les doy las gracias tiernamente a usted y a mamá por los diez escudos que me han dado, les beso a ambos las manos, abrazo a mis hermanos y les ruego a todos que le pidan a Dios para que, después de que los haya visto, tenga una buena y rápida muerte que ponga fin a mis males físicos que no se pueden curar de otra forma.

Su amantísimo hijo Giacomo

La escuela según Leopardi

«Pero el entusiasmo de los jóvenes, hoy en día, por las costumbres del mundo y la experiencia, se apaga no por otra cosa ni por distinto motivo que por lo que lo hace una luz: por falta de alimento».

Zibaldone, 13 de junio de 1821

«No es preciso extinguir la pasión con la razón,
sino convertir la razón en pasión».

Zibaldone, 22 de octubre de 1820

Querido Giacomo:

Las personas que reparan el mundo son aquellas que aman aquello que hacen, independientemente de la grandeza de lo que hacen. Su vida modula un canto continuo y emanan una luz que no les pertenece a ellos y que parece atravesarlos, un perfume que se expande sin que ellos se den cuenta. Es el caso de una profesora que murió de cáncer a los cincuenta y ocho años y cuyo hijo quiso contarme su vida porque el último libro que había leído su madre era mi tercera novela.

«Soy un joven de diecinueve años. Mi madre murió hace tres semanas, a los cincuenta y ocho años. Ha estado luchando contra el cáncer desde el 2011; cada vez que todo parecía haber acabado, todo volvía a empezar.

»Ha tenido una vida increíble. Créeme, no quiero hablarte de ella como si fuera una *star*.

»Le gustaba descubrir. Siempre estaba en busca de cosas nuevas que la ayudasen, le produjesen satisfacción. Por eso le gustaba mucho viajar. Recorrió toda Europa, incluso cuando era adolescente y, económicamente, eso era casi imposible; pero ella se buscaba la vida y conseguía hacerlo. Conseguía hacer todo lo que se proponía. Se sentía fascinada ante todas las maravillas de este mundo, descubría siempre cosas que a los demás se les escapaban.

»Adoraba dar clases. Era profesora. Empezó como suplente y siguió siéndolo hasta que nacimos mi hermano y yo. A pesar de las mil dificultades que tuvo que afrontar a lo largo de su vida, nunca tiró la toalla. Al final, consiguió ser profesora de instituto. Su trabajo le apasionaba tanto que solo una grave enfermedad, como la que padeció, pudo impedirle seguir haciendo aquello que amaba. Era una profesora distinta a las demás. Una Profesora con mayúsculas. No es porque lo diga yo, son sus propios alumnos los que lo dicen, con frases como: “He pasado de ser un alumno que solo sacaba insuficiente a sacar sobresaliente. No es solo una cuestión de notas… A lo que me refiero es que tu madre sabía cómo despertar el entusiasmo en un alumno y ese es uno de los dones de

las personas realmente grandes”.

»Consiguió conciliar sus dos grandes pasiones: viajar y la enseñanza. Iba a todos los sitios a los que su físico se lo permitía, a ser posible acompañada de sus alumnos.

»También le gustaba muchísimo leer. Leía a todas horas, lo necesitaba. Los libros la ayudaban, le daban consejos.

»El último libro que ha leído, antes de que la enfermedad le impidiese hacerlo, fue precisamente uno tuyo: *Lo que el infierno no es*. Antes de dejarnos les recomendó a muchas amigas suyas que lo leyeran, sobre todo la parte en la que habla de “las cinco cosas que un hombre lamentará cuando esté a punto de morir”. Se veía reflejada en las cinco.

»Mi madre adoraba la vida. Pocos días antes de dejarnos me dijo: “No me quejo, he tenido una vida fantástica y he hecho casi todo lo que quería”.

»Si hay cinco cosas que un hombre lamentará cuando esté a punto de morir, hay una que, sin duda, no lamentará jamás. La de haber vivido. Haber formado parte de este hermoso planeta. Haber amado y haber sido amado profundamente».

El hijo me hablaba solo de lo que su madre ha sabido amar, es decir, de su legado. Son sus amores, no sus tumores, lo que recuerda de ella, y la memoria está tan viva que el mundo, aunque ella falte, le parece un lugar que merece la pena habitar. Los arrebatamientos de esta mujer —viajar, enseñar, leer— han iluminado su existencia y la de quienes pasaron junto a ella: han sido como las flores de un arbusto de retama.

Si en una vida no se encuentra esta fuente secreta e inagotable, se cae en la nada y la nada solo puede generar nada; la vida, en cambio, genera vida, incluso cuando encuentra resistencia.

Tú estabas convencido, Giacomo, de que la infelicidad de una época se puede juzgar por el espacio y el tiempo que dedica a la fealdad, entendiendo por fealdad la interrupción del cumplimiento de las cosas y de las personas. Hoy lo han demostrado incluso los neurólogos. En cualquier latitud y longitud del mundo, a la gente, en contacto con la fealdad, le ocurre lo mismo: se activan las zonas cerebrales relativas a los sentidos y las redes neuronales cercanas a la amígdala, la parte más antigua e instintiva de nuestros circuitos, la que contiene las reacciones ante todo aquello que amenaza nuestra vida. Nuestro cerebro le impone al corazón que envíe más sangre a los órganos que sirven para preparar el cuerpo para huir. Quizá por eso, alimentados de imágenes de destrucción y de desencanto, experimentamos en nosotros, con excesiva frecuencia,

ese sentimiento de miedo y de amenaza, sin saber de dónde procede. Poco a poco, nos hemos acostumbrado al desencanto, permitiendo que el cinismo conquiste, uno tras otro, los bastiones de nuestro corazón.

La belleza transforma el mundo en un encuentro (una manzana puede ser suficiente, como la que Cézanne no se cansaba de pintar: «Asombraré a París con una manzana»), mientras que la fealdad transforma el mundo en una amenaza (también una manzana puede bastar, como la que acaba en la espalda del pobre Gregor Samsa, lanzada por un padre que lo odia). Dostoievski le hacía proclamar a gritos a uno de sus personajes que el hombre «¡sin la belleza no tiene nada que hacer en el mundo! ¡Todo el secreto está ahí, toda la belleza está ahí! La ciencia misma no se sostendría un solo minuto sin la belleza, ¿sabéis eso, vosotros, sí, los que os estáis riendo? ¡Se convertirá en banalidad, no inventaréis ni siquiera un clavo!» y tenía razón. Sin belleza solo podemos quedarnos encerrados en casa, aguardando el final, confiando en que la fealdad no cruce el umbral de nuestra habitación. Solo la belleza nos inspira para salir de nosotros mismos, para explorar, amar, crear, reparar. La belleza nos entusiasma por el trabajo. Y el trabajo bien hecho, sea el que sea (siempre y cuando sea honrado), salva el fragmento de mundo que nos ha sido confiado porque lo lleva a su posible y fecundo cumplimiento.

Nos enamoramos solo a través de la belleza, por eso los poetas tiene el don de enamorarse continuamente. Si nos volvemos incapaces de leer poesía, nos deslizamos y caemos en la ceguera hacia la belleza, perdemos el amor, como demuestra nuestro hastío ante lo cotidiano, auténtica carrera de obstáculos, espacio de prestaciones sin tregua, sed de fugaces fines de semana, nunca tan satisfactorios como esperábamos. Se extiende, en un mundo que busca el confort en cada esquina de la vida, la paradoja de no saber ya estar en el mundo a fuerza de consumirlo. Para aprender a «estar» y luego a dar es preciso, pacientemente, «detenerse». Tú me has enseñado, Giacomo, cómo se puede estar en el mundo cada instante, cómo habitarlo cada minuto, no importa la condición que se nos ha dado habitar, para encontrar la belleza. ¿De qué forma? Con eso que llamamos «inspiración» y que ya no sabemos ni siquiera qué es. La hemos reducido a una especie de prurito interior que ataca a gente extravagante y, en cambio, nada como la inspiración puede iluminar nuestra vida cotidiana desde dentro, con esa luz que vuelve cada uno de nuestros gestos en algo auténtico y en fecundas nuestras obras, con independencia del resultado.

«La inspiración no es un privilegio exclusivo de los poetas o de los artistas en general», dice la poetisa Wislawa Szymborska. «Existe, ha existido siempre un grupo de individuos visitados por la inspiración. Son aquellos que, de forma consciente, eligen un trabajo y lo desempeñan con pasión y fantasía. Hay médicos así, y pedagogos, y jardineros, por no hablar de centenares de profesiones más. Su trabajo puede constituir una aventura incesante, solo con que consigan plantearse siempre un nuevo reto. Pese a las dificultades y las derrotas, su curiosidad nunca decae. Por cada problema resuelto surge una profusión de nuevos interrogantes. La inspiración, sea la que sea, nace de un incesante "no sé". Hay pocas personas así. La mayoría de los habitantes del planeta trabaja para vivir, trabaja porque debe. No eligen el trabajo por vocación, son las circunstancias de la vida las que eligen por ellos. Un trabajo que no te gusta, un trabajo que aburre, apreciado solo porque no es accesible a todos, es una de las mayores desgracias que le pueden ocurrir al hombre. Y nada hace presagiar que los próximos siglos aporten algún feliz cambio en este sentido» (discurso pronunciado en la entrega del Nobel de Literatura en 1996).

Esto es lo que nos hace falta. Reconciliarnos, gracias a la belleza, con nuestro «hacer» en el mundo. Hacer un trabajo que se convierta en poesía: algo que haga más hermoso el mundo y nos convierta en artistas de nuestra «Sixtina existencial». Esto es lo que nos regala tu poesía, Giacomo, una belleza que repara nuestro destino porque nos inspira, despierta la búsqueda de una destinación.

La lectura de lo que me has escrito me ha resultado salvadora, me has inspirado nuevos inicios a partir de tus conclusiones. Me has llevado a aquellas estancias de mi vida anterior de las que huía cuando tenía diecisiete años y a aquellas que habría mantenido cerradas en años sucesivos. Y me gustaría que siguiera siendo así durante muchos años.

Yo creo que el lugar en el que pueden ocurrir estas «iniciaciones» a una vida más plena es la escuela, auténtico vivero del futuro, campo de destinos confiado a los jardineros de lo humano.

La primera vez que di clase tuve un grupo de alumnos muy motivado, compuesto por chicos a los que les gustaba estudiar, conocer, profundizar. Cuando llegamos al último año de instituto, me dejé atrapar por el estrés del programa: hacer todo lo que se pudiera de la mejor forma posible. Consumía las obras concediéndole más importancia al «hacer» que al «encontrar». El vuelco ocurrió cuando uno de los alumnos reaccionó de mala

manera y preguntó: «¿De qué sirve que lo veamos todo así, deprisa y corriendo, sin poder retener nada porque no hay tiempo para dejarlo sedimentar?». Me detuve, petrificado. Me había dejado programar por el programa, en vez de ponerme al servicio de la belleza, del cumplimiento de las vidas que me habían sido confiadas. A ritmo con el programa van la vida y sus estaciones, que precisan silencio y lentitud, como una planta que produce primero el tallo, luego la flor y, finalmente, el fruto, mientras sus raíces se hacen profundas al mismo paso: «La razón es que la naturaleza no va a saltos y que, forzando la naturaleza, no se obtienen resultados duraderos. O, para ser más precisos, estas transiciones precipitadas son transiciones aparentes, pero no reales» («Diálogo de Tristán y de un amigo», *Opúsculos morales*).

La escuela, Giacomo, podría reparar mucha belleza si se resistiese a la típica tentación del consumismo: apropiársela inmediatamente y hacerse la ilusión de que así la posee; si se liberase de la obsesión por emprender una carrera enfocada a alcanzar resultados cuantificables, no respetuosos hacia las singulares originalidades; si hiciéramos una pausa frente al arte y nos dejásemos alcanzar por la gratuidad de la belleza. En vez de eso, muchas veces, es precisamente en la escuela donde aprendemos que la belleza es aburrida, superflua e inútil. Los dos libros más odiados por los italianos son *La Divina Comedia* y *Los novios*, cuya grandeza se mide, precisamente, por su capacidad para resistir los ataques de la escuela, que los reduce «a fragmentos» y tiende a usarlos como un pretexto para hacer análisis gramaticales en vez de un texto para construir la vida.

Siempre que empiezo con mis alumnos la lectura integral de la *Odisea* y de *Los novios* los veo perdidos, como si los estuviera llevando a otro país. Pero eso es lo que se necesita: ser llevados, arrebatados, a otro lugar, para volver al lugar de origen enriquecidos con un mundo que ya ha sido salvado por un poeta, por un artista. Por eso, al final, están contentos; y ello es también gracias al esfuerzo de transitar por las estaciones que han tenido que cruzar. No olvidaré jamás el día en que, al llegar al final de la lectura del último canto de la *Odisea,* los alumnos sacaron, por sorpresa, pasteles de debajo del pupitre para festejar juntos la reconquista de Ítaca. Giacomo, si leyésemos las obras integralmente cuánta belleza repararíamos, cuántas llamadas provocaríamos, cuantos arrebatamientos. Pero estamos demasiado ocupados con el programa como para hacernos cargo de las personas y de sus vidas:

> *El hombre superficial, el hombre que no sabe poner su mente en la situación en la que estaba la del autor […] entiende materialmente lo que lee, pero no ve […] el*

campo que el autor descubre, no conoce las relaciones y las conexiones de las cosas que él ve. (*Zibaldone*, 22 de noviembre de 1820).

A la mente la nutre solo aquello que la alegra y lo que la alegra es el descubrimiento de las conexiones que unen cosas y personas, que hacen viva la vida. Captar esas conexiones, acrecentarlas y repararlas hace felices al corazón y a la mente.

Sueño con una escuela, Giacomo, que se preocupe por la felicidad de los individuos; y no entiendo con esto que se convierta en un sitio de recreo y de complicidades entre alumnos y docentes, sino en un espacio en el que todos encuentren el regalo que deben hacerle al mundo y empiecen a luchar para realizarlo, en el que todos encuentren una inspiración que tenga la fuerza de una pasión profunda, que les dé energía para que cada obstáculo los alimente. Sueño con una escuela de arrebatamientos, una escuela que sea un taller de vocaciones que cultivar, poner a prueba y reparar. Una escuela en la que el profesor sea el cartero que lleva las cartas de otros a la dirección de cada uno de los alumnos. La escuela que todos recordamos al pensar en aquel profesor especial, el que nos miró como si fuéramos *alguien* y no *algo*, empezando así a hacernos florecer.

Son las cosas inútiles, como los sueños, como la literatura, las que debemos salvar, sobre todo en la escuela. La literatura sirve para hacernos preguntas y para vivirlas —¿quién mejor que tú para demostrarlo?—, sirve para la felicidad porque es su mapa, como dice este cuento hebreo que me gusta mucho:

Cuando Baal Schem Tov, el fundador del judaísmo jasídico, tenía que llevar a cabo una tarea difícil iba a un determinado lugar en el bosque, encendía una hoguera, rezaba, y se realizaba aquello que quería. Una generación después, el Maggid de Meseritsch se encontró frente al mismo problema, fue a aquel mismo lugar en el bosque y dijo: «Ya no sabemos encender una hoguera, pero podemos rezar», y todo ocurrió según lo deseado. Una tercera generación después, el rabí Mosche Leib de Sasov se encontró en la misma situación, fue a aquel mismo lugar en el bosque y dijo: «Ya no sabemos encender el fuego, ya no conocemos el texto de las plegarias, pero sabemos cuál es el lugar indicado en el bosque y eso debería bastar». Y, en efecto, bastó. Pero cuando transcurrió otra generación más y el rabí Israel de Rischim tuvo, él también, que hacer frente a la misma dificultad, se quedó en su castillo, se sentó en su silla dorada y dijo: «Ya no sabemos encender el fuego, ya no conocemos el texto de las plegarias y ya ignoramos también cuál era aquel lugar en el bosque, pero podemos contar la historia de todo ello». Y, una vez más, eso bastó.

Cuando escuché tus palabras «*¿A qué tantas estrellas?, ¿yo qué soy?, ¿adónde tiende este vagar mío, tan breve?*», me ocurrió justo eso: oí el eco de algo que me pertenecía y que se había conservado en tus versos, en medio del caos en el que había olvidado el bosque, el fuego y las plegarias. La literatura custodia este fuego constante, es

el relato que permite realizar nuestra tarea, incluso cuando lo hemos olvidado todo y estamos extraviados. Cuando las historias desaparezcan, también desaparecerá el hombre porque habrá desaparecido toda huella de su destino.

Sueño con una escuela en la que la literatura sea más importante que la historia de la literatura; leer, más importante que tener que leer; la palabra, más importante que el programa.

Y la palabra, a diferencia de la tecnología actual, no tira el modelo viejo para sustituirlo por el nuevo, sino que repara la realidad, con paciencia, nombrándola correctamente y cada vez mejor, justo cuando palidece, se estropea, se olvida: «Hallada la palabra […] nuestra idea cobra claridad y estabilidad y consistencia y se nos queda perfectamente definida y fija en la mente […] con la palabra, cobra cuerpo, casi forma visible y sensible y circunscrita» (*Zibaldone*, 1819-1820). Reparar compete a los poetas, una tarea que es todo menos cómoda, como las de las personas y los oficios que requieren paciencia (desde el campesino hasta el zapatero, el pescador, el pastor, el mecánico, el jardinero, el padre, el profesor). Para ellos es evidente que las cosas no se crean de la nada, sino que hay que custodiarlas y cultivarlas, renovarlas. Tú has reparado muchísimas, prestándoles una atención absoluta cuando nadie se ocupaba de ellas.

Has reparado la melancolía, haciéndome entender que tenía demasiado que darme como para entregarla solo a categorías psicológicas y reductivas como el pesimismo; has reparado la luna, enseñándome que su manifestación convierte la oscuridad no en un término negativo, sino en el trasaltar viviente de la luz porque la una no se da sin la otra; has reparado la juventud, recordándome que es la edad de la vida más propensa al dolor precisamente porque es la más abierta a la esperanza; has reparado el corazón, precisamente cuando, incitándole a que dejase de latir, desvelabas su paradójica fibra muscular que no deja de buscar la infinitud aunque ninguna cosa terrenal sea capaz de apagar esa sed; has reparado la soledad, haciéndome experimentar su alegría y su necesidad; has reparado la belleza, haciéndome descubrir su perenne imperfección porque está inacabada y, por lo tanto, la necesidad de servirla para que se acabe plenamente; has reparado la imaginación, recordándole que es la casa del infinito que ha descendido a los límites; has reparado también el aburrimiento, oponiéndote a él creando, en vez de destruyendo.

¿No es justo eso lo que hacen los amigos, Giacomo, intenta reparar y, a su vez, ser reparados? Reparan a los seres vivos, como

cada uno de tus versos. Y sin el verso apropiado, no se puede vestir la vida con elegancia.

Te doy las gracias por tus cartas, que me han ayudado a vencer el cansancio. Por eso las releo continuamente, como se hace con aquellas que nos son más queridas.

Como profesor y como escritor estoy llamado a custodiar, curar, reparar alumnos y palabras, precisamente porque son preciosamente frágiles.

Y cuando intento responder, pese a mis fracasos, a esta llamada, sé que he hecho algo hermoso en el mundo porque ese es mi arrebatamiento y es a eso a lo que quiero serle eternamente fiel, como lo has sido tú, para poder decir al final de mis días: no he desperdiciado nada.

MORIR
o el arte de renacer

«Dadme noticias vuestras y queredme.
Adiós, adiós. Vuestro Leopardi».
Carta a Antonietta Tommasini, 15 de mayo de 1837

Querido Giacomo:

Unos pocos años antes que tú murió, él también por falta de aire en los pulmones, John Keats, tu alma gemela, grácil explorador del infinito con un cuerpo fragilísimo y, por eso mismo, totalmente proyectado hacia la vida. En una de sus últimas cartas escribía que había sido justo su salud enfermiza la que le había abierto los sentidos: «Es sorprendente (aquí tengo que hacer un inciso: la enfermedad, al menos desde mi punto de vista personal, me ha como aligerado la mente de una carga de pensamientos y de imágenes engañosas y me hace percibir las cosas bajo una luz más auténtica), es sorprendente, pero la idea de abandonar este mundo hace que sea más profundo en nosotros el sentido de sus bellezas naturales. Como el pobre Falstaff, aunque yo no balbucee como él, pienso en los verdes prados. Medito con el mayor de los afectos sobre cada flor que conozco desde la infancia: su forma y su color son tan nuevos para mí como si yo mismo los acabase de crear con una fantasía sobrehumana» (14 de febrero de 1820).

También tú te has visto obligado por el destino a tomarte enseguida la muerte en serio, de hecho luchabas para buscar la vida y la luz no por una ilusión de inmortalidad de la que te has zafado muy pronto. No querías, simplemente, perpetuarte en el tiempo, sino superarlo, trascenderlo, descubrir el secreto para renacer.

El secreto de la poesía es el mismo al que nos obliga la inminencia de la muerte: vivir las cosas con la pureza de la primera vez, precisamente por el temor a que sea la última. ¿Qué haría, me he preguntado con frecuencia, si supiese que voy a morir exactamente dentro de veinticuatro horas, a qué las dedicaría?

Ser consciente de su mortalidad, la raíz de su fragilidad, es lo que le abre al hombre a lo esencial de la vida, la condición para recuperar el gusto de las cosas y el secreto para que no acaben en la nada. El poeta se exige la incómoda disciplina de quien está obligado «a elevar las cosas al plano de la verdad, de la pureza y de la duración. Es un buscador de felicidad, algo que es todo menos cómodo» (Franz Kafka).

Al inicio de este siglo XXI, la República Checa ha votado una ley destinada a reducir la contaminación lumínica. Las luces nocturnas no pueden superar la línea del horizonte con su cono de luz, deben reducirse a un tercio a partir de una determinada hora mediante reguladores de intensidad, y los edificios más altos no pueden estar iluminados en las zonas superiores. Se trata de la culminación de una lucha emprendida por una asociación que se ocupa de defender el cielo nocturno de las agresiones de la iluminación artificial. El

cielo nocturno, tachonado de estrellas, está en vías de extinción y eso provoca un daño difícilmente calculable en las cabezas y los corazones de la gente (además de tener otras consecuencias más inmediatas sobre el ecosistema). Un tercio de la población mundial ya no ve la Vía Láctea, uno de cada dos europeos solo ve algunas constelaciones del total de casi tres mil estrellas, todas de colores diversos, que podría observar solo con sus ojos (¡y hasta medio millón con un catalejo!) si el cielo estuviese limpio. No podías saber, Giacomo, poeta de las «vagas estrellas», que, en 2016, Italia iba a obtener el «premio» al país con la contaminación lumínica más elevada. Es cada vez más raro que los hombres sean arrebatados por esa «sensación de infinitud» precisamente porque cada vez tienen el infinito menos al alcance de la vista, sus setos no son trampolines desde los que lanzarse más allá, sino obstáculos insalvables. El cielo nocturno debería convertirse en Patrimonio de la Humanidad, igual que las más preciadas creaciones humanas. Restituirle al cielo nocturno su identidad nos ayudaría a recordar que hay cosas de las que no podemos apropiarnos, que solo podemos recibir. Volver a estar a merced de la noche nos devolvería, quizá, un poco de nostalgia por aquello de lo que no podemos disponer. Tú habías intuido que cierta idea del progreso iba a provocar esta incipiente pérdida del infinito. Dos siglos después de tu muerte, un país occidental siente la necesidad de legislar sobre aquello que tu poesía ya había anticipado, para poder salvar la oscuridad y cuanto ella contiene y reparar los ojos de sus habitantes y quién sabe si también sus corazones.

Solo quien tiene familiaridad con el infinito conoce su propia finitud, acepta la muerte y no la esconde; solo quien acepta la muerte sabe vivir. Tu canto está nutrido por una gracia paradójica: nos enseña cómo el oficio de ser mortales puede convertirse en el arte de ser frágiles porque solo quien sabe contar sus propios días es capaz, estación tras estación, de habitar la vida con la ligereza de los enamorados, siempre dispuesto a hacer «algo hermoso». Las leyes de los hombres deberán recordar cada vez más a los hombres este arte en extinción, para ejercitar el cual bastaría con echar de vez en cuando una mirada genuina al cielo nocturno.

Tu última noche sobre la tierra, la del 13 de junio de 1837, fue, precisamente, una noche de estrellas. Brillaban intensamente en aquel verano estragado por el cólera, pero dos amigos que están hablando en el balcón, bajo un cielo así, pueden frenar cualquier epidemia. Las palabras que, se dice, le dirigiste a Antonio Ranieri eran de esas que solo la verdadera amistad puede acoger porque

solo los verdaderos amigos son depositarios de nuestras más profundas alegrías y tristezas:

—¿Es fatal que Leibniz, Newton, Colón, Petrarca, Tasso tuvieran fe en la religión cristiana y que a nosotros no pueda serenarnos, de ninguna forma, la doctrina de la Iglesia?

Tu amigo respondió:

—Seguro que sería mejor poder creer. Pero si no podemos, porque la fe le repugna a la razón, ¿qué culpa tenemos?

Y tú, tras una larga pausa de silencio estrellado:

—Pero ¿por qué a la razón de Leibniz, de Newton, de Colón, no le resultaba repugnante como a la nuestra?

Las últimas palabras de un hombre resuenan siempre como una síntesis, es lo que ocurre en la literatura y en las películas porque es lo que ocurre en la vida. Recuerdo a un pariente que expiró, tras hacerse la señal de la cruz sobre el pecho, mientras decía en voz alta: «Soy Sergio». Las tuyas hacen referencia a la mayor de las amarguras: el corazón no se resignaba a prescindir de ese infinito que tiene clavado dentro, aunque a la razón le repugne y lo niegue. No te dabas tregua. ¿Cómo podían un navegante, un filósofo, un científico y los dos poetas que más amabas (a algunos los hiciste protagonistas de los *Opúsculos*, es decir, fueron tus voces interiores) tener aún unida la razón a un corazón que no rechazaba la idea de un Dios providencial y Padre? Les envidiabas su fe en un Dios que es la respuesta a aquello que la naturaleza no nos da, con su cruda indiferencia. Ellos creían en aquellas palabras de Cristo, que había mirado la naturaleza con la misma atención «poética» que tenías tú, como si cada cosa contuviese siempre varios planos, desde la superficie hasta el fondo: «Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? ¿Y quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un solo codo a la medida de su vida? Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Observad los lirios del campo, cómo crecen: no se fatigan ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?» (Mt 6, 26-30).[6]

Ni siquiera a las flores del campo, como la retama, se les niega la belleza. Una belleza deseada y custodiada por un Padre: la tensión hacia la plenitud está en las manos de quien está antes y después, del Dios que es garantía del cumplimiento del destino particular de las cosas que no conocen su pobreza de existir y

reciben todo lo que pueden, y de las personas que sí saben de su fragilidad y son libres de acoger o no la vida que el Padre les ofrece. A la razón y al corazón de aquellos grandes hombres no les repugnaba esa certeza. Tú, Giacomo, no te resignabas a perder el corazón, el cual sabe que existen verdades que son fruto de la confianza antes aún que de una demostración, verdades como el amor, como el hecho de existir y respirar, como nuestra unicidad, como la belleza.

A la mañana siguiente, después de tomarte una taza de chocolate, según el testimonio de Ranieri, le dictaste los últimos versos de *El ocaso de la luna*, quizá sugestionado aún por la belleza de aquella última noche de estrellas que viste como si fuera la primera. Habías entendido que había llegado tu hora.

Fue inútil la intervención del médico e inoportuna la del fraile confesor cuando exhalaste el último suspiro entre los brazos de tu mejor amigo tras decir: «Ya no te veo». Tus ojos cedieron. Tú, que habías visto más que todos todas las cosas, a través de las cosas, encima de las cosas, más allá de las cosas, buscando en ellas el secreto de la vida.

No existe artista que no crea en la eternidad, quizá no explícitamente sino en los hechos porque busca por cualquier medio rescatar la belleza del tiempo y de la muerte. El hombre es un animal que quiere perdurar, el artista sabe que puede intentarlo haciendo algo bello en el mundo porque la creación artística es esperanza de dar vida, de existir, contra todo lo que lo impide, es la búsqueda de aquello que nos hace renacer. Y tu poesía, Giacomo, no se ha sometido al dato biográfico, cayendo en la confesión narcisista, sino que se ha liberado: se ha elevado. Tu obra dice: «Yo soy lo que no soy», y esa es la belleza de las cosas frágiles, que ansían ser aquello que aún no son, luchan para llegar a su plenitud y buscan aquello que las puede hacer florecer en la totalidad de su belleza.

En la vida, para comprender cómo son las cosas de este mundo, es preciso morir al menos dos veces. La primera, cuando somos jóvenes, cuando aún tenemos tiempo y energías para volvernos a levantar, y eso es lo que has hecho tú, muriendo en tu arrebatamiento inicial y empleando todas las fuerzas que te quedaban en reparar con tus versos la melancolía de una gran promesa de felicidad no mantenida. La segunda, cuando estemos a punto de dejar de respirar y miremos hacia atrás preguntándonos por qué hemos respirado, si hemos desperdiciado nuestro soplo vital. Y no se puede morir del todo si se ha luchado por hacer algo

hermoso en el mundo, si se ha luchado para resistir a la tentación de la nada, como confirmaba ese alma afín: «Estoy cada vez más convencido de que hacer Poesía es, después de hacer el bien, lo más importante que hay en el Mundo» (John Keats, carta del 25 de agosto de 1819).

El arte de renacer es entonces el arte de amar porque solo el que ama hace algo hermoso en el mundo. Solo el amor nos permite afrontar el horror de la fragilidad de nuestro ser, un amor que no debería disminuir a pesar de nuestras insuficiencias, capaz de hacernos aceptar y de hacer florecer nuestro destino, ese amor que Baudelaire invocaba pocos años antes de su muerte: «Deseo con todo el corazón (nadie sabe como yo con cuánta sinceridad) creer que un ser exterior e invisible se interesa por mi destino, pero ¿cómo podría creerlo?» (carta a la madre, 6 de mayo de 1861).

No podemos tener un destino y una destinación sin un amor que tenga fe en nosotros antes que nosotros en él. Ese amor, Giacomo, yo lo he encontrado en Dios. Creo que nuestras carencias de destinos y, por lo tanto, de felicidad son carencias de amor, de un amor infinito, que elija, abrace y repare, hoy y siempre, cada límite de nuestra frágil existencia para que alcance su cumplimiento. Pero como tú has dicho, con un arrebato de melancolía, sentimos demasiada repugnancia, demasiadas sospechas sobre la verdad de este Amor.

Quiero decirte adiós de la misma forma en la que te di las gracias delante de tu tumba en el Parco Virgiliano, en el silencio desnudo de un sendero, desde el que se oían el eco del mar y el vacío que hay bajo el cielo. Te recité estos versos de Adam Zagajewski:

Intenta alabar al mundo herido[7]

Intenta alabar al mundo herido.
Recuerda los largos días de junio,
fresas silvestres, gotas rosadas de vino.
Los hierbajos que metódicamente invadían
las casas abandonadas de los desterrados.
Debes alabar al mundo herido.
Mirabas yates y barcos,
uno de ellos tenía que emprender un largo viaje,
al otro le aguardaba solo la salobre nada.
Veías refugiados caminar hacia ninguna parte,
oías a los verdugos cantar
alegremente.
Deberías alabar al mundo herido.
Recuerda aquellos momentos, en la habitación blanca,
cuando estabais juntos y el visillo se movía.
Vuelve con la mente al concierto, cuando estalló la música,

recogías bellotas en el parque en otoño
y las hojas sobrevolaban girando las cicatrices de la tierra.
Alaba al mundo herido
y la pluma gris perdida por un mirlo,
y la luz delicada que vaga y desaparece
y regresa.

La poesía nos obliga a rebajar la potencia de la luz artificial y volver a ver el mundo mutilado y frágil. Las cosas vuelven a reclamar sus derechos, su ternura, su impureza, su sombra luminosa, su fragilidad. Las cosas y las personas, sus rostros, vuelven a invocar nuestra misericordia: custodiadnos y reparadnos, a pesar de todo, es lo que repiten.

No creo que sea casual que esa ley que reclamaba el cielo nocturno la haya firmado un presidente que era también escritor y poeta. Alguien podía pensar que se trate de una ocurrencia sentimental, efímera, que hay que adscribir al género de la provocación. ¿Y si, en cambio, caminar bajo las estrellas, divirtiéndose contándolas como tú, Giacomo, fuese la auténtica llave para volver a tener deseos y destinos, dones y deberes, al inicio de este nuevo milenio? Si las estrellas consiguiesen impactar nuestra vista no solo una vez al año, cuando caen, creo que tendríamos más posibilidades de construir nuestra casa sobre cimientos celestiales, los de nuestra unicidad.

Quizá, Giacomo, si nuestro lector apagase esta noche todas las luces y mirase el cielo en silencio sabría que la belleza y la gratitud nos salvan de estar perdidos debido a nuestras carencias de destino y de destinación.

Quizá, si en esa oscuridad luminosa tuviese a su lado, o en el corazón, a alguien, descubriría mejor su seductora fragilidad, un infinito herido que pide ser curado y reparado, y entendería que es «poeta», es decir, alguien llamado a hacer algo hermoso en el mundo, cueste lo que cueste.

Quizá entonces sabría que el método del agotador y entusiasmante arte de llevar al cumplimiento a sí mismos y a las cosas frágiles es solo uno: el amor.

Ese es el secreto para renacer.

Ese es el arte de ser frágiles.

P. S.

Querido Giacomo:

Toda carta que se precie lleva al final un *post scriptum*, el pensamiento que se nos ha ocurrido algunas horas después de haber terminado de escribirla, como un fruto tardío. El fruto que quiero ofrecerte es el de un episodio sobre el que leí hace ya un tiempo.

Los nazis transformaron una parte de Terezín, pequeña población cercana a Praga, en un gueto; la otra la convirtieron en un campo de concentración, después de haberla rodeado con un muro y de haber expulsado a los ciudadanos no judíos. Theresienstadt, así fue rebautizada, debía servir de modelo para la propaganda nazi (la llamaban «zona básica de establecimiento de judíos») pero, en realidad, solo era un experimento de muerte.

Un superviviente de aquel campo de concentración cuenta que una vez se anunció que al día siguiente se iba a proceder a la captura de mil jóvenes, en caso de que no se entregasen voluntariamente. Por la mañana, se constató un hecho curioso: la librería de Theresienstadt había sido desvalijada. Aquellos jóvenes obligados a encerrarse tras los muros del campo habían cogido cada uno un par de libros para meterlos dentro de la mochila, que era todo el equipaje que se les permitía llevar. No llenaron las mochilas con recuerdos inútiles, pero tampoco con comida o artículos básicos; metieron dentro uno o dos libros. Su supervivencia dependía de las palabras de un narrador, de un poeta, de un científico, más que de cualquier otra cosa. Frente a la muerte, antepusieron lo que era necesario a lo que era importante. Para anclarse a la vida es preciso anclarse al sentido de la vida.

¿Será cierto que los libros salvan la vida, Giacomo? Quizá la salvan metafóricamente, como nos hemos dicho, porque la preservan del sinsentido, le dan forma a lo informe, ayudan a habitar la posibilidad, injertan lo invisible en el tronco de lo visible (¿o viceversa?); en última instancia, nos dicen que no estamos solos y que la belleza no está totalmente exiliada incluso en un campo de concentración.

Y, sin embargo, mientras estaba escribiendo estas cartas, recibí las líneas de una chica que había decidido quitarse la vida. Me decía que si no lo había hecho antes había sido por tu poesía, gracias a la cual no se había sentido sola en el mundo. Toda la noche que tenía en su corazón se había vuelto habitable; se pasaba las noches llorando por una vida que consideraba, a todos los efectos, «monstruosa».

La fuerza de los poetas para celebrar desinteresadamente el mundo, las cosas, las personas es la gratuidad que precisamos para descubrirnos hermosos, no unos monstruos. Nunca tenemos que merecernos la poesía, es un regalo que nos hace percibir el regalo que somos, precisamente porque el poeta nos ha hecho sentirnos preciosos, incluso pastores errantes, gorriones solitarios, viajeros confusos, retamas y otras fragilidades.

Esa chica había decidido que no le resultaba suficiente nada, ni siquiera tu Safo, tu melancolía, tu lucha por la belleza. Entonces le dije que estaba escribiendo un libro contigo y que hablaba, precisamente, de ese misterioso drama, o esa comedia, que es la vida, y que ella no podía abandonar la escena antes de haberlo leído. Me contestó que dejaría su retirada en suspenso, quería leerlo. Quizá le sirva para repasar las etapas de la vida que no le han sido permitido vivir. Quizá así encontrará una destinación, como las semillas escondidas en la tierra, que ignoran la luz por su melancólica ausencia.

Los libros, elegido bien, querido Giacomo, pueden salvar la vida, sobre todo cuando esta es frágil, haciéndole coger el fruto del futuro que tiene dentro.

Y, gracias a ti, cuando digo que un libro puede salvar la vida sé que no estoy solo recurriendo a una metáfora.

Te quiero.

Adiós.

Hasta pronto.

Tuyo,

Alessandro

Agradecimientos

La libertad, para mí, es la fidelidad hacia aquello que amo y a lo que siempre regreso: la escuela. Este libro es un «gracias» a todos los maestros, colegas y alumnos que he conocido en estos años. Para todos los demás espero que sea un regalo.

Nació durante una clase con alumnos del último año de diversas escuelas, cuyos ojos brillaban mientras yo les hablaba de un Leopardi que no se esperaban, quizá del mismo con el que yo me encontré cuando tenía la misma edad que ellos, y, sin embargo, solo estaba leyendo sus palabras y la belleza frágil, pero indómita, de su poema *La retama*. Recibí la confirmación de que debía escribirlo por las líneas de una alumna: «Soy una chica de veinte años; estudio Letras Clásicas. Le escribo para decirle que soy feliz. Conocí la literatura gracias a mi profesora del instituto y ha sido el encuentro más fértil de todos estos años, y no exagero si afirmo que me ha salvado. Ella me ha dado los instrumentos, me ha ofrecido, gratuitamente, el equipamiento necesario para hacer un viaje extraordinario, un viaje hacia un "puerto sepultado". He vislumbrado ese puerto, ¿se lo puede creer? He visto una luz cegadora, cuyas sombras solo son la otra cara de la belleza cuando se enfoca. Y he entendido. La literatura ha alejado las tinieblas, mejor dicho, he sido yo quien las ha dejado a un lado —he sido yo, de verdad—, ella me ha dado el VALOR. Y ahora ya no me siento sola jamás, ¡el salto ha sido como hundirme en un abismo en el que el diálogo es continuo —*a*-temporal; *a*-espacial—, en el que me estrechan la mano más de mil personas que *con*-prenden! Nunca habría encontrado el valor para ser feliz sin mi profesora. Y ahora le escribo a usted, querido profesor, para decirle gracias. Necesitamos a maestros como ustedes porque en el fango que todo adolescente lleva, inevitablemente, consigo está la semilla de una retama y ustedes, guerreros —porque los profesores combaten, no tengo duda alguna—, rompen la vaina y hacen estallar la fuerza de esa flor».

Romper la vaina y dejar que la flor sea, este es el deber, la tarea, de todo profesor. Si ser profesor consiste en escuchar a las personas, escribir, para mí, es escuchar a los personajes. En ambos casos, cosas frágiles, que piden tener un destino, existir un poco más, no caer en la nada de la indiferencia. Por eso me gustaría que este libro no fuese tomado por una obra de crítica literaria, no tiene esa pretensión, sino, más simplemente, que convierta en algo concreto lo que decía Proust: «Una de las grandes y maravillosas características de los buenos libros (que nos hará entender la

función, esencial y limitada a un mismo tiempo, que la lectura puede tener en nuestra vida espiritual) es esta: que para el autor podrían llamarse “conclusiones” y para el lector “incitaciones”. Nosotros notamos perfectamente que nuestra sabiduría comienza allí donde acaba la del escritor; y querríamos que nos diese respuestas, cuando lo único que él puede hacer es inspirarnos deseos […]. Ese es el valor de la lectura, y esa es también su insuficiencia. La lectura se detiene en el umbral de la vida espiritual: puede introducirnos en ella, pero no la constituye […]. Mientras la lectura sea para nosotros la iniciadora cuyas llaves mágicas nos abren, en lo más profundo de nosotros mismos, la puerta de las moradas en las que no habíamos sabido entrar solos, su función en nuestra vida es saludable. Se vuelve, en cambio, peligrosa, cuando en lugar de despertarnos a la vida personal del espíritu, tiende a sustituirla» (*Días de lectura*).

Mis agradecimientos están dirigidos a todos aquellos que le han permitido a este libro la existencia. En primer lugar, Carlo Carabba y Marilena Rossi, que aceptaron el peligroso reto y, junto a Linda Fava, lo ayudaron, con paciencia, a nacer. Gracias a Nadia Focile, Mara Vitali, Alice Dosso, Rossana Frigeni y a mi hermana Paola, auténticos ángeles de la guarda de mis libros y de mis fecundos encuentros con los lectores. Gracias a Alessandro Rivali por las conversaciones sobre temas poéticos: quien escribe prosa se alimenta de las migajas que caen de la mesa de los poetas. Gracias a mis padres, a mis hermanos y a mis hermanas, gracias a los cuales (no es fácil mantener unidos a seis hijos) he aprendido el arte de ser frágil. Gracias a mi hermana Marta, que, una vez más, en las fotos de cubierta, ha conseguido darle a mis páginas el rostro más bello. Gracias a los amigos y las amigas que me permiten ser yo mismo, ayudándome a permanecer fiel a la inspiración también cuando pierdo de vista la meta. Gracias a los adolescentes que han enriquecido mi vida, y este libro, con sus cartas. Gracias a la colega y a los estudiantes que, escuchándome en una cálida tarde escolar, me ofrecieron sus preciosos consejos para llevar a cabo el relato teatral que extraeré de estas páginas con la ayuda de Gabriele Vacis y de Roberto Tarasco. Gracias al «*Amor que mueve el sol y las demás estrellas*» y estos pequeños dedos sobre el teclado.

Este libro es la escuela tal y como me gustaría que fuese y como Italo Calvino deseaba que pudiera ser en el nuevo milenio: «Si tuviese que elegir un símbolo augural para el alba de este nuevo milenio que asoma, escogería este: el ágil e inesperado salto del poeta-filósofo que se eleva sobre la pesadez del mundo,

demostrando que su gravedad contiene el secreto de la ligereza, mientras que la que muchos creen que es la vitalidad de los tiempos, ruidosa, agresiva, estrepitosa y ensordecedora, pertenece al reino de la muerte, como un cementerio de coches oxidados» («Ligereza», *Lecciones americanas*).

El poeta-filósofo al que se refería Calvino es el mejor amigo de Dante, Guido Cavalcanti, que se desvincula, con un salto entre las tumbas, de la camarilla de hombres ricos y seguros de sí mismos que se ríen de él por su soledad y su inagotable pregunta sobre la existencia de Dios. Mi poeta-filósofo es Leopardi, cuyos cantos siempre caben en el bolsillo, donde se guardan las cosas imprescindibles.

Al acabar de escribir estas páginas, que me han costado momentos de auténtica «pasión», puedo decir con John Keats que he «sufrido una metamorfosis, pero no porque tenga nuevas plumas y nuevas alas: estas han desaparecido y, en su lugar, espero encontrarme con un par de piernas con las que caminar con paciencia sobre la tierra» (carta del 11 de julio de 1819).

Te deseo esta metamorfosis también a ti, querido lector, que has decidido llevar «en el bolsillo» este libro, dedicándole tu tiempo y tus pensamientos. Te estoy agradecido por haber recorrido juntos este tramo del camino.

Apostilla para lectores indómitos

Si vuestra sed de conocer a Leopardi, como espero, no se ha visto saciada, considero justo que sepáis que los textos de Leopardi citados en este libro (los que se citan al inicio de los capítulos a veces tienen omisiones para transmitir la esencia de razonamientos más amplios) podéis encontrarlos en los volúmenes dedicados al autor en la colección Meridiani Mondadori: *Prose e poesie* (dos volúmenes), *Zibaldone* (tres volúmenes), *Lettere*. El único caso en el que me he permitido adaptar sus palabras a la lengua de nuestro tiempo para facilitar su comprensión es en la carta que Giacomo le escribió a su padre cuando tomó la decisión de huir de casa.

Si queréis profundizar en la vida de Leopardi podéis leer la biografía que más me gusta (por su capacidad para presentar varios planos de la vida del poeta relacionados entre sí de forma armoniosa) y que he tomado como base para estas páginas: *Leopardi* de Iris Origo, publicado en la colección Ritratti de la editorial Castelvecchi.

Notas

1 Todas las citas de los *Cantos* (*Canti*) y de los *Pensamientos* están tomadas de la traducción de Antonio Colinas (*Cantos. Pensamientos*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2006). (*N. de la T.*).

2 *Donzelletta* en el original. El término aparece en el primer verso de «El sábado de la aldea» («Il sabato del villaggio»): «*La donzelletta vien dalla campagna*». María de las Nieves Muñiz Muñiz traduce por «zagalilla». Antonio Colinas opta por «muchacha». (*N. de la T.*).

3 Platón, *El banquete*, traducción de Marcos Martínez Hernández, Biblioteca Clásica Gredos, Barcelona, 2007.

4 Locución latina que significa, literalmente, «el lobo del cuento». Se utiliza cuando se está hablando de una persona y, en ese preciso instante, aparece el referido en escena. Es equivalente a la expresión española «hablando del rey de Roma, por la puerta asoma». *(N. de la T.)*.

5 Versión del francés de Ana Rozas Diges. (*N. de la T.*).

6 Traducción de Manuel Revuelta. *Biblia de Jerusalén*, Desclée De Brouwer, Bilbao, 2000. (*N. de la T.*).

7 Versión de Elzbieta Bortkiewicz. *(N. de la T.)*.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Título original: *L'arte di essere fragili*, publicado con licencia de Mondadori Libri
© Alessandro D'Avenia, 2017
© De la traducción: Isabel Prieto, 2017
© La Esfera de los Libros, S.L., 2017
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com
Primera edición en libro electrónico (mobi): septiembre de 2017
ISBN: 978-84-9164-111-7 (mobi)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.